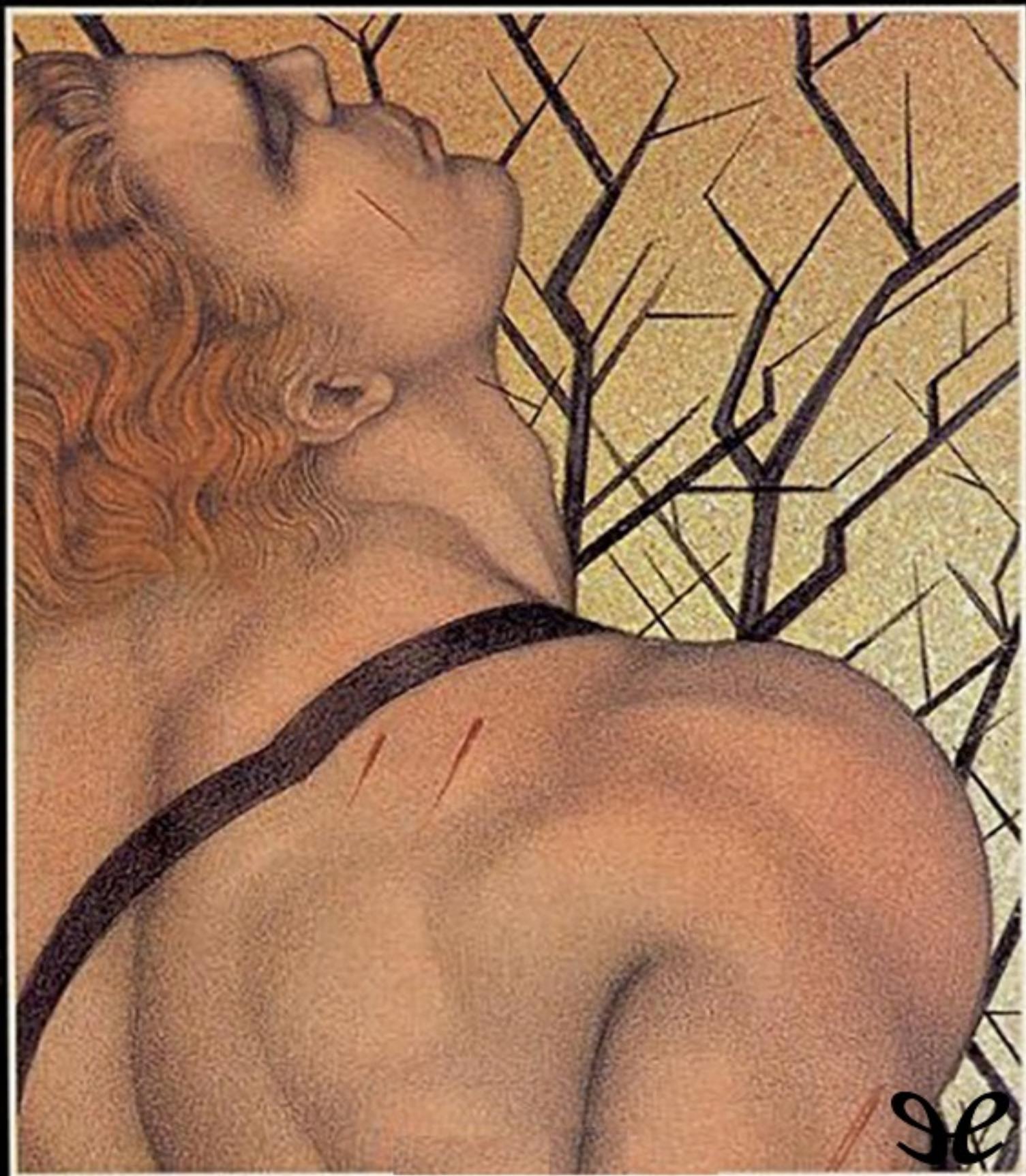


Virgilio Piñera
LA CARNE DE RENÉ



A punto de cumplir veinte años, René es enviado por su padre a una escuela algo peculiar para que, en vez de cultivar el espíritu, se adiestre en el castigo de la carne. El cruento aprendizaje que allí se le imparte, cercano al suplicio, culminará con un grotesco rito de iniciación del que René escapa. A partir de entonces, en una sociedad cuyo motor es la carne, tanto como fuente de placer como de dolor, la vida de René se convierte en una constante huida ya sea del legado de su padre y los adeptos al «martirio», ya sea de la sensualidad de la señora Pérez y sus extraños amigos, Powlavski y Nieburg. Pero hasta que acepte la naturaleza «cárnea» de su cuerpo, René se las verá con dobles de su padre y de sí mismo, intentará guardar su anonimato cambiando de trabajo y empleándose en un cementerio, y se verá acorralado una y otra vez por quienes se empeñan en conducirlo a la Sede de la Carne Acosada.



Virgilio Piñera

La carne de René

ePub r1.0
Cosme 17.02.18

Título original: *La carne de René*
Virgilio Piñera, 1952

Editor digital: Cosme
ePub base r1.2



Encuentro en la carnicería

La carnicería La Equitativa es, como otros tantos expendios del ramo, un establecimiento nada llamativo, pero hoy, en contraste con la plácida tarde reinante, parece una fortaleza sitiada. Si en sus inmediaciones todo es calma, en ella todo es desasosiego. Sin tregua la marea humana sigue afluyendo. Ya forma una cola de más de una cuadra.

Esta excitación —que toca las lindes de la histeria— se debe a la venta libre de carne. El público podrá comprar toda la falda, el jarrete, el boliche, bistés y costillas que desee; el de un gusto más exigente adquirirá hermosas masas de cerdo o delicadas piernas de cordero. En ese sentido se ha dado carta blanca por esta tarde y todos están dispuestos a proporcionarse la carne que necesitan.

Un pueblo sometido al racionamiento no tiene que dar muestras de cordura si, como ahora ocurre, hay venta libre de carne. El hecho de privarse de ella día tras día lo ha llevado a la falsa creencia de que en breve serán víctimas de la inanición. «¿Qué va a ser de nosotros?». Y así pasan su vida discurriendo los medios de procurarse carne.

Puede entonces comprenderse su histeria. A la vista de tal cantidad de carne, que comprarán después de permanecer en una cola hecha de ansiedades y de empujones, ya la ven convertida en una nada aterradora. Los más próximos al mostrador meten sus ojos en los enormes cuartos de res que cuelgan de los garfios y aspiran con fruición el olor de la sangre coagulada. Es, por así decirlo, un día de fiesta nacional.

En la cola predomina el elemento femenino: señoras elegantes y mujeres del pueblo, criadas, jovencitas. Todas se introducen osadamente en lo más apretado de la cola. Una de estas señoras, Dalia de Pérez, ha logrado a fuerza de sonrisas y caderas situarse a dos dedos de la carne. Vestida como para una fiesta sostiene un parloteo incesante con su criada. De pronto lanza una exclamación de sorpresa.

—¡Pero si es René! Mira, Adela, ¿no es René ese que está en la fila del centro? Parece hipnotizado. Mira, Adela —y se lo señala—, mira qué pálido está. Si fuera hijo mío le daría un vasito de sangre cada mañana. ¡Oh, Dios mío, qué época nos ha tocado vivir!

René, que casi roza con su cara un cuarto de buey suspendido de un garfio, exhibe una palidez espantosa. Le horroriza cuanto sea carne descuartizada y palpitante. Un cadáver no le causa mayor impresión, pero la vista de una res muerta le provoca arqueadas, después vómitos y termina por echarlo en la cama días enteros. ¿Por qué entonces, a despecho de tales terrores, está en la cola de La Equitativa?

El padre de René tiene un marcado gusto por la carne, una preferencia tan apasionada que constituye un sacerdocio y hasta una dinastía, algo que se transmite de padre a hijo, y se lega celosamente para mantener vivo el entusiasmo. Esto explica su presencia en la carnicería.

Y para un joven en trance de heredar la corona de su padre, nada mejor que la

asistencia regular al matadero, donde hombres armados de grandes cuchillos y de picas arremeten contra las reses abriéndolas en canal. A René lo han llevado a presenciar estas matanzas. Su impresión fue tan espantosa que enfermó de gravedad. En consecuencia su padre juzgó que las cosas debían ir por grados: primero, asistencia sistemática a las carnicerías, después a los mataderos, más tarde, a las grandes hecatombes humanas.

Saliendo de su ensimismamiento René paseó la vista por el público. Sus ojos tropezaron con los de la señora Pérez, que no le había quitado los suyos. Ella vivía enamorada en silencio de la carne de René. De acuerdo con el canon de esta señora, René era la encarnación viviente de un semidiós griego. Aunque en esto haya confusión histórica no podría negarse que René es una criatura espléndida. Si no posee los músculos del atleta, en cambio en la calidad de su piel reside su belleza, y lo que lo hace irresistible es la seducción de su cara. En ella la nota dominante es ese aire que está pidiendo protección contra las furias del mundo. Y cosa extraña: ese aire que pedía protección se manifestaba en su carne de víctima propiciatoria. La señora Pérez la imaginaba herida por un cuchillo, perforada por una bala o pensaba en su uso placentero o doloroso. Cuando por vez primera sus ojos vieron la carne de René, experimentó la desagradable y angustiosa sensación de que esa carne estaba a dos dedos de ser atropellada por un camión, que se hallaba intacta de puro milagro, y tan solo faltaban unos minutos para que algo demoledor se le echara encima aniquilándola. Por contragolpe, se sumía a su vista en divinos éxtasis. Una carne tan «expuesta» (así la calificaba) prometía goces insospechados a la carne que tuviera la dicha de obtenerla en el camino de la vida.

A punto de cumplir veinte años, René solo conocía su propia carne. Ramón, su padre, lo había constreñido a una vida tan solitaria que René ni siquiera había visto la carne al desnudo de los muchachos de su misma edad, y mucho menos conocía la carne de la mujer. Ramón se había empeñado en educarlo en el más absoluto de los cenobios. Parecía que se empeñaba en demostrar a su hijo que sobre la tierra solo había un hombre y una mujer, él y su madre.

Este programa de aislamiento se iba cumpliendo con exactitud espantosa. Donde viviera este trío estafalario, la gente diría siempre lo mismo: ¿a qué escuela envían al hijo?, ¿con qué niños juega?, ¿a qué niñas mira? Sería vano tratar de responder tales preguntas si otras, de orden más general, quedaban igualmente sin respuesta: ¿Quién era Ramón, de dónde procedía, qué hacía?... Unos afirmaban que era viajante de comercio, otros que ingeniero o contrabandista, y hasta había gente que aseguraba que asesino. Lo cierto es que solo se podía asegurar que Ramón era un hombre perdidamente enamorado de la carne. Tan enamorado que hacía medrar la de su hijo, con todo el desvelo posible, para ofrecerla en holocausto a divinidades ignoradas.

En relación con el culto del padre, corría un chisme por el vecindario. El señor Powlavski, viejo inmigrante polaco y joyero establecido, había escuchado de labios de Ramón esta frase, dicha a un hombre muy viejo: «No se aflija, mientras hay carne

hay esperanza...».

René había vuelto a poner sus ojos en el cuarto de res colgada y estaba a punto de desmayarse. La señora Pérez nada podía hacer a riesgo de perder su sitio en la cola. Luchaba entre auxiliar a René o permanecer en su puesto. Si lo ayudaba podía perder la carne de res, y a su vez, dejarlo desmayarse era para ella algo intolerable. Vio entonces que su amiga Laurita, compañera en el bel canto, se hallaba precisamente junto a René. Por señas le hizo comprender la situación. Laurita sacó de su cartera un frasco de sales, se las dio a oler a René, este revivió, y la señora Pérez también.

Y en ese instante, alguien que estaba detrás de ella, dijo a su oído:

—Lo he presenciado todo.

—Buenas tardes, señor Nieburg. No hay que ser vidente para darse cuenta del estado de ese joven. Créame, me inspira una profunda lástima.

—Señora, a mí ninguna. Esa clase de carne no me gusta. Más bien lo que quiero decirle es que el jovencito continúa como un profundo misterio para nosotros. Para mí se trata de un conspirador.

—Usted siempre viendo conspiraciones, señor Nieburg. Es tan fácil imaginar cosas y darlas por ciertas.

—Por favor, señora Pérez, no se las dé de discreta. El señor Powlavski me ha confiado que usted misma le ha dicho que René tiene cara de conspirador.

—De modo que el señor Powlavski se atreve a poner en mi boca semejante calumnia. No importa —dijo con tono plañidero—, ahí tiene ante usted la verdad misma —y señalaba a René—: mírelo y dígame si eso puede tener cara de conspirador. Yo diría que tiene cara de enfermo.

—En todo caso de conspirador enfermo, señora Pérez. Mire esa cara: inspira desconfianza.

—Solo un pájaro de mal agüero como usted se atreve a conjurar males sobre esa pobre cabeza.

—Ya se las arreglarán, él y su familia, para que esos males recaigan en otros. Qué ingenua es usted, señora. Perdona, pero no puedo menos que reírme. ¿No está viendo que los visajes de René forman parte de una farsa?

—Pues a pesar de todo cuanto usted diga, seguiré pensando que René necesita ayuda.

—Cómo no, mi querida amiga, no faltaba más. Claro, usted puede auxiliarlo. Con sus encantos el jovencito se sentirá muy reconfortado. Bueno, llegó mi turno. ¡Viva la carne! —Y le dijo al oído—: Ahora va en serio. Mucho cuidado con esos aventureros.

Las palabras de Nieburg dejaron confundida a la señora Pérez. Empezó a imaginar situaciones horribles: vio a René entrando en su casa para robarle hasta el último centavo, lo vio en su dormitorio acariciándola con una mano y con la otra hundiéndole un puñal en el corazón. Tan vívidos fueron sus terrores que dio un grito y flaquearon sus piernas. No pudo desmayarse: la carne de res se le ofrecía como la hostia consagrada. Sacó fuerzas de flaqueza, eligió, pagó y salió. Pero antes de

marcharse pasó cerca de René y le dio la mano. De este modo hacía ver a Nieburg que sus palabras no le habían causado ninguna inquietud.

René se quedó confundido y volvió a meter los ojos en el cuarto de res. Cuando Laurita le dio a oler las sales la gente había hecho comentarios. Y ahora, esta señora se acercaba para estrecharle la mano. René la conocía de vista (y cómo no reparar en la insistente y pintoresca Dalia de Pérez). Fuera a donde fuera, siempre se topaba con ella, y nunca se había atrevido a saludarlo. A René no le desagradó el saludo, pero recordó que su padre le tenía absolutamente prohibido entablar relación amistosa con quienquiera que fuese. Qué palinodia y qué castigos si Ramón lo llegaba a sorprender cambiando un saludo con la señora Pérez.

Para colmo, su desfallecimiento en la cola se comentaría en el barrio, y podía llegar a oídos de su padre. De modo que lo mandaba a la carnicería con objeto de familiarizarlo con la carne y él se permitía un desvanecimiento. En vez de aprovechar la profusión de carne sacrificada, entornaba los ojos y dejaba volar la mente. Se acordó de que su padre le había dicho que «tenía la carne flaca», y que a punto de cumplir los veinte años, las promesas de su carne resultaban francamente desalentadoras. Este recuerdo lo llevó a la más torturadora de sus cavilaciones: *¿a qué estaba destinada su carne?*

Los años vividos junto a su padre no arrojaban luz sobre esta cuestión. Ramón, semejante a los magos que se rodean de una niebla para ocultarse del resto de los mortales, escondía celosamente todos sus actos. René presentía la anormalidad, pero le faltaban las comprobaciones. Aparentemente la vida de su padre era normal: comer, dormir, bañarse, salir de viaje, volver, ir a un cine, leer, y al mismo tiempo qué excitación perpetua, qué desplazamientos de una a otra ciudad, de un país a otro, de un continente a otro más lejano. Y esas largas, sempiternas homilías de su padre sobre el valor de la carne, sobre lo que el factor carne significa en la marcha de las naciones. Era, en verdad, un lenguaje harto complicado, ya que la carne estaba presente en cada tema de conversación. René recordaba la glosa que Ramón hacía del célebre apotegma de Arquímedes: «Dadme carne y moveré al mundo». Dondequiera que volviera los ojos, tropezaba con abrumadoras cantidades de carne.

Una vez preguntó a su padre si pensaba hacerlo aprender el oficio de carnicero, y Ramón contestó que a su tiempo se madura la carne. Y añadió: «De todos modos no tomes al pie de la letra lo de convertirte en carnicero. Nunca me has visto descuartizar una res. Tampoco pertenezco al sindicato de sacrificadores y expendedores de carne de res. Si te exijo el culto de la carne, no quiere decir necesariamente que serás carnicero. Estás destinado a algo infinitamente más noble».

¿Qué se proponía su padre con esas frases dejadas siempre en la sombra, con hablar por refranes, con frases de doble y hasta de quintuple sentido? ¿Por qué se negaba a decir lisa y llanamente las cosas? ¿Podía decir las un hombre que enmascaraba cada uno de sus actos? Había que verlo caminar; lo hacía como el que teme una agresión, volviéndose por temor a un súbito ataque, con sus ojos explorando

el terreno antes de aventurarse a salir. Sin duda contra su padre había alguien o él mismo estaba contra alguien. A René bastaba realizar el recuento de su corta vida para confirmar su presunción. La vida de los tres había sido un constante éxodo. No recordaba haber pasado más de un año en el mismo país. Se instalaban como para el resto de sus vidas, y un día Ramón levantaba el campamento para transportarlos a cientos de kilómetros, donde todo resultaba diferente: gentes, costumbres, idioma. Cuando pasaban unos meses, vuelta de nuevo al éxodo. No dejaban las ciudades perseguidos por turbas amenazadoras, ni entre piquetes de soldados, pero cuánta violencia, angustia y desazón en esos fulminantes desplazamientos. René recordó la última ciudad en la que les tocó «pernoctar» en Europa antes del gran salto a Norteamérica. Arribaron a ella en invierno, y en ese mismo invierno la dejaron. No hubo tiempo para que las nieves se fundieran. No era su culpa si, debido a estos desplazamientos, su impresión de la ciudad devenía tan estrecha, tan unilateral que la reputaba de «eternamente blanca».

Arribar al país elegido era también singular: no bien llegaban, alguien se acercaba, los metían rápidamente en un auto y los llevaban a una nueva casa. En ella René experimentaba el mismo desasosiego que en las anteriores. Tenía que asomarse a la ventana para ver el paisaje distinto y convencerse de que no había dado marcha atrás. En estas moradas de paso siempre había la eterna «oficina» de Ramón, una pieza más de la casa, pero constantemente cerrada. Qué hacía su padre en tal «oficina», para qué fines servía. Allí Ramón pasaba las horas y ni la misma Alicia se hubiera atrevido a molestarlo. Las contadas veces que René lo vio salir de la «oficina» advirtió en su cara las señales de un cansancio agotador, el paso vacilante de un borracho. Conmovido, expresó a su padre el deseo de ayudarlo en su trabajo. La respuesta de Ramón fue un grito estentóreo.

En esta postrer ciudad de Europa habían batido el récord de estadía: en ella residieron ocho meses. De pronto, volaron a Norteamérica. René se había echado a reír como un tonto cuando al llegar a su casa, abrumado por el peso de unos kilos de carne, vio a sus padres haciendo las maletas. Ramón le dijo que embarcarían hacia Norteamérica en el término de una hora. El paquete de carne se le cayó de las manos, y, con la boca abierta, parecía la estatua del estupor. No lo dejaba boquiabierto el anuncio del viaje (estaba hecho a tales sorpresas), sino la inutilidad de su compra. Esto le produjo tal acceso de risa que Ramón lo reprendió. René, revolcándose en el piso, gritaba con convulsas carcajadas que los gatos se darían un festín.

Hoy mismo podría repetirse la escena. Al llegar a su casa, abrumado de carne y de vergüenza ¿vería a sus padres haciendo febriles preparativos de viaje? Entonces ¿no sería más prudente llamar por teléfono y preguntar si estaban a punto de volar? Pero esta idea, que no era en el fondo sino su aspiración de ver terminados sus sufrimientos en las carnicerías, se fue con la misma rapidez que llegara. Y en su lugar surgió esta: dejaremos esta ciudad para llegar a otra, y yo iré tarde tras tarde a la compra de la carne.

Su futuro será siempre ese peso muerto formado por el pasado de su vida. Era para rebelarse contra la norma de conducta impuesta por su padre y dejar allí mismo la carne comprada y cantarle a Ramón las verdades...

En ese momento el cliente que estaba detrás le dijo:

—¡Vamos, no se duerma...!

René dio un brinco y quedó frente al carnicero que, apuntándole con el cuchillo, preguntó la clase y la cantidad de carne a comprar.

Y una vez más, con lamento de animal herido, pidió un kilo de esta y cuatro de aquella... Entonces, para que su vergüenza y frustración se hicieran más patentes, el carnicero le regaló unas piltrafas para el gato.

Pro carne

Después de tomar el café, Ramón le dijo a Alicia:

—Tienes que curarme la llaga.

René, que aún tomaba su café, al oír la palabra «llaga» dejó caer la taza. Se agachó para recoger los fragmentos. De nuevo oyó la voz de su padre.

—Vamos, Alicia, date prisa, la llaga no espera.

Las manos de René empezaron a temblar, los fragmentos de la taza saltaron de sus dedos. De nuevo se oyó la voz de Ramón:

—Ven, René, te necesito a mi lado. Es conveniente que empieces a aprender estas cosas.

René alzó la cabeza y la dejó como clavada en una pica. Durante años se había cumplido el programa de la contemplación de la carne de res; de pronto, sin previo aviso, era invitado a contemplar llagas humanas. Recordó que el día venidero cumpliría veinte años y asoció su cumpleaños a la inesperada revelación de su padre. A despecho de proseguir el culto a la carne de res, le impondrían una nueva tarea: asistir a la curación de la llaga.

Ramón se quitó la camisa y René vio una llaga en su pecho.

—¿No te gustaría tener una como esta?

René se puso lívido, se incorporó, empezó a retroceder.

—No, eso no —atajó la voz de Ramón—. Tienes que presenciar la cura.

—Por favor, papá, me dan ganas de vomitar.

—¿Lo oyes, Alicia? Conque ganas de vomitar... ¿Entonces no te gustaría tener también tu llaga?

—No, no quiero, es horrible.

Ramón y Alicia se miraron. René se echó a llorar. Vio que Ramón se le acercaba; pensó que lo heriría en el pecho; dio un grito y cayó de rodillas.

—Papá, te obedeceré en todo, no me mates.

—No seré yo quien te hunda el cuchillo, hijo mío. Piensa que en el mundo existen millones de manos y millones de cuchillos.

Lo cogió por los hombros y lo sentó en una silla.

—Mira, tu cuerpo, el mío, el de tu madre, están hechos de carne. Esto es muy importante, y por olvidarlo con frecuencia, muchos caen víctima del cuchillo. Sabes que practico el culto de la carne, no el de la atlética e intacta, sino el de la trucidada. Eso sí, viva y palpitante como esta llaga. O como esta. —Y se arremangó el pantalón—. Mira qué llaga, del tamaño de un puño. Es reciente. Aun después de curada, la piel se mostrará translúcida y violácea. O si lo prefieres puedo mostrarte mi primera herida, una herida que tiene cuarenta años y, sin embargo, persiste en mantener la cicatriz. Mírala. —Se sacó el zapato y la media con gran calma y parado en un pie mostró la planta del otro—. ¿No ves que abarca desde el calcañal hasta los dedos? Y en el otro pie sucede lo mismo. Fueron estas dos heridas, mi primera batalla con la

carne, y de la cual, si no me equivoco, salí victorioso. No voy a hacerte el relato de esa aventura, pero puedes tener por cierto que no fue una pluma de ave lo que se mantuvo horas y horas pegado a estas plantas. Ya ves, mi cuerpo tiene mucha carne por donde cortar... ¿Quieres otro ejemplo? Mira mi hombro derecho. Sabes que esta parte del cuerpo se denomina clavícula. Pues bien, se ha convertido en una grotesca protuberancia. ¿A qué se debe tan violenta dislocación? ¿Y por qué no tengo uñas en los dedos de los pies y en su lugar se observan negros boquetes? Sí, mira, no te canses de mirar, de examinar, y si quieres hasta puedes tocarme. ¡Vamos, ánimo! Me estás viendo como realmente soy. Y hay más, esto no es todo... Mira aquí. ¿En virtud de qué, esta piel del vientre —y mostraba su vientre deformado—, está llena de costurones? Para no hablar de otras señales, aunque diminutas, no por ello menos refinadas. Mira este agujero en la oreja, del tamaño de una moneda de un centavo. Te confieso que siento por él un cariño especial. Me procura la sensación de que es como un mirador de cuanto se encierra en mi cuerpo. —Lanzó una sonora carcajada y se echó en el piso—. ¡Qué cuerpo el mío! ¿No te parece? Y oye, llevo cuarenta años luchando con la carne, pero siempre animoso, siempre coleccionando trofeos, batiendo récords... En una palabra, resistiendo, hijo mío, resistiendo.

—¿Resistiendo, papá, resistiendo a qué? —dijo René, lloroso.

—Bueno, cálmate, no veo ninguna razón para ponerse así. Me parece que todavía no estoy muerto. —Se quedó un momento pensativo y prosiguió—: ¿Piensas que estos golpes, llagas, fracturas se deben a que fui acróbata o boxeador? ¿A qué oficio o profesión atribuyes tales anomalías? Bueno, a su tiempo se madura la carne... Creo que ha empezado a madurar para ti. Dime, ¿no has pensado que tu cuerpo pueda convertirse en lo que es el mío?

—¡No, no, papá! —imploró René—. No me gustan las heridas. Prefiero intacto mi cuerpo.

—¡Qué tonterías estoy oyendo! ¿Qué significa el cuerpo intacto? Si no lo quieres vulnerado, ¿a qué lo destinas?

Lo cogió por un brazo y lo puso en pie.

—Si tu pecho no tiene una llaga como la mía, ¿de qué te serviría? Si tu vientre está libre de costurones, ¿para qué lo quieres? Si esos brazos llegan sin heridas a la vejez, ¿de qué te habrán servido? Si tus piernas no tienen mil y una heridas, ¿a qué uso placentero las reservas? Dime, héroe romántico —y lo zarandéó violentamente—, joven lunar de mirada soñadora, ¿qué piensas? Cuerpo intacto, morbideces, turgencias... Dime, hijo, tu padre te pregunta: ¿no amas la carne descuartizada?

—Es fea —se limitó a responder René y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Ah, ahora nuestro héroe se desmaya! Pronto, que venga un médico, traed las sales... El hijo del rey ha muerto, el cetro pasa a otras manos. No, no, joven soñador, ni has muerto ni vas a desmayarte.

Metió el pie en el zapato, cruzó los brazos y miró a René detenidamente. Una mosca, caída en una taza, agitaba vanamente sus alas por escapar. Con suma

delicadeza, Ramón la atrapó y la colocó sobre una rosa. Lentamente se fue poniendo la camisa. Por fin, alzando la cabeza de René, preguntó:

—¿Sabes cómo llamaban a mi padre los camaradas?

Y, como calculando el efecto, empezó a hacerse parsimoniosamente el nudo de la corbata. Al fin dijo:

—Mi padre, muerto dos años antes de tu nacimiento, marchó a la tumba acompañado de más de doscientas heridas. Sin duda se había formado en la gran escuela. Yo mismo, yo, que tanto horror te inspiro, que te parezco un monstruo de deformidad, no podría compararme ni remotamente con tu abuelo. Él tenía una llaga que, empezando en la tetilla derecha, recorría la espalda y venía a finalizar en la misma tetilla. Y dicha llaga, al lado de la cual la mía es tan solo una picadura de mosquito, se mantuvo, abierta y supurante, hasta el último día de su vida. Tu abuelo, camarada de camaradas, resistió victoriosamente veinticinco agujas en las uñas.

René no lo dejó continuar. Se abrazó a él, y en medio de grandes sollozos, preguntó:

—¿Por eso, papá, por eso mi abuelo era la Criba Humana?

—René, mañana cumples veinte años.

—Sí, mañana es mi cumpleaños.

—Querido hijo, el día en que cumplirás veinte años, te pondré en posesión del secreto de la carne.

A estas palabras, de un estilo grato a Ramón, sobrevino un largo silencio. René se había echado en los brazos de su madre, formando con Alicia una *pietà* casera, a merced de un César implacable. Como si ese cuadro plástico improvisado de la madre con el hijo lo irritara, Ramón exclamó:

—Mañana también empezará para ti la batalla por la carne.

Fue interrumpido por un timbrazo. René corrió a abrir. Retrocedió espantado. Adelantándose con gran desenfado, la señora Pérez decía:

—No voy a comérmelo, tesorito... Solo he venido a informarme de su preciosa salud. En la carnicería lo vi a punto de desmayarse.

Hizo una profunda reverencia a Alicia, y a Ramón.

—Tienen ustedes un hijo muy sensible.

—Agradezco, señora, el interés que se toma por René —contestó Ramón—, pero le aseguro que su carne adquirirá el temple debido.

—El temple necesario... —repitió la señora Pérez extasiada ante un René con la carne sabiamente templada para el amor—. Los felicito —añadió—. Trajeron al mundo un ser que hará una brillante carrera con su cuerpo.

René saludó a la señora Pérez y se dispuso a salir del comedor. La señora Pérez lo cogió por un brazo.

—No me va a privar de su encantadora presencia. Estaré solamente unos minutos. Olvidaba presentarme. Me llamo Dalia de Pérez. Tanto gusto.

—Tanto gusto —dijeron maquinalmente Alicia y Ramón.

—Pues es el caso —prosiguió Dalia— que este jovencito estuvo a punto de desmayarse en la carnicería. Gracias a mi amiga Laurita su lindo cuerpo no rodó por tierra.

—Tenga por seguro que esa escena no se repetirá, señora. Desde mañana...

—Pues claro —dijo Dalia—, desde mañana, desde mañana... Pero no estaría fuera de lugar un tratamiento para los nervios, los de René se ve que son fibras muy sensibles. No va a negarme que también los nervios están hechos de carne, y si los alteramos, el resto de la carne se altera. —Se quedó un momento embarullada en sus reflexiones, y añadió de un tirón—: Lo que quiero decir es que la carne de René no está hecha para el dolor. Eso es —y apoyó la frase con una risita—, ningún dolor para esa carne.

—Lo mismo pienso yo —dijo Ramón—. Tanto es así que por eso lo mando a la carnicería. Dígame, señora Pérez, ¿no es un placer contemplar esa carne descuartizada?

Ahora la que estuvo a punto de desmayarse fue Dalia.

—¡Cómo! ¡Qué está diciendo, Dios mío! ¡La carne descuartizada! ¡El potro del tormento! No, no, aleje de mi vista esa visión infernal, y también aléjela de su hijo. Mire su cuerpo, tiembla como la hoja en el árbol. Es un cuerpo hecho para el placer. Hágale la vida agradable al cuerpo de su hijo.

—Mi encantadora señora —contestó Ramón con ironía—, compruebo que usted se interesa grandemente por el destino de René. No tenga cuidado, la carne de mi hijo florecerá a su debido tiempo.

—Es encantador oírle decir eso, señor. Cuando oigo la palabra florecer me vuelve el alma al cuerpo. Y si en algo puedo ser útil a ese florecimiento, estoy a la disposición de su hijo.

René se ruborizó. Dalia hizo que se ruborizara. Ramón sintió que su sangre se le subía a la cabeza. ¿Pondría a esa mujer de patas en la calle?

Dalia no le dio tiempo. Mientras hacía nuevos saludos caminaba hacia la puerta. Una vez allí, desplegó la más seductora de sus sonrisas, volvió a saludar y dijo:

—Hágala florecer.

La causa

Al siguiente día, cumpleaños de René, Alicia lo despertó muy temprano para decirle que Ramón lo esperaba a las siete en la «oficina». Debía ir en ayunas y darse prisa. Eran las siete menos cuarto. Diciendo y haciendo le hacía cosquillas para sacarlo de la cama. René se resistía, no tanto por pereza, como por el estupor que le causaba la orden de su padre. ¿Qué significaba ir a verlo «en ayunas»? Acabó por levantarse, entró en el baño, se lavó sumariamente y, dando las siete, tocaba en la puerta de la «oficina».

—Entra —escuchó un tanto ahogada la voz de su padre.

René empujó la puerta y entró. Creyó estar de pronto en el gabinete de un dentista. Las paredes estaban pintadas de blanco y del techo colgaba una lámpara de uso en las salas de operaciones quirúrgicas. En medio del cuarto había una especie de sillón de dentista, de un color entre amarillo y crema. En una vitrina, pinzas, tenazas, bisturíes. Al fondo del cuarto y pendientes del techo, poleas, cuerdas y trapecios. Sobre una mesa de hierro varios sopletes oxhídricos. Finalmente, sus ojos se posaron en un cuadro de grandes dimensiones, un óleo del martirio de san Sebastián. O al menos el pintor tomó como punto de partida dicho martirio, porque en el caso de este cuadro no se podría afirmar que fuera exactamente un martirio. La pintura presentaba a un hermoso joven, tal como lo había sido Sebastián, en actitud reposada, con la mirada perdida y una sonrisa enigmática. Hasta ahí el cuadro no ofrecía nada de particular. En lo que se apartaba del modelo tradicional era en lo referente a las flechas. San Sebastián sacaba las flechas de un carcaj y se las clavaba en el cuerpo. El pintor lo había presentado en el momento de clavarse la última en la frente. La mano aún se mostraba en alto, separados los dedos del extremo de la flecha y como si temieran no se hubiera sumido definitivamente en la propia carne.

René se acercó más. En ese momento la luz de un reflector cayó sobre el cuadro, que hasta entonces había disfrutado de una ligera claridad. René retrocedió espantado: era su cara. Este san Sebastián era René. Sus mismos cabellos y su boca, su misma frente. Como en un sueño oyó la voz de su padre:

—Se parece a ti, ¿verdad?

René no respondió. Seguía con los ojos clavados, como otras flechas, en la cara del joven Sebastián. Ramón volvió a preguntar sobre el parecido. René cayó en nuevas sorpresas: su padre estaba sentado en el sillón y comprimía horriblemente sus dedos en unos torniquetes. Volvió a insistir sobre el parecido.

—Es mi misma cara —musitó René—. Sí, soy yo mismo.

—Dime, hijo mío, ¿te gusta?

René sentía que sus fuerzas lo abandonaban. Eran emociones intensas. La convivencia con su padre había sido extraña, pero cosas como las que ocurrían en ese momento lo tocaban de modo directo. Oscuramente se percataba de que también se contaría con él para «el servicio del dolor». La voz de su padre, repitiendo la

pregunta, lo sustraía de golpe del plano infantil, en que hasta entonces se moviera, para situarlo en la realidad de la violencia. Se vio obligado a responder. Por tercera vez Ramón preguntaba.

—Sí, padre, me gusta.

—Eso no es decir nada. Sé que te gusta. Te refieres a la pintura en cuanto tal. Y yo no te hablo de ella. Sé que se trata de una buena tela. El pintor que la ejecutó es de los nuestros y nosotros nunca hacemos mal las cosas. Lo que quiero saber es si te sientes como el René del cuadro.

—¿Lleno de flechas?

—Lleno de flechas y de cuanto está en este cuarto. Todo es poco para servir a la Causa.

Sacó sus dedos de los torniquetes. Estaban acardenalados por la compresión.

—¿Nunca te he hablado de la Causa?

—¿La Causa...? —indagó René confundido.

—La Causa es la revolución mundial. Hasta que no se produzca, deberemos servirla. El jefe que domina nuestro país traicionó la Causa y nos persigue porque lo perseguimos. Su persecución tiene lugar dentro y fuera de este país. Tu abuelo, que tuvo el privilegio de servir a este jefe que abatió al antiguo jefe, pasó los diez últimos años de su vida persiguiendo a su jefe, quien, a su vez, lo perseguía a él. El resultado fue la muerte de tu abuelo.

—¿Y el jefe también te persigue, padre?

—Acabo de decírtelo. Recogí la herencia de tu abuelo. Soy el jefe de los perseguidos que persiguen a los que nos persiguen. Sin embargo, ambos jefes estamos muy lejos el uno del otro. En otra época estábamos tan juntos que nos dábamos la mano cada día. Después nos fuimos separando. Al principio creímos que acabar con él era cuestión de horas. Pronto nos desengañamos. Abandonamos el país. Como quien dice, nos situamos enfrente. Pero él activaba la persecución. ¿Qué otra cosa podía hacer si se sabía perseguido? Fuimos poniendo tierra y agua entre él y nosotros. En treinta años las posibilidades de posarse en algún sitio se van recortando. La tierra no es ilimitada, y ya estamos reducidos a esta ciudad.

Dejó el sillón y dio la espalda a René.

—¿Sabes cuantas veces los partidarios del jefe me han puesto en peligro de muerte?

—¿De muerte...? —exclamó René—. Padre, ¿hablas de atentados?

—Así es, René, de atentados contra mi persona. Dieciocho atentados de primera magnitud, para no hablar de otros de menor cuantía. Por ejemplo, es atentado de primera magnitud aquel en que los perseguidores te acorralan, ves sus caras, sus armas, sus brazos te aprisionan, eres herido de gravedad, escapas por un pelo... En cuanto a los de menor cuantía, por ejemplo, te envían una bomba de tiempo, estás expuesto, pero como desconfías de cualquier envío, no la tomas en tus manos. En un momento dado el jefe y yo estuvimos a la par en el número de atentados de primera

magnitud. Después, me fue tomando ventaja. Sus recursos eran mayores. Muchos de los nuestros, cansados de esperar el triunfo de la Causa, se pasaron al enemigo o sencillamente se alejaron de la lucha. Esto procuró al jefe una especie de claros alrededor de mi persona que él ha sabido, lo confieso, aprovechar. Por otra parte, los vaivenes de la política internacional le han sido tan propicios que a la hora que te hablo, casi todos los gobiernos son sus partidarios. Si todavía se siente perseguido es porque desea ardientemente perder su carne. La verdad es que solo de un modo teórico aguarda un atentado de parte mía.

—Pero, padre —exclamó René vivamente—, no veo por qué tengas que morir. Todo podría arreglarse. Escribe a ese jefe comunicándole que te retiras de la persecución.

—Retirarse de la persecución... La persecución nunca se detendrá, es infinita, ni aun la muerte la detendría; ahí quedas tú para proseguirla. ¿No te has fijado en las carreras de relevos? Cuando un corredor deja caer la antorcha, el que sigue la recoge al instante. Tu abuelo me entregó la antorcha, yo te la pasaré. Tú la pondrás en las manos de tu hijo o en su defecto del miembro más destacado del partido. La Causa no puede dejar de correr un solo instante.

—¿Por qué se baten? —preguntó René con suma agitación.

—Por un pedazo de chocolate —respondió solemnemente su padre—. El jefe que ahora me persigue, hace muchos años logró, tras cruenta lucha, abatir al poderoso y feroz jefe que tenía prohibido en sus estados, so pena de muerte, el uso del chocolate. Este mantenía rigurosamente tal prohibición que se remontaba en el tiempo a siglos. Sus ancestros, los fundadores de la monarquía, habían prohibido el uso del chocolate en sus reinos. Afirmaban que el chocolate podía minar la seguridad del trono. Imagina los esfuerzos, las luchas que tuvieron lugar durante siglos para impedir el uso de dicho alimento. Millones de personas murieron, otras fueron deportadas. Por fin el jefe, que ahora me persigue, obtuvo una aplastante victoria sobre el último soberano y tuvimos la dicha, muy corta, de inundar de chocolate nuestros territorios.

—Dime, padre, ¿en qué minaba el chocolate la seguridad del trono?

—Muy sencillo: el fundador de la dinastía afirmaba que el chocolate es un alimento poderoso, que al pueblo se debía mantener perpetuamente en una semi-hambre. Era la mejor medida para la perdurabilidad del trono. Imagina entonces nuestra alegría cuando, tras siglos de horrendas contiendas, pudimos inundar el país de chocolate. Las masas, que habían heredado esta patética predisposición a tomarlo, se dieron a consumirlo locamente. Al principio todo marchó sobre ruedas. Un mal día el jefe empezó a restringir su uso. Tu abuelo, que había visto perecer a su padre y a su abuelo por la implantación del chocolate, se opuso categóricamente a dicha restricción. Y tuvo lugar el primer rozamiento con el jefe. Como en todas las luchas que van a ser a muerte, hubo imprescindibles tanteos, arreglos aparentes. Un día amanecíamos y la esperanza nos colmaba: el jefe daba carta blanca al uso del chocolate; otro día se limitaba su uso a tres veces por semana. Entretanto las

discusiones subían de punto. Tu abuelo, el personaje más influyente cerca del jefe, le reprochaba política tan funesta, llegando al extremo de llamarlo «reaccionario». Tuvo lugar una acre disputa, cuyo resultado fue que al otro día el secretario de mi padre en el Ministerio de la Guerra fue encontrado agonizante en su casa: alguien lo había obligado a tomarse un galón de chocolate caliente. Esto colmó la medida. Mi padre se opuso abiertamente al gobierno, se formó el grupo de los chocolatófilos. Entonces yo era muy joven, pero recuerdo nítidamente un desfile bajo los balcones de la Casa de Gobierno comiendo barritas de chocolate. En represalia, el jefe incautó el existente en el país. Nosotros no cejamos y nos vestimos color chocolate. El jefe, considerando que esto podía levantar en su contra al pueblo, nos declaró reos de lesa patria y ordenó un gran proceso. A duras penas mi padre pudo trasponer las fronteras y buscar asilo en un país vecino. El resultado de los procesos fue la muerte de miles de los nuestros.

—Si no eran culpables, ¿por qué los ejecutaban? —gritó René fuera de sí.

—¿Por qué...? Pregúntaselo al jefe —y Ramón soltó una risotada—. Entretanto mi padre y sus adeptos mantenían la santa causa del chocolate desde el país vecino. El jefe había traicionado los sacrosantos principios de la revolución del chocolate; en consecuencia, debería morir. Él lo sabía y, además, sabía que el pueblo, que no habría protestado abiertamente contra la prohibición si no es por la campaña llevada a cabo por la oposición, ahora se empeñaría en una lucha a muerte por el derecho a comer y beber chocolate donde y cuando lo quisiera. Pronto los acontecimientos confirmaron estas inquietudes del jefe. Los campesinos se sublevaron. El resultado fue la muerte de miles de ellos y la deportación de muchos miles más a las regiones heladas del país. Casi todos murieron. Entonces tu abuelo lanzó el primer atentado. El primer secretario del jefe era de los nuestros. No me detendré en los detalles de esta laboriosa comisión. Me limitaré a decirte que la taza de chocolate que bebería el jefe una mañana estaba envenenada.

—¿Es que el jefe tomaba chocolate? —exclamó René con asombro.

—¡Cómo puedes ser tan ingenuo! Claro que hacía uso del chocolate, y en qué cantidad. Sabían él y sus secuaces que esta bebida es altamente estimulante, para no olvidar que si al pueblo se prohibía su disfrute era precisamente porque de tomarla a la par, el pueblo y el gobierno, habría debilitado políticamente a este último. No olvides que el jefe y sus secuaces aspiraban, mediante las bondades secretas del chocolate, a la dominación mundial.

—Padre —lo interrumpió René—, ahora me doy cuenta, nunca te he visto tomar chocolate. En cuanto a mí, no sé qué gusto tiene.

—Sigues siendo un ingenuo. Así que nos rebajaríamos a tomar chocolate. ¿Tan simples nos crees como para vernos con una taza de chocolate en la mano? Lo que defendemos es la causa del chocolate. No tendría sentido que a miles de leguas de distancia de la batalla por el chocolate nos dispusiéramos a beberlo como unos desesperados. Y para acabar de ilustrarte: te confieso que nos harta. Tu mismo abuelo

sonreía socarronamente cuando hablaban del chocolate, lo cual no obsta para que haya gastado su vida defendiéndolo a brazo partido.

René se acercó al cuadro y poniendo un dedo sobre la mano que sostenía la flecha clavada en la frente de san Sebastián preguntó candorosamente a su padre:

—¿Por qué no ordenaste al pintor que en lugar de una flecha me pusiera en la mano una taza de chocolate?

Ramón se demudó.

—Eso queda para la propaganda.

Fue a la mesa, revolvió en una gaveta, sacó una foto.

—Mira. Aquí nos tienes en el banquete aniversario de la prohibición del chocolate. ¿No reparas que todos sostenemos una taza? Sin embargo, nunca dimos tal banquete y mucho menos tomamos chocolate, pero eso no impidió que hiciéramos una tirada de millones de fotos para hacerlas circular por el mundo. Pero dejemos tus ingenuidades y volvamos al jefe. Había descubierto la conspiración. Esa mañana de que te hablo se presentó en el comedor de la Cancillería llevando en su mano derecha una humeante taza de chocolate. A su vista, el secretario se quedó helado de espanto. El jefe le dijo, sin más preámbulo, que se la tomara... Te imaginarás el final de la escena: el secretario se vio obligado a apurar su propia cicuta. A los pocos minutos era cadáver. Ese mismo día el gobierno del país en que transcurría nuestro exilio, nos declaró extranjeros perniciosos. De entonces acá ha llovido mucho. Tu abuelo murió asesinado, yo estoy a punto de perecer. El cerco se estrecha cada vez más. Es por eso, y en ocasión de tu cumpleaños, que te he llamado aquí para participarte la voluntad del partido y la mía propia.

—¿La voluntad del partido...? —Apenas si pudo balbucear René.

—Es la voluntad del partido que seas mi sucesor, tanto en lo que tengo de perseguido como de perseguidor. Son dos funciones diametralmente opuestas. Cada una exige una táctica diferente. Aprenderás ambas. Como en los últimos tiempos la suerte nos ha sido adversa, deberás prepararte para ser el gran perseguido de nuestra Causa. Mi consejo es que, sin hacer renuncia expresa del oficio de perseguidor, pongas el acento en la complicadísima técnica del perseguido. No olvides que por el momento, la perdurabilidad de la Causa depende de la huida. Un buen huidor puede causar mucho daño al enemigo. El que huye lo hace de dos cosas: de otro hombre como él, y de la confesión. Lo primero recibe el nombre de atentado; lo segundo, de tortura.

—¿Tortura...? —balbució René.

—En toda la línea —contestó Ramón fríamente—. Si ordené pintar el cuadro fue con el único objeto de hacerte comprender plásticamente tu destino.

—Pero soy yo mismo quien se tortura, padre.

—En efecto, eres tú quien se tortura. Es una manera de invitar a los otros a que lo hagan. ¿Quién, en medio de tantas flechas, resistiría la tentación de clavarte una más? Por ejemplo, yo.

Y rápido como el rayo le clavó una aguja en el brazo. René dio un grito y cayó a los pies de su padre, quien levantándolo, dijo con inmensa ternura:

—He ahí tu regalo de cumpleaños.

Se sentó en el sillón, se aplicó los torniquetes y exclamó jovialmente:

—Vete a tomar tu desayuno.

El cuerpo humano

La señora Pérez tenía pretensiones de poetisa. Dos libros de versos y ser viuda de un periodista famoso le conferían cierta notoriedad entre sus amigos. Joven aún, y con bienes de fortuna, Dalia quería destacarse, y en cierto modo lo conseguía. Aunque nunca pudo recibir en su casa «lo mejor» y muy poco de «lo regular», se estimaba una mujer triunfante. Se llenaba la boca para decir que sus «jueves musicales» eran una de las atracciones de la ciudad.

En esos jueves, tan anacrónicos como la señora Pérez, a la que su no menos anacrónico marido había legado la atmósfera de las veladas provincianas, se hacían tres cosas: recitar, tocar el piano y cantar. Dalia recitaba sus propios versos, acompañaba sus canciones y las cantaba, en medio de un incesante parloteo, matizado con risas estentóreas. Sentada al piano y al parecer absorta en la ejecución, se levantaba de pronto para mezclarse en la conversación de sus invitados. Soltando sus famosas risas, preguntaba sobre lo que conversaban *sotto voce*, y al rato volvía al piano. Así, jueves tras jueves, la vida de la señora Pérez era, no podría ser de otro modo, un camino sembrado de rosas.

Sin embargo, el jueves siguiente a su encuentro con René en la carnicería, Dalia se había encerrado en un gran mutismo. Sus nervios se hallaban a punto de estallar: se levantaba, volvía a sentarse, recorría el salón, arreglaba unas flores, daba órdenes al sirviente... Apenas atendía a sus invitados. Dejó al señor Powlavski con la palabra en la boca; no besó a la encantadora Laurita; olvidó cumplimentar al crítico Blanco. Su extraño comportamiento empezaba a levantar comentarios entre sus invitados.

¿Qué le ocurría a Dalia? Esperaba la llegada de René. Presentarlo ese jueves a sus amigas le proporcionaría un sonado triunfo. Su femenina vanidad no podía renunciar a esto. Nieburg y Powlavski se pondrían verdes de envidia. Laurita, que también había echado el ojo a René, de puro despechada se comería las uñas; Blanco, que se preciaba de conocer a los jóvenes de la ciudad, no le perdonaría esta presentación. Era tal la impaciencia de Dalia por «cosechar» su triunfo que no faltó nada para proclamar la visita inminente de René, pero se contuvo en previsión de un fiasco.

De su desasosiego vino a sacarla Laurita, su rival en el *bel canto*. Le suplicó, en nombre de los invitados, que se dignara abrir la sesión poético-musical con la linda balada *Te espero de día y de noche*. Recobrando su habitual vivacidad, Dalia de Pérez se sentó al piano. Preludió y pronto su voz inundó el salón. A mitad de la balada los invitados comentaban la melancolía con que la señora Pérez cantaba.

Su melancólica interpretación fue interrumpida por un timbrazo. Como movida por un resorte, Dalia se levantó y corrió hacia la puerta de la calle. Al instante volvió a entrar en el salón, esta vez con cara de triunfo: llevaba a René de la mano. El señor Nieburg, de puro asombro, dejó caer el cigarrillo sobre la alfombra, y el señor Powlavski se paró echando el cuerpo hacia delante. Dalia fue pasando de grupo en grupo para las presentaciones de rigor.

Por obra y gracia del recién llegado, Dalia volvía a ser Dalia. Las caras de Nieburg y Powlavski eran ardientes preguntas devorando la suya, que reventaba de vanidad. René, con su habitual timidez, pronunciaba pocas palabras y se sonrojó cuando Laurita celebró sus espléndidos ojos grises.

—¿Qué diablos hizo para trabar amistad con René, señora Pérez? —indagó Powlavski.

—¿Se acuerda de la tarde en la carnicería? —contestó Dalia—. ¿Y de la palidez de René? Esa misma tarde fui a su casa. Desde entonces somos grandes amigos.

Oyendo la palabra «casa», Nieburg y Powlavski dijeron a coro:

—Describanos la casa.

—Una casa como todas las casas. Sala, recibidor, dormitorios, comedor, cocina, baño...

De pronto sintió el impulso de comentar lo de la «oficina». Si proporcionaba a Nieburg y a Powlavski esta primicia, su triunfo esa velada sería fantástico. Cuando se disponía a dar rienda suelta a su proverbial chismografía se detuvo demudada: las caras de ambos mostraban un ansia que iba más allá de la simple curiosidad.

—¿Qué ocurre, señora, hay algo que no pueda decir?

—¡Oh, no, en modo alguno! Es una casa de aspecto muy doméstico. No hay nada que no pueda verse y, además, los padres de René me la enseñaron toda.

Para cortar por lo sano, empezó a hablar del ruido que hacía el descubrimiento de una nueva droga para los nervios. Sin embargo, implacables, Nieburg y Powlavski volvían a la carga: pedían detalles, precisiones, alto y ancho, metros y hasta milímetros... Para quitárselos de encima Dalia aprovechó que el criado pasaba con una bandeja, cogió dos copas de *cocktail*, se las puso en las manos y los dejó con la palabra en la boca.

Colgada del brazo de René, lo llevó ante una vitrina atestada de marfiles y abanicos. Nieburg y Powlavski los siguieron. Ahora Dalia, frente a la vitrina, señalaba a René los marfiles, al mismo tiempo que hablaba sin parar. Nieburg y Powlavski, a corta distancia, hacían a Dalia, sin que René pudiera verlos, señas misteriosas, con miradas que eran otras tantas preguntas. Utilizando los dedos manifestaron que solicitaban una entrevista. Dalia, a su vez, les lanzó una mirada aniquiladora. Powlavski, haciendo caso omiso de la amenaza, se acercó para decirle con toda desfachatez que tocara el *Vals del Emperador*. A la señora Pérez no le quedó más remedio que complacerlo. Como no lo sabía de memoria, Powlavski se ofreció a pasar las páginas. Mientras lo hacía, se inclinaba sobre la ejecutante y le repetía *ad eternum* si en casa de René ocurrían cosas fuera de lo normal. Casi desmayada concluyó Dalia el alegre vals.

En ese momento el criado anunció que la comida estaba servida. Dalia se vio obligada a aceptar el brazo que Powlavski le ofrecía. Con paso vacilante atravesó el salón y cayó desplomada en la silla que el mismo Powlavski le encajaba en el trasero con burlona solicitud. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Dalia, que tenía a su

derecha al crítico Blanco, respondió sonriendo a la pregunta que este le hacía sobre el consomé:

—No, amigo mío, no es de pollo, es de carne de res. —Y atropelladamente añadió—: La cena de esta noche se compone exclusivamente de platos... carnales.

Soltó una de sus risas y volvió a decir:

—De platos carnales... Un consomé de carne de res, un gigote de carnero, unas chuletas de puerco...

—Mi querida amiga —dijo Blanco—, no va a terminar usted la relación del menú diciéndonos que el cuarto servicio es un estofado de carne humana...

—En cuanto a eso, no; aunque el canibalismo...

Y calló confundida al mismo tiempo que se sonrojaba. Nieburg y Powlavski la hacían decir estupideces y estaban dispuestos a aguarle la velada. Se habían propuesto torturarla. Haciendo de tripas corazón, dijo entre grandes risotadas:

—Bueno, mis amigos, si en esta cena alguien es vegetariano o se abstiene de la carne por principios religiosos, ya puede ir ayunando.

—No creo que ninguno de los invitados esté en uno de esos casos, Dalia —dijo Laurita—. Solo veo colmillos afilados. A no ser que su invitado de honor... —Y dirigió una mirada penetrante a René.

Hacia él se dirigieron todas las miradas. René las sentía como agujas en su carne. De nuevo, además, se aludía a la carne; no solo él sería el «plato fuerte» de la comida, era, asimismo, el tema de conversación. Y quién sabe a qué peligros se expondría, a qué trampas y a qué abismo.

—No —dijo René con un hilo de voz—, también yo como carne.

Sus palabras, proferidas con el acento de la víctima frente a su verdugo, fueron acogidas con una carcajada general. De modo que *también* René comía carne. ¿Pero de qué manera la comía? Con mandíbula temblorosa y dientes vacilantes, con boca de moribundo, con turbación de pecador.

—Caramba, Dalia —exclamó Blanco—. La declaración de su amiguito constituye todo un reproche. Se considera y nos considera pecadores.

—¿Qué está diciendo!... —gritó Dalia—. ¿No ve que lo asusta? Su carne todavía no es como la nuestra; a la menor cosita se desmaya. El otro día en la carnicería...

—Doy fe —gritó burlonamente Laurita, alzada la mano—. El otro día en la carnicería... —Y miró a Dalia bajando púdicamente los ojos.

—Bueno —dijo Blanco—, ¿qué fue lo que pasó en la carnicería?

—Nada tan importante como para hacer una montaña —contestó Dalia—. Solo una predisposición del ánimo frente a la carne.

—¿Frente a la humana? —preguntó Blanco.

—No, frente a la de res. En dos palabras: el otro día René estuvo a punto de sufrir un desmayo al ver los cuartos de res colgados de los garfios.

—Ya, ya... —dijo Blanco—. Y ahora usted sirve una cena compuesta exclusivamente de platos carnales. A su amiguito esta noche le dará un síncope.

Y se rio estruendosamente.

En ese momento sirvieron el gigote de carnero. René pensó que él también era un carnero y Dalia y sus amigos se disponían a picarlo en pedacitos. Pensó decir algo, ya iba a decirlo, cuando Dalia se adelantó para preguntarle:

—¿Va a comer del gigote?

—Comeré gigote —contestó René, con tal precipitación que las palabras se atropellaban en su boca—, y chuletas de puerco, y si lo sirven, *roast beef*, y ternera al horno y también pata y panza...

—¡Bravo! —Palmoteó Dalia—. ¡Viva la carne!

—¡Que viva! —gritó Blanco. Y se sirvió un gran plato de gigote.

Todos lo imitaron, excepto René, que apenas lo probó, al igual que el resto del menú. Dalia desistió de animarlo. O lo mataba o lo dejaba... Como si la angustia de René ante la carne tuviera la virtud de oprimir el pecho y cerrar las bocas, la cena transcurrió en un silencio de muerte.

En los postres Dalia lo rompió exclamando:

—La vida es así.

Y levantándose dio la señal para abandonar la mesa. Decididamente, la encantadora velada se había cambiado, por la presencia de René, en una velada fúnebre. Dalia no volvió a cantar, tampoco ninguno de los invitados se lo pidió. No estallaron más carcajadas ni nadie renovó sus alardes de frivolidad. René, marmóreo y como desencarnado, había tenido el privilegio de helar esas carnes palpitantes, hechas de apetitos y de lujuria. En los cuatro o cinco grupitos que se formaron después de la comida, solo se hablaba de él, para «despellejarlo» y hacer trizas el fúnebre personaje. ¿Qué se había creído? ¿No estaba hecho de carne? ¿Era un espíritu superior? ¡Que no se le ocurra al aguafiestas volver a las veladas de Dalia!

Y como si se hubieran puesto de acuerdo, se produjo la desbandada general. Dalia, desolada, repetía: «¡Pero si es tan temprano...! ¡Pero si es tan temprano...!». *Vox clamavit in deserto...* Todos se alejaron con aires de embajadores ofendidos, apenas sin despedirse de Dalia y, con ostensible grosería, sin saludar a René.

Recostado en la chimenea esperó a que se marcharan. No se recostaba en la chimenea para adoptar una pose romántica a lo Chateaubriand, sino porque se sentía a punto de desplomarse. Los amigos de Dalia le habían dado a entender muy claramente que era un elemento antisocial. No por otra vía que por la carnal, el ser humano se realizaba; en cambio, negando su carne y la carne, era un solitario, un místico, un anacoreta, un cenobita, en una época eminentemente carnal. Por otra parte, temía que Dalia le dijera todo esto y mucho más. Y él, todavía en esta casa, a la que nunca se le volvería a invitar. En esto sintió la voz de Dalia y la vio venir hacia él.

—¿Usted no se había ido?

René farfulló:

—Bueno..., yo..., Dalia..., me iré ahora mismo...

Dalia llegó junto a él y le tomó las manos.

—Es usted un encanto. Qué grata sorpresa, Dios mío. Creí que se había ido a la inglesa, con todo su derecho. Mis invitados se portaron esta noche como seres insoportables. Menos mal que se han marchado. Así estaremos solos. La noche es todavía joven.

Y se le quedó mirando amorosamente.

—Es muy tarde, Dalia. Y además, por culpa mía...

—Usted es adorable. No diga tonterías. Venga, estaremos más cómodos en el sofá.

Lo sentó en el sofá y fue apagando las lámparas. Solo dejó encendida una que estaba cerca, y sirvió dos copas de coñac.

—Brindemos por nuestra amistad. ¿No es cierto que seremos amigos eternos?

René contestó con monosílabos. Empezaba a marearse. Se había tomado el coñac de un trago. El perfume de Dalia era además una invitación al relajamiento, a sumirse en olvidos. Pero de pronto se acordó de su padre y se puso en pie.

—¡Oh, qué niño malcriado! —exclamó Dalia dulcemente—. Ahora es cuando estamos en familia, en la verdadera intimidad —y suplicó a René que volviera a sentarse. De la mesa que estaba ante ellos tomó un libro de gran formato, y estrechándose contra el asustado René, le dijo—: Vamos a distraernos. ¿Te gusta la pintura?

El libro sin embargo era un álbum de anatomía. En la carátula decía con grandes letras: EL CUERPO HUMANO. Dalia lo mantuvo cerrado durante unos segundos observando la reacción de René, quien se hallaba en extremo nervioso. Entonces, lo abrió de golpe y le enseñó la primera lámina. La figura representaba a un hombre joven enteramente desnudo, en la clásica postura de los manuales de anatomía. René experimentó una sensación de frío: le pareció que la figura tiritaba. Como en una pesadilla oyó la voz de Dalia formularle la misma pregunta de Ramón ante el san Sebastián: «¿Te gusta? ¿Te gusta?». Lo asaltó la idea de que Dalia se hallaba en connivencia con su padre, y que la escena estaba preparada entre ambos, que el álbum sería una horrible sucesión de figuras torturadas y, finalmente, la misma Dalia le quemaría las plantas de los pies o lo clavaría en la pared con una flecha... Se echó hacia atrás, se secó la frente empapada en sudor, y suplicó a Dalia que dejara para otra ocasión lo del álbum, no se sentía nada bien con el coñac que había tomado. Sin hacerle caso, ella pasó la hoja. Esta vez la figura era femenina y, como la anterior, se presentaba en posición típicamente anatómica. Resultaba tan aséptica que, temerosa de que René comenzara a reflexionar sobre las miserias de la carne, Dalia se dispuso a erotizar la «frigidez» de la figura. Manifestó que ninguna mujer podría mostrar convenientemente sus encantos naturales sin el concurso de un marco apropiado. Según su humilde opinión el que mejor serviría a dicha figura era un sofá en el que extender el cuerpo con elegante indolencia. René se animó un tanto: la descripción había tenido la virtud de sacarlo de su estupor. Estimando que el proceso de

erotización marchaba a pasos agigantados, Dalia unió la acción a la palabra: se tendió en el sofá en la postura de la Maja Desnuda.

—¿Se da cuenta de lo que intento explicarle? Los brazos, llevados hacia la espalda, permiten a los senos manifestar cierta autonomía, que de otra manera quedarían limitados a una simple dependencia del tórax. En cuanto a las caderas, si no es en esta postura, no puede hablarse de morbideces.

Lanzó una risa y preguntó a quemarropa:

—¿Conoce qué son morbideces?

René, sentado al extremo del sofá, estaba tan abstraído contemplando la postura de Dalia que no oyó la pregunta. Ella la hizo de nuevo y de nuevo René se quedó callado. Dalia abandonó su posición, lo zarandeó, él masculló unas palabras y ella lo cogió por el brazo.

—No solo nosotras nos vemos bien en una Recamier, también ustedes.

Y obligó a René a tenderse en el sofá. El álbum cayó sobre la alfombra. René se incorporó para recogerlo, pero Dalia, más rápida, lo recogió antes, y con la otra mano, colocada sobre el pecho de René, lo obligó a permanecer recostado. Entonces, inesperadamente, se tendió a su lado y abrió el álbum para mostrarle la figura de otro hombre desnudo, esta vez los músculos en tensión. El dibujante, para dar mayor realismo a la escena, había presentado la figura en el momento de levantar una barra de hierro. Las piernas, firmemente plantadas en el piso, soportaban el peso que tenía la virtud de poner de manifiesto venas, tendones, músculos. René se incorporó vivamente, se quedó un momento pensativo y exclamó luego:

—¿Por qué no lo dibujaron con una flecha en las manos?

Dalia lanzó una de sus famosas risas.

—¿Una flecha...? Dios mío, no lo entiendo.

—Una flecha, en vez de esa barra —dijo impetuosamente, y se levantó como un poseído. Adoptó la posición de la figura y repitió con angustia infinita—: Una flecha, Dalia, una flecha.

Ella solo acertaba a reír, sintiéndose deliciosamente excitada. El prelude a lo que imaginaba como la iniciación sexual de René, la excitaba salvajemente. Así que mirándolo a los ojos le dijo:

—Nadie lo contradice, queridito. Claro que una flecha. La flecha de Cupido.

—No, Dalia —gritó René—, no hablo de la flecha del Amor, hablo de la flecha del Dolor.

¿En qué hubiera parado todo esto? ¿Pura y simplemente en la cama o en una disquisición filosófica? Pero sonó el timbre del teléfono en el momento en que Dalia abría la boca para contestar a René. Ella se levantó para recibir la llamada. Era Ramón. Dijo que se hacía tarde y René tenía que levantarse muy temprano para realizar un viaje al día siguiente. Dalia, por un instante, pensó en ocultar a René la llamada de su padre, pero se contuvo. Si el hijo seguía demorándose, Ramón vendría personalmente en su busca. Se decidió por una *mezzo termine*: le diría que Ramón la

había llamado para recordarle que no retuviera a René hasta altas horas de la noche.

Y así lo hizo, esperando que René, al que suponía tan erotizado como ella, no acatara la orden paterna. Pero al oír las palabras de Dalia, René pegó un brinco, se arregló el traje, se pasó la mano por los cabellos, murmuró unas excusas, se despidió y salió disparado. Apenas Dalia tuvo tiempo para poner el álbum en sus manos.

—Se lo obsequio como un recuerdo de este encantador *tête-à-tête*, y vuelva.

Es decir, «vuelva al paraíso». Pero René iba en pos de su infierno acostumbrado. Y de ese «paraíso perdido» solo quedaba el álbum. ¿Le quedaría realmente? ¿Acaso su padre —ese moderno Midas del Dolor— no lo quemaría ante sus ojos en un expiatorio auto de fe?

El servicio del dolor

René se levantó a las cinco de la madrugada para hacer sus preparativos de viaje. Pasó parte de la noche cavilando dónde lo llevaría su padre. Le había preguntado a Alicia y esta le confesó que lo ignoraba, aunque a juzgar por el equipaje que Ramón había dispuesto, no se trataba de un viaje al doblar de la esquina, pero ella pensaba que Ramón estaría de vuelta en el mismo día o cuando más al siguiente.

Una vez que acabó de hacer la maleta, René fue a la sala en busca del álbum. No lo vio sobre la mesa donde lo dejara al regresar de la velada. A lo mejor su madre lo había colocado en el librero de su cuarto. Volvió al cuarto: no estaba el álbum en el librero. Al preguntarle a Alicia, ella tampoco lo había visto.

En el trayecto hacia la estación de ferrocarril varias veces pensó dónde estaría el álbum, sin atreverse a preguntarle a Ramón. De haber respuesta, sería desagradable. Miró el portafolio de su padre: quizás en él estaría el álbum. Por fin llegaron a la estación.

En el tren iban pocos viajeros. En el coche de primera, Ramón tomó uno de los asientos cercanos a la puerta. El de enfrente estaba desocupado. René puso en él su impermeable y la maleta. Mientras lo hacía pensó de nuevo en el álbum, y miró el portafolio que descansaba en las piernas de Ramón. Se acodó en la ventanilla y dejó que el aire le diera en plena cara tratando de poner la mente en blanco.

El tren marchaba velozmente. René empezaba a sentirse un tanto calmado, cuando sintió un peso en sus rodillas. Oyó, como en un sueño, la voz de su padre:

—Ha sido un magnífico regalo de nuestra amiga. Anoche lo estuve mirando y pensé que serviría para distraerte del tedio del viaje.

René bajó la vista y quedó en la actitud de la víctima que aguarda el golpe del hacha.

—¿No te interesa el delicado presente de la señora Pérez? Pues te aburrirás como una ostra. Por mi parte, voy a fumar. —Ramón abandonó su asiento y salió del coche.

René luchó consigo mismo unos instantes. Apretaba la cubierta del álbum como si quisiera estrangularlo. Esperaba una desagradable sorpresa. Su padre nunca hacía nada gratuito. Por fin, se decidió y abrió el álbum. Lanzó una exclamación ahogada de horror. Los viajeros más próximos lo miraron extrañados. Se asomó a la ventanilla para que el aire le diera de nuevo en la cara. Así se mantuvo unos minutos. Sentía que el álbum le quemaba las piernas y también el alma, pero la curiosidad fue más fuerte, y como quien asiste a su propia ejecución, ya sin resistencia, clavó sus ojos en la primera figura. Había sido modificada. Si el hombre aparecía en la misma posición, decenas de flechas se clavaban ahora en su carne, en tanto que la cara era la del mismo René. Las manos, descansando sobre los muslos, sostenían una flecha vuelta hacia su propio cuerpo. Y esto no era todo. La figura había sido dotada de un fondo: un campo de cultivo sembrado de flechas, tan unidas que sería imposible caminar entre ellas. Automáticamente René encogió los pies. Tuvo la sensación de que no

podría levantarse de su asiento: las flechas le impedirían caminar por el pasillo del tren. No podría bajar en la estación: ellas le saldrían al paso y, clavándolo en tierra, lo convertirían en una flecha más. Tuvo un acceso de rebeldía, y estuvo a punto de emborronar con un lápiz el álbum hasta que no quedaran trazas de esas horribles figuras. Se limitó a pasar la hoja, resignado a enfrentarse con nuevos horrores. La placentera figura femenina se mostraría ahora como una nueva Santa Catalina en la rueda del suplicio. Para sorpresa suya la hoja había sido arrancada. Del álbum solo quedaban las figuras masculinas convertidas en otros tantos René. La boca se le llenó con una palabra y experimentó la angustiosa sensación de que se ahogaba. Esa palabra era: repetición. Por repetición se intentaba convencerlo y por repetición querían acostumbrarlo. Se vio hojeando infinitos álbumes en que se exhibían a infinitos René. Contempló la figura siguiente: era la del hombre con la barra en alto, la última que viera aquella noche en casa de Dalia. El retoque se había limitado a dos modificaciones: una en la cara, que era ahora la de René; la otra, en la barra, convertida en flecha al rojo vivo.

Pasó a la tercera figura: era él mismo, pero desollado. Junto a él se veía a un hombre mostrando en su mano derecha un afilado bisturí y en la izquierda un montón de tiras de piel humana. El desollador tenía por cara un óvalo blanco con un signo de interrogación. René se sintió presa de un profundo asco: sacó la cabeza por la ventanilla y vomitó. De pronto tuvo una alucinación: el tren descarrilaba y veía a su padre horriblemente despedazado. En cuanto a él, salía de los restos del vagón con unos simples rasguños. Cosa singular: Dalia le tendía la mano para ayudarlo a pasar por encima del cadáver de su padre.

En esos momentos, Ramón volvió y viendo a René tan pensativo lo pellizcó en la nuca. René, como si estuviera hipnotizado, alzó el brazo derecho. Ramón se lo bajó y le dijo:

—Eso te pasa por pensar tanto.

René repuso:

—Creí que te habías matado.

Ramón se rio ruidosamente y le dio un golpecito en el muslo.

—No soy hombre que se mate. A mí me matan —y señalando el álbum le dijo—: Al fin te decidiste a verlo. ¿Qué te parece?

René puso el dedo sobre la figura del desollador:

—¿Qué quiere decir este signo de interrogación?

—Es un lindo simbolismo que anoche se me ocurrió —exclamó Ramón—. Antes, déjame decirte que era mi deber enterarme de la naturaleza del regalo de la señora Pérez. Qué curioso: la señora Pérez resume su vida entera en el placer. Querría verla aunque fuera un minuto con los torniquetes... Pero dejémosla con sus placeres. Como te iba diciendo, examiné una por una las figuras y comprobé que, como te las obsequiaba la señora Pérez, te serían absolutamente inútiles, y en nada facilitarían nuestros planes. Como en otros tiempos tuve la pasión del dibujo, pensé que

sacrificando un poco el arte en aras de la Causa, podría, con buena intención por lo menos, retocar dichas figuras al extremo de volverlas serviciales. Este álbum, quién lo duda, es un hermoso regalo; no podría decirte el precio, pero como le costó sus buenos pesos a la señora Pérez, no era el caso tirarlo por la borda a causa de sus placenteras figuras, cuando con un poco de cuidado quedaría listo para el servicio del dolor. Me puse con empeño a la obra y pasé la noche en vela, pero ahí lo tienes, retocado de pies a cabeza, lleno del espíritu de nuestra Causa. Creo que te servirá de mucho en la escuela.

Al oír la palabra escuela, René tuvo un gesto de sorpresa. Ramón, pasando por alto la curiosidad de su hijo, continuó:

—Al llegar el momento de retocar esta linda figura —y puso el índice en la del hombre desollado— tuve dos ideas felices: acompañarla con otra que sería, claro está, el desollador que muestra la piel del desollado; en segundo término, cubrir la parte del rostro con blanco y poner encima el signo de interrogación. No sé cómo no has dado enseguida con el sentido. El hombre sin cara y con una interrogación significa que desconocemos a tu desollador. Puede ser H, puede ser X...

A esto René opuso un argumento candoroso:

—¿Cómo sabes, si no eres de los contrarios, que seré desollado?

Ramón metió la mano entre sus cabellos y le sacudió la cabeza:

—No cabe duda, te hace falta la escuela. Claro, no soy de los contrarios. Pintarte desollado es uno entre mil ejemplos. ¿Me entiendes? Mira —y pasó la página—, aquí tienes otra versión. Tanto me gustó la idea de tu verdugo llevando el signo de interrogación que la repetí en las láminas restantes. Esta nos muestra a un hombre con un soplete en la mano. El que está a su lado exhibe su trasero tostado por completo. No podrás decir que el hombre del soplete es el desollador, no, en modo alguno, es el tostador. Lo cual no impide que tengan en común la cara blanqueada y el signo de interrogación. Son solo variaciones sobre un mismo tema. Ahora bien, no vayas a estimar ingenuamente que el número de ellas esté limitado a las de este álbum. Sería un lamentable error. Pasarías diez años ideando figuras y torturas para sorprenderte un buen día frente a un señor que te propone un juego que nunca has imaginado. Por otra parte, solo he querido con estos groseros retoques, hacer un poco de pedagogía, de nuestra pedagogía. Te aconsejo que te detengas sobre la última lámina —y volvió la hoja con un golpe seco—. De su laboriosa contemplación aprenderás mucho.

René se inclinó para ver la figura y enseguida se replegó en el asiento, cerrando fuertemente las piernas.

—Comprendo tus escrúpulos. Es el talón de Aquiles de todo hombre. Grandes discusiones ha habido entre los conocedores en la materia acerca de si el torturado teme más al dolor físico o al hecho moral de la castración.

Cerró el álbum y lo puso encima del maletín. Miró luego la hora.

—Pongamos punto a estas sutilezas. En unos momentos vamos a entrar en agujas.

René al escuchar la palabra aguja se sintió pinchado, al mismo tiempo que la

repetía. Ramón se echó a reír. Le dijo maliciosamente:

—Quiero decir que se acerca una estación. No olvides poner el álbum dentro del maletín.

René empezó a hacerlo sin atinar con el cierre.

—Trae acá, lo meteré yo. En cuanto al cierre es cosa fácil, una vuelta a la izquierda y ya está.

Metió el álbum en el maletín y se lo puso a René en las piernas.

—Vamos, alísate un poco el pelo. No quiero que Albo se imagine cosas...

René iba a preguntar quién era ese Albo cuando fue interrumpido por el revisor, que pedía los billetes. El vagón empezaba a tomar ese aspecto peculiar cuando los viajeros se apresuran. Unos salían de la modorra de las horas de viaje; otros cogían su equipaje y los más diligentes ya estaban en pie. La velocidad iba decreciendo. La locomotora pitó largamente y dejó escapar sus últimos resoplidos.

Habían llegado a una estación de tercera categoría, con poca gente en el andén. Ramón, en la plataforma, hablaba al maletero mientras escrutaba el andén en busca de Albo. Por fin lo vio. Hizo señas a René y fueron a su encuentro.

Albo, un hombre de unos cincuenta años, tenía la barba muy negra y usaba lentes oscuros. Su aspecto era parsimonioso. René no pudo evitar una sensación de asco al estrecharle la mano. Ramón preguntó a Albo si todo estaba en regla y añadió que tomaría inmediatamente el tren de regreso, que pasaría en pocos minutos. Dijo entonces a René que Albo tenía el encargo de llevarlo a la escuela. En ella permanecería un año, pero que tanto él como Alicia irían a visitarlo. Albo juzgó oportuno introducir un comentario. El director vería con gusto que los padres de los educandos asistieran a la ceremonia de iniciación, la que tendría lugar dos meses después de la inauguración del curso escolar. Ramón aseguró que ellos no faltarían, y dando por terminada la entrevista, se despidió y abrazó a su hijo, indicando a Albo que se pusieran en camino.

Fueron hacia el automóvil, estacionado en la única calle del pueblo. René esperó que Albo lo pusiera en marcha y entonces preguntó por la escuela. Albo se limitó a decir que nada sabía de eso, que él cumplía órdenes. El director, el señor Mármolo, se encargaría de todo. Y se encerró en un mutismo absoluto. Helado por tales reservas, a René no le quedó otro remedio que mirar el paisaje que se deslizaba veloz. No se había dado cuenta de que el pueblo estaba asentado en una colina, y que la carretera por la que viajaban zigzagueaba buscando la salida al valle. Pasados unos minutos pudo verlo. No era precisamente un valle, sino más bien una gran hondonada poblada de árboles. Divisó entre estos una casa de dos pisos y, un poco más allá, otra más pequeña. ¿Cuál de las dos sería la escuela? Apenas pudo proseguir sus conjeturas: la velocidad del automóvil se adelantaba a sus pensamientos, y se vio frente a la casa grande. Albo frenó de golpe y René dio un salto en el asiento. Habían llegado. Albo le dijo que se bajara. Pero René de nuevo era víctima de la pesadilla sufrida en el tren, y se quedó inmóvil. Albo lo cogió por un brazo y lo hizo salir del automóvil.

Le ardían los ojos y más le arderían si seguía expuesto al sol. Esperaba que Albo llamara en la casa, y en ese mismo momento se vio envuelto en una nube de polvo: el automóvil de Albo se alejaba. El sol calentaba cada vez más. René se quitó el saco. La casa permanecía obstinadamente cerrada y silenciosa. En la planta baja no había una sola ventana. El piso alto tenía dos, pero, aunque abiertas, estaban echadas las cortinas.

Se le antojó que alguien lo espiaba detrás de una de las ventanas, y como cogido en falta se puso el saco. Miró el reloj. Hacía diez minutos que estaba allí sin que nadie acudiera a recibirlo. Pensó tocar en la puerta; no lo hizo: a lo mejor se lo tomaban a mal. Sin embargo, el calor y la ansiedad resultaban insoportables. La sombra que ofrecían los árboles estaba a unos pasos, y no se atrevía a acercarse; siempre la molesta sensación de sentirse espiado le impedía moverse. Era como si estuvieran a punto de llamarlo mediante un silbido o un timbrazo.

Ya comenzaba a sobreponerse a tanta puerilidad y empezaba a dar unos pasos en dirección a los árboles, cuando oyó que lo llamaban. Se mantuvo de espaldas, con el corazón palpitante. A lo mejor no lo habían llamado; pero sí, de nuevo lo oía, esta vez en un tono más alto y hasta con acento imperioso. Se volvió y vio en la puerta al hombre que pronunciara su nombre: era un tipo corpulento de una estatura fuera de lo común. Tendría unos cincuenta años. Estaba calvo como una bola de billar. Unos pasos los separaban. Alargó sus brazos como para atraparlo al mismo tiempo que lo llamaba de nuevo. A René le pareció que los enormes brazos lo alcanzaban y retrocedió instintivamente. El hombre llegó junto a él, lo cogió por un brazo y lo metió en la casa.

No obstante, su primera impresión fue de agrado. Un largo corredor, que dividía en dos alas el piso, dejaba ver en sus paredes grandes fotos de deportistas famosos y de animales de presa. De trecho en trecho había confortables asientos y mesitas con cajas de cigarrillos. A mitad del corredor estaba un *juke boke* y al final un refrigerador. El hombre empujó una puerta y entraron en un despacho.

También resultaba agradable. En las ventanas había alegres cortinas multicolores, jarrones con flores sobre las mesas. El gigante ofreció a René un cigarrillo y lo invitó a sentarse.

—Supongo que ya habrá pensado que soy el director. Me llamo Mármolo. — Destapó una botella y sirvió dos vasos—. Es un coñac excelente. Puede tomarlo sin temor.

René cogió el vaso y pensó que resultaba muy singular que el director de una escuela ofreciera a sus alumnos bebidas espirituosas.

—Lo estuve mirando desde el piso alto. Siempre me gusta echar una ojeada al neófito —y subrayó la palabra— sin ser observado. Si el recién llegado sabe que se le está observando, repliega sus músculos, y entonces uno no puede darse cuenta perfecta del tono, diríamos cabal, de su cuerpo. No sé si está enterado que nuestro objetivo es el cuerpo, y nada más que el cuerpo. He ahí el motivo por el cual usted

tuvo que estar expuesto a los rayos del sol durante diez minutos.

Se quedó un momento silencioso y añadió:

—La impresión general que su cuerpo me ha producido es que tendrá que sostener una gran lucha antes de obtener la victoria.

René experimentó el mismo terror que ante las figuras del álbum. Trató de sobreponerse; tragó un poco de coñac, hizo unas tristes muecas, carraspeó, tosió, puso el vaso sobre la mesa.

—Con usted, caballero —dijo el señor Mármolo—, hay que empezar por el principio. Habrá que cortar buena parte de esos nervios.

Se sirvió coñac y se lo tomó de golpe.

—¿No ha visto el lema de nuestra institución? —Con un dedo rígido como una lanza señalaba un estandarte colgado de la pared, en el que podía leerse: SUFRIR EN SILENCIO.

René alzó la vista.

—¿Sufrir en silencio? ¿Y por qué? Esto es una escuela. ¿Hay que sufrir para aprender?

—Usted lo ha dicho, caballero: «Hay que sufrir para aprender...» —y el señor Mármolo descargó su puño sobre la mesa—. La letra con sangre entra, pero en silencio. Nosotros hemos suprimido toda suerte de lamentos, quejidos, estertores y ayes. A diferencia de otras escuelas, cultivamos la regla de oro del silencio.

Calló un momento y se quedó pensativo.

—Y si el silencio no se produce espontáneamente, entonces sabemos fabricarlo —volvió a decir.

René tuvo un acceso de rebeldía. Se paró y apostrofó al señor Mármolo.

—¿Pero qué clase de conocimientos recibiré en esta escuela? No veo que deba sufrir para aprender. No soy un genio, pero le aseguro, señor Mármolo, que tampoco soy tan torpe como para tener que ser castigado por no poder resolver un problema de aritmética o memorizar una lección de historia.

—Perfecto su discurso, caballero, perfecto —exclamó Mármolo frotando sus manazas—. Tantas veces lo he escuchado. No es usted el primero que me endilga la perorata. Muchos dicen lo mismo al ingresar, y al final salen convertidos en campeones del sufrimiento en silencio. Ya tendrá ocasión de conocer a Roger. Ahí mismo, donde ahora se sienta usted, Roger me hizo una de esas escenas que marcan etapas. Empezó por insultarme y terminó exigiéndome que lo devolviera a su casa. Después, se me fue arriba dispuesto a estrangularme.

Hizo una parodia del estrangulamiento llevándose las manos al cuello y haciéndolas temblar. Así se mantuvo unos segundos y prosiguió luego:

—Roger se negaba, como un toro de raza, a ser sacrificado. Y actualmente es el campeón del curso superior y se graduará con las calificaciones más altas. Y hay que ver cómo se ríe de aquel acceso de rebeldía en el momento de su ingreso. Me ha visto por eso tan indiferente ante su cantaleta. No puedo darle mejor calificativo. Pasados

unos meses le apuesto que no querrá marcharse de la escuela y hasta estudiará horas extras para obtener exámenes brillantes. Piense, caballero, que llevo aquí veinte años, y que por mis manos han pasado centenares de alumnos con contados fracasos.

Se levantó y tocó un timbre.

—Doy por terminada la entrevista. Ahora irá a su celda, después se le llamará a almorzar. Un almuerzo ligero. No es conveniente mucho alimento la víspera de la apertura del curso escolar. Vestirá un uniforme.

Llamaron a la puerta. Mármolo dijo «adelante», y entró un hombre.

—Pedro, haga el favor de llevar a este alumno a su celda.

Pedro cogió a René por un brazo y salieron de la Dirección. Tomaron una escalera al fondo del corredor y desembocaron en otro. A ambos lados había cuartos con puertas metálicas que tenían una mirilla ovalada de cristal.

—Qué exagerado el señor Mármolo —exclamó René cuando estuvo en el suyo—. Llamaron a esto una celda.

En efecto, la habitación era lo contrario de una celda. La cama, del último modelo, tenía un colchón de muelles, las sábanas eran de hilo y las almohadas de plumas. Junto a la cama había un ropero y en un ángulo del cuarto una mesa de trabajo. El color de las paredes, un verde claro muy agradable, que hacía juego con las cortinas a grandes cuadros amarillos, ¿no resultaba verdaderamente tranquilizador? René tuvo que admitir que su cuarto, en la moderna jerga de los decoradores, era altamente «tonificante». Tan tonificante que ya empezaba a sentirse a sus anchas.

Se sentó en una butaca y vio su equipaje al pie de la cama. La vista del maletín provocó en él una reacción de desagrado: allí estaba el álbum. Pero todo resultaba tan tonificante que pronto se olvidó del maletín, del álbum y hasta de su padre. Si el colegio no era su familia, tenía la ventaja de alejarlo de ella. Interno no estaría bajo la mirada vigilante de Ramón. Y esto constituía una gran ventaja, pero, al mismo tiempo, su padre no hacía nada gratuitamente. Por ejemplo, le había advertido que el álbum sería de suma utilidad en la escuela. ¿En qué sentido? Los asuntos de su padre, además, nunca serían confiados a la indiscreción de un lugar público, como lo es una escuela. Sin embargo, el cartelito que le había mostrado Mármolo se relacionaba, en cierto sentido, con el álbum: SUFRIR EN SILENCIO... El álbum, modificado por su padre, podría ser definido también como un instrumento en el sufrimiento del cuerpo. ¿Y el director no había expresado que el objetivo de su escuela era el cuerpo y nada más que el cuerpo? Sin embargo, cuanto veía hasta el momento en la escuela se inclinaba del lado del placer: el corredor con fotos de deportistas, su habitación, los colchones mullidos y hasta el mismo despacho de Mármolo, tan acogedor; su invitación a fumar y a beber. ¿Podría sufrirse entre las cuatro paredes de un cuarto en extremo confortable? Insensiblemente deslizó la mano por el tapizado de la butaca y comprobó la sedosidad de la tela. Se sintió tranquilizado. Se levantó y anduvo hasta la puerta del fondo. La empujó y ante su vista apareció el aparato completo de un

baño de lujo: azulejos, llaves niqueladas, espejos... Tampoco faltaba lo que la persona más refinada habría exigido para una *toilette* cuidadosa: jabones perfumados, agua de Colonia, dentífricos y cremas de afeitar, pomos de sales...

Sintió deseos de darse un baño y empezó a desvestirse. Al entrar en la bañera y abrir la ducha, su vista chocó con una cortina negra situada al extremo del cuarto. Le pareció una nota sombría en medio de tan alegres colores. Pero el color de la cortina no resultaba lo más insólito, sino lo que mantenía oculto y la hacía adoptar una forma turbadora. Hubiera jurado que alguien se encontraba tras la cortina, sin mover un músculo ni apenas respirar. Su curiosidad fue tan intensa que la descorrió de un tirón. Ante sus ojos apareció la consumada reproducción de sí mismo, en el trance de la crucifixión. Inspirada en la de Cristo, el escultor había introducido una modificación capital: en vez de la patética y angustiada faz de Jesús, la cara de René en yeso se ofrecía, no caída sobre el pecho, sino erguida, y la boca mostraba la risa de una persona satisfecha. Podría afirmarse que acababa de oír un chiste. O también, que era la cara jubilosa del atleta vencedor.

Chorreando agua y tiritando, René miraba fascinado. Recordó de pronto el método de la repetición. También esta escuela ponía en práctica dicho método. Debía rendirse a la evidencia. A pesar de las cortinas y del lecho mullido; a pesar del cigarrillo y el coñac, algo siniestro —que podría definir como «el servicio del dolor»— anulaba uno a uno esos agradables momentos. Ya no le cabía duda: la escuela en la que acababa de ingresar era la escuela del sufrimiento en silencio — como acertadamente Mármolo la definiera—. Pero entonces (y aquí una vez más puso de manifiesto su desconocimiento del alma humana), ¿en virtud de qué la dudosa mezcla de dolor con placer? Si el objetivo era el aniquilamiento del cuerpo, ¿de qué servía la almohada de plumas y el colchón mullido a un cuerpo machacado? ¿Y para qué pantuflas si los pies eran llagas vivientes? René se decía que sufrimiento total o placer total. Y esta argumentación lo llevó al dilema de los contrastes. El contraste, marcando la diferencia, pondría en su luz verdadera la naturaleza del sufrimiento.

Sin embargo pronto tendría René la oportunidad de escuchar al Predicador, el que, entre otras cosas, resolvería esta aparente contradicción. Entonces se enteraría por su boca de que ya no se planteaba la vieja disputa de los contrastes; que, por el contrario, placer y dolor marchaban de la mano, sin interferirse en absoluto. Precisamente, en esta escuela, diría el Predicador, se asume el dolor como un objetivo más de los muchos con que el hombre hace y deshace su vida. Al igual que en una fábrica, estos obreros del dolor, concluida su jornada dolorosa, iban en busca del placer.

Como René aún ignoraba por completo estas teorías, sintió un asco profundo ante el confort que lo rodeaba. Si su destino era el dolor, entonces de cabeza en el dolor... Nunca accedería a meter los pies ensangrentados en pantuflas delicadas. Se negaba a darse el baño previsto, tampoco se iba a afeitar y, mucho menos, se vestiría de limpio.

Y así, semimojado, se echó en la butaca y se quedó como un condenado a muerte.

Al entrar Pedro y al verlo tan abatido, se echó a reír. Comenzó a hacerle cosquillas en la barriga. René ni siquiera sonrió, confiándole que estaba triste. Pedro, entre carcajadas, dijo que tenía por seguro que esa tristeza había sido causada por el descubrimiento del doble.

—¿Del doble...? —preguntó René, repitiendo ingenuamente la palabra. No otra cosa que su doble era la figura del Cristo.

—Sí, hombre, del doble... Apuesto a que el doble le metió miedo. A todos pasa lo mismo.

Se asomó a la puerta del baño y le echó una ojeada a la escultura:

—Y eso que no lo destrozó. El año pasado, un alumno hizo añicos su doble. Cuando el señor Mármolo acudió, lo recibió una lluvia de pedazos de yeso. A nadie le gusta encontrarse con su doble. Bueno, ya quisiera verlos si se encontraran con su doble al final de la carrera...

—¿Al final de la carrera...? —gritó René—. ¿Qué quiere decir eso?

—Digo que ahora el doble solamente está pintado de blanco. Al final de la carrera, estará lleno de marcas rojas. —Y cogió de la mesa de trabajo un gran lápiz de crayón rojo—. Con este lápiz irá marcando sobre su doble cuanto aprenda allá abajo.

René le arrebató el lápiz. Empezó a darle vueltas nervioso entre los dedos, en tanto escrutaba su propio cuerpo. Parecía buscar un sitio en el que probar la calidad del crayón. Por fin lo encontró en medio del pecho y lo marcó con una cruz.

—¡Qué hace...! —gritó Pedro—. Usted no es el doble. Es al doble a quien tendrá que marcar cuando llegue el momento.

—Pensaba que sería más conveniente hacer de doble. No me vería en la obligación de recibir las lecciones de esta escuela. No me ofendería si al final del curso mis compañeros me tomaran por un piel roja. Dígame, Pedro: ¿qué clase de conocimientos se adquieren aquí?

—Eso lo sabrá por el señor Mármolo —respondió azorado Pedro—. Yo soy un sirviente. Vine a preguntar si necesita algo.

—Nada, Pedro, no necesito nada —y René sonrió tristemente.

—Pues entonces me voy. Si el señor Mármolo se entera de esta conversación, la pasaré muy mal. Ya que no necesita nada, hasta luego. Y buena suerte.

Hágase la carne

Cumpliendo una orden de Mármolo, René se levantó a las siete. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, se sentía mareado, tenía pastosa la lengua y poco le faltó para vomitar. En la cena de la noche anterior («de confraternidad», como Mármolo la había llamado), los alumnos se emborracharon. En rigor, casi no fue una cena: pocos comestibles y mucha bebida. Toda clase de picantes: pepinos, encurtidos, salsas... Durante la cena René se percató del tipo de tiranía singular de la escuela: a los remisos en comer excitantes se les seducía, mediante una violencia encubierta, a devorarlos. A esos remisos, Mármolo y el cuerpo de profesores los pellizcaban, daban golpecitos en la cabeza, introducían los picantes en la boca suavemente, dulcemente, pero con firmeza. De todo esto René había salido borracho perdido. Bailó encima de una mesa, cayó de bruces sobre una bandeja de encurtidos.

En esa «cena de confraternidad» se había enfrentado por vez primera con sus compañeros de curso. En el gran salón, profusamente adornado con flores y plantas, estaban reunidos los neófitos. René los había contado. Eran justamente cincuenta jóvenes, que oscilaban entre los quince y los dieciocho años, bien proporcionados y con un evidente vigor físico. Al parecer, el estado de ánimo de todos era excelente. Por más que René escrutó sus semblantes no pudo ver reflejada ninguna señal de preocupación.

Como ocurre siempre entre gente joven, habían entablado animadas conversaciones. Por supuesto, el tema común era el descubrimiento del doble en sus cuartos. Indudablemente los había intrigado en grado sumo la reproducción del Cristo con la cara de cada uno de ellos. René había preguntado a un muchacho si le gustaba la escuela. Le contestó que ignoraba si llegaría a gustarle o no, pero que por lo visto hasta el momento se sentía complacido, aunque no lograba entender lo del doble. René se extendió en consideraciones sobre lo insólito del caso. Juan, que así se llamaba el neófito, cortó en seco las explicaciones de René, diciendo que lo más prudente sería esperar que el señor Mármolo las diera; que él mismo no se preocupaba mayormente. Su madre lo había matriculado en esa escuela porque en su provincia se hablaba de que era una muy buena escuela; que él estaba muy contento; que su madre le había asegurado que casi no estudiaría y que lo más importante sería el ejercicio físico. René le preguntó si había conversado con Mármolo. Juan repitió punto por punto cuanto Mármolo dijera a René, y añadió que no daba la menor importancia a lo de «sufrir en silencio». Para algo tenía una boca y podía abrirla y gritar; que así se lo había dicho a Mármolo y este se había reído de lo lindo.

En ese momento, por un amplificador instalado en el salón, surgió una voz imperativa llamando a formar filas. No bien estuvieron en formación, llegaron los alumnos «del segundo». Eran cincuenta muchachos, y como perros de cacería, se lanzaron sobre los neófitos y empezaron a olisquearlos afanosamente. Parecían dar un paso de baile. Llevando sus manos hacia atrás solo tocaban con sus narices el cuerpo

de los neófitos. Se escuchaba el resoplido característico de los perros cuando recorren el campo en busca de la presa, la que una vez cobrada es olisqueada por todas partes. ¡Y cuánta precisión en los movimientos de esos «perros»! Se cruzaban unos con otros en busca de nuevas presas, se miraban comunicándose sus impresiones olfativas. Por su parte, los neófitos se reían. Algunos, al sentir sobre su vientre la nariz del olfateador, se desternillaban. Una vez olfateados todos los neófitos, los alumnos «del segundo», siempre en silencio, se replegaron hacia un rincón.

Enseguida el amplificador había anunciado a los alumnos «del tercer curso». En efecto, aparecieron, pero caminando con paso tan lento que René habría jurado que sus miembros les dolían horriblemente o que habiendo sido sacados de un profundo sueño, no estaban despiertos del todo, o que posiblemente sufrían los efectos de alguna droga, tan lentos e ingravidos se mostraban. Contradictoriamente con el resto de sus cuerpos, las caras reflejaban una intensa vivacidad que parecía adelantarse al resto del cuerpo y marchar con autonomía propia. Esas caras eran las caras de los dobles (no había duda alguna) y eran asimismo las de atletas que han triunfado rotundamente. A mitad del camino hacia los neófitos, René experimentó la sensación de que esas caras habían llegado al cuerpo de cada neófito, y desde allí esperaban el lento y fatigoso arribo de sus respectivos cuerpos. Por fin, estos alcanzaron la meta propuesta. Entonces, empezaron a palpar, con sus manos semejantes a tentáculos, el cuerpo de los neófitos. René pensó en el médico cuando hace un tacto sobre la anatomía del paciente. Esas manos exploraban sabiamente la carne. Sin duda, experimentaban un enorme placer en ese tacto; se miraban unos a otros para comunicarse sus impresiones, y esas miradas expresaban cuanto podría hacerse con esos cuerpos todavía intactos. Por fin, dieron término a tan apasionada manipulación y se agruparon con su montón de caras sonrientes frente al montón de narices olisqueadoras «del segundo».

Seguido del cuerpo docente, había hecho su entrada Mármolo. Diez profesores en total. Viéndolos, René había pensado que eran diez cuerpos bien miserables. ¿Cómo podía hablarse del cultivo del cuerpo ante semejantes guiñapos humanos? A simple vista se advertía que estaban envejecidos prematuramente. Parecían salidos de una mazmorra en la que hubieran pasado la mitad de su vida. Esas carnes hacía mucho tiempo que no estaban en contacto con los rayos del sol ni con el aire libre.

Todos llevaban lentes. Fue un momento terrible cuando Mármolo, con falsa unción, dijo a los neófitos que tenía el placer de presentarles a los que serían sus profesores durante tres años. Posaron ellos sus miradas en cada uno de los neófitos, y fue como si un chistoso hubiese puesto lentes a unos pulpos.

Mármolo se extendió sobre el íntimo conocimiento que del cuerpo humano poseían los profesores. René se fijó que pronunció la palabra cuerpo infinitas veces, añadiendo que si los neófitos depositaban una ciega confianza en sus profesores, llegarían a hacer de sus cuerpos lo que les viniera en ganas. Aseguró que él no entendía nada si le hablaban del espíritu. ¿Qué cosa era eso del espíritu? ¿Lo sabía

alguien? ¿Alguien lo había tocado? Si por espíritu se entendía el cuerpo, la escuela que él dirigía era altamente espiritual. El único libro a estudiar en su institución era el libro del cuerpo humano. En el cuerpo estaba contenido todo cuanto un hombre necesitaba para «abrirse paso en la carne de otro hombre...». A renglón seguido se explayó sobre la naturaleza del sufrimiento, declarando, lisa y llanamente, que un cuerpo privado del dolor no es un cuerpo sino una piedra. A mayor capacidad de dolor mayor vitalidad. Se mostró persuadido de la eficacia de su método de enseñanza en el logro de esa portentosa vitalidad. Se hallaba muy satisfecho con los resultados obtenidos, de los que constituían una prueba viviente los alumnos del tercer curso. Hizo hincapié en la triunfante expresión de sus caras. Algunas ya habían llegado a superar la sana alegría de la cara de sus dobles. Máximo exponente de tal hazaña lo era Roger, quien sin duda obtendría la Eminencia de su Curso.

Mármolo le hizo una señal. Roger salió de la fila y fue mostrando su cara a cada neófito. René tembló cuando la tuvo delante; le pareció que esa cara había llegado a tales extremos que nunca podría dar marcha atrás...

Y ahora, a dos dedos de su primera clase, René se preguntaba, en medio de las confusas evocaciones de la cena de confraternidad, si el «cultivo facial» empezaba desde el primer día de clases. Sí, no había duda, empezaría con la primera lección. Mármolo había manifestado por lo claro que el cultivo del cuerpo otorgaba a las caras una expresión triunfante. René entró en el baño y de un tirón descorrió la cortina que ocultaba al doble. Tenía absoluta necesidad de verle la cara: sería la suya pasados los tres años de aprendizaje.

Fue sacado bruscamente de sus reflexiones por la voz de Pedro. Unos minutos más y se descorrería el velo del misterio... Salió al pasillo y ocupó su lugar en la fila de los neófitos. Pedro advirtió que pasaran por la oficina, situada al fondo del corredor, donde les harían entrega del material escolar.

No bien salió el primer alumno provisto de su material, el grupo rompió en risotadas. Como René era de los últimos (unos cuantos neófitos se habían arrojado sobre el alumno), le fue imposible saber a qué se debía la explosión de hilaridad. Hubo más risas y abucheos. René trataba de abrirse paso hacia el alumno, al que sus compañeros tenían literalmente aplastado.

Cuando Pedro puso orden, René pudo conocer a qué se debía el amotinamiento: le habían puesto al alumno un bozal, y causaba el efecto de un animal acorralado. Pronto se generalizó el paso de hombre al estado de bestia. A medida que los neófitos iban siendo embozalados el silencio se volvía opresivo.

A René le llegó su turno. Entró en la oficina y vio a un tipo muy risueño que tenía en las manos un reluciente bozal de cuero negro. Le dijo que se acercara, y mientras le ponía el bozal, observó con suma cortesía: «No tema. Pronto se acostumbrará a llevarlo».

Habría sido imposible contestar ni para darle las gracias. Cuando tenía encajado el bozal, le colocaron una manilla en la muñeca y lo palmearon en el hombro para

que dejase el sitio a otro neófito.

Al enfilear el corredor, sintió que sus orejas iban a estallar por el agolpamiento de la sangre. No cabía duda, desde ahora eran perros... ¿Iban a llevar la vida de la perrera? De pronto recordó la expresión del señor Mármolo: «Sufrir en silencio...». Era evidente que el bozal impediría el sufrimiento clamoroso, pregonado a gritos... Se tocó el suyo. Tanto le apretaba la boca que cualquier tentativa de despegar los labios resultaría inútil. Ya lo había dicho el señor Mármolo: si el silencio no se lograba naturalmente, se «fabricaba».

Allí estaba fabricado con esos bozales relucientes. ¿Quién podría gritar? Pasase lo que pasase, se aguantaría a pie firme o a boca firme... Su angustia se hizo tan intensa que sintió la necesidad de gritar, y todo cuanto logró fue un sonido ahogado, semejante al estertor de un moribundo.

Como un horrible contraste, se escuchó en ese momento gritar a voz en cuello: «¡Material entregado: cincuenta mordazas!». Se hizo un silencio y la voz volvió a gritar estentóreamente: «¡Pedro, ya puede llevarlos al piso de abajo!».

Pedro se vio en apuros. El orden de la fila había sido profundamente alterado y parecía el cuerpo convulso de un epiléptico. La imposición de las mordazas tuvo la virtud de despertar en los neófitos toda suerte de diabluras. El mismo Juan que había charlado con René en la cena de confraternidad se complacía en pellizcar atrocemente las orejas del compañero que lo precedía en la fila, y el que, para no ser menos que su compañero, propinaba coscorriones al neófito que tenía delante. Pronto se generalizaron pellizcos y coscorriones. La fila entera ondulaba y se encogía en medio de un silencio de muerte. Lo que podría ser calificado como una caricatura del sufrimiento en silencio.

Como Pedro no podía dominar a los insubordinados, requirió el auxilio del señor López, quien salió de su oficina seguido de un ayudante. Elogió el «fugoso espíritu deportivo» que los neófitos ofrecían en ese momento como una bellísima demostración, pero lamentó aclararles que no era la ocasión para manifestarlo.

Este pequeño y elocuente *speech* bastó para restablecer el orden. El señor López expresó a los neófitos que tuvieran la bondad de seguirlo. Lo hicieron dócilmente y pronto llegaron a un ascensor de carga situado al extremo del corredor. En su pizarra se veían los números uno, dos y tres. Esto explicaba la frase del señor López: «Llevarlos al piso de abajo»...

El descenso duró pocos segundos. Un ligero topetazo indicó que habían llegado al piso número uno. Cuando se abrió la puerta del ascensor los neófitos salieron a un corredor de techo tan bajo, que se podía tocar con la mano. A lo largo del techo estaban encendidas varias luces rojas de posición. En ese momento sonó una sirena de alarma. Su pitazo fue apremiante. René pensó que clamaba socorro. Pronto nuevas sirenas empezaron a dar la alarma. El fragor resultó tan espantoso que los cuerpos vibraban. Aquello era más de lo que sus oídos podían soportar; si el ruido continuaba, sus tímpanos estallarían.

De pronto las sirenas enmudecieron, la galería se iluminó y los neófitos vieron a un hombre de pie junto a una puerta, que hacía señas para que se acercaran. Dos mocetones, surgidos como por arte de magia, los fueron empujando en dirección del hombre, armados de varas que tenían una púa en su extremo. René se sintió tocado. La púa era roma y no penetraba en la carne, pero su contacto producía una sensación desagradable y humillante.

El hombre, que no era otro que el profesor, frotándose las manos los invitó a entrar en el aula:

—Es un honor para mí... Bienvenidos a mi humilde retiro... ¡Qué encanto de muchachos...! Vamos a hacer grandes cosas en este Curso...

A cada momento se le caían los lentes. Tenía que sujetárselos con una y otra mano. Era flaco y amarillo como el resto de sus colegas. Se dirigió hacia una mesa colocada sobre una tarima muy alta y tomó asiento con gran prosopopeya. Entretanto, los dos mocetones se ocupaban activamente en sentar a cada uno de los neófitos en el sitio asignado. René vio que los asientos se parecían a la especie de sillón de dentista del cuarto de su padre. Tenían, como las butacas de los teatros, un número en el espaldar. René se miró la manilla que el señor López había puesto en su muñeca y comprobó que el número correspondía con el de su asiento. Era el diez.

Cuando pensaba que esa escuela daba a sus alumnos un tratamiento de penados, uno de los mocetones lo ató de pies y manos al asiento con unas correas. ¿Hasta dónde se iría en la carrera de convertir a un ser humano en un fardo? Primero la mordaza, después las cuerdas. Pronto vendarían sus ojos y serían fusilados contra un muro...

Sin embargo la escuela de Mármolo no era un tribunal ni un consejo de guerra, ni el cuerpo de profesores un pelotón de fusilamiento. Por el contrario, para ellos el cuerpo era algopreciado y milagroso que había que preservar en cualquier momento. Todo se perdería en esa escuela... menos el cuerpo. La célebre frase del galante Francisco I resultaba un tratado de ética; pero para Mármolo el cuerpo exigía cualquier sacrificio, hasta el del honor... En su escuela no se hablaba del cuerpo del honor, sino del honor del cuerpo... A él había que sacrificarlo todo. Por su honor estaban estos muchachos en el piso de abajo, sentados en unos como sillones de dentista, atados de pies y manos, y con una mordaza que les impedía expresar sus dudas y sus inútiles teorías sobre el honor.

Los ojos de los neófitos se volvieron hacia una puertecita situada en un extremo del aula. De la puertecita colgaba un letrero: PRIMEROS AUXILIOS. ¿Qué significaba eso? La respuesta no se hizo esperar. La puertecita se abrió y salió un hombre vestido de blanco; llevaba un estetoscopio colgado del cuello. Se llegó a la tarima y cuchicheó con el profesor. Este asintió con la cabeza. El médico —pues eso era el hombre, un médico— se dirigió hacia los neófitos y empezó a auscultarlos. Entretanto, el profesor encendió un tabaco y puso un disco.

Cuando el médico terminó su examen, volvió a la tarima. De nuevo empezaron

los cabeceos del profesor. Los neófitos estaban temblando: de vez en cuando el médico volvía la vista hacia ellos y señalaba a uno u otro y movía la cabeza como si expresara sus dudas sobre el buen funcionamiento de sus corazones. También extendía la mano señalando a determinado alumno para dar a entender que poseía un corazón de hierro. El profesor expresó que a lo mejor el alumno lo tenía de mantequilla; el médico protestó vivamente, y dijo que la ciencia nunca erraba en sus juicios. Que el profesor decía tal necedad porque su propio corazón sí era de mantequilla. El profesor replicó que su corazón era de granito, y que sentía muchísimo que el del médico fuera de caca...

Disputaban como un par de chicuelos. Ante tanta puerilidad los neófitos parecían sesudos ancianos a los que se obligara a presenciar un paso de comedia. El profesor enseñó un reloj de bolsillo al médico y este mostró su reloj de muñeca. Empezó una discusión sobre una diferencia de dos minutos. El médico dijo al profesor que su atraso se debía a la mala calidad de su cronómetro. Que era sabido lo que puede adelantarse o atrasarse un artefacto adquirido por unos centavos. Afirmó que el suyo era un cronómetro suizo. El profesor se perdió en una confusa explicación sobre la mala suerte que puede tenerse cuando se compra un reloj de lance, pero que de cualquier modo los relojes baratos dan mejor resultado que los ponderados cronómetros suizos. La discusión se avivó cuando empezaron a contar, con lujo de detalles, los relojes que habían tenido hasta ese momento.

La tensión de los neófitos había llegado al máximo. Pero el médico y el profesor, como si tal cosa, se enredaban más y más en sus cronómetros... El médico dijo cosas muy feas al profesor; y este, juzgándose mortalmente ofendido, puso los ojos en el techo y se calló largo rato. Una vez que el médico hizo mutis, los bajó, apagó el tocadiscos, sacó una botella y empinó el codo, chasqueó la lengua y exclamó: «¡Ah, ah!», puso los pies sobre la mesa y se olvidó del resto del mundo.

Los neófitos, terriblemente excitados, empezaron a mugir revolviéndose en sus asientos. Entonces preguntó el profesor:

—¿Incómodos, no?... Es cuestión de adaptación. Hoy odian la mordaza. Dentro de una semana me la pedirán de rodillas. No podrán vivir sin ella.

Retiró sus piernas de la mesa y se echó hacia delante cuanto pudo:

—Dictaremos ahora la primera lección. En realidad no es una lección, se trata más bien de una prueba.

Movió la cabeza como dubitando:

—Bueno, si vamos a ver, participa de ambas cosas, es lección y es prueba. Lo primero porque nuestro Curso de Electricidad comienza con el ejercicio que haremos inmediatamente; lo segundo, porque dicho ejercicio nos dirá el grado de nerviosismo de cada uno de ustedes. Si voy a decir estrictamente la verdad, es el único ejercicio que me divierte. Le he puesto el nombre en consonancia con su finalidad: «la sillita eléctrica». Sí, no tienen que mirarme con esa cara de condenados a la última pena. Los norteamericanos tienen la «Silla» con mayúscula, la gran Silla que los lleva

rápidos *ad penates*, pero como nuestra misión es el cultivo del cuerpo y no su supresión, nosotros tenemos la «sillita». Todos ustedes están sentados en sus respectivas «sillitas». Por mucho que sus mentes se hayan puesto a pensar lo que es capaz de hacer la «sillita», no podrían hacerse una idea exacta hasta que toque este botón —y señaló un aparato puesto sobre la mesa.

Al decir que lo tocaría puso efectivamente un dedo sobre el mismo. La corriente eléctrica pasó a las sillas y los muchachos se arquearon dolorosamente.

—¡Oh, perdón, se me fue el dedo...! —dijo todo contrito. Señaló de nuevo el botón. Los neófitos se echaron a temblar.

—Este es el botón A. Los siguientes son los botones B y C. Ya se imaginarán que B permite pasar mayor cantidad de corriente que A, y C que B. No, no tenemos el botón D. Si lo tuviéramos, automáticamente esta escuela se convertiría en una prisión y comprometeríamos la seguridad de sus cuerpos. Nosotros no pertenecemos a la falange de las últimas consecuencias.

Para reforzar tal imposibilidad movió enérgicamente la cabeza, se llevó la mano derecha al pecho y con la izquierda denegó.

—Queridos niños, hace un momento dije que este primer ejercicio es nuestra primera clase del Curso de Electricidad. Su aspecto teórico puede resumirse así: el cuerpo es sometido durante equis tiempo a tres corrientes eléctricas alternadas. Se trata de saber si el sufriente será vencido o no por el *shock*. Ahora bien, queridos niños, noten ustedes que acabo de emplear el término «sufriente». El *quid* de nuestro problema radica en el sufrimiento. El ejercicio debe ser asimilado por la vía del dolor, por cualquier otra vía que se realice resultará absolutamente falso. ¿Lo oyen? Falso. Nosotros no somos faquires que dominamos el dolor. Es el dolor quien nos domina. No pierdan de vista que se trata de un problema moral. Hemos tenido alumnos brillantísimos, a los que ha sido preciso expulsar. ¿Y a causa de qué? Porque eran la insensibilidad hecha carne. Cualquier ejercicio, por complicado que fuera, lo resolvían de modo magistral. ¿Mas, cómo lo resolvían? Mecánicamente, mis queridos niños, mecánicamente. Eran seres sin alma, sin el alma del dolor. Viéndolos se pensaba en las virtudes de ciertos maestros del teclado, que ejecutan mecánicamente un *touche* perfecto. Ni pensar que una nota haya sido dada por otra, las manos volando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha... Perfecto todo... ¡Oh, dolor terrible al comprobar que el dolor les resulta ajeno! Ni una pizca de emoción. Ahora recuerdo a Arturo. Era mi favorito. Un cuerpo exquisito. Me tuvo engañado durante largo tiempo. Su cuerpo resolvía cualquier problema por complicado que fuera. Para él llegué a inventar algunos. Pues bien, Arturo no sufría. Le faltaba la conciencia del dolor. Esto lo supe por su cara. Ya habrán visto el doble de cada uno de ustedes. La cara de Arturo era siempre la misma. Estaba en el segundo año, y la sana alegría que la cara debe mostrar ante el dolor que experimenta no aparecía en la suya. Solo reflejaba la estupidez más absoluta. Me vi en la dolorosa necesidad de comunicar el hecho al señor Mármolo, quien *ipso facto* puso a Arturo en la calle. Así

pues, el dolor es nuestra estrella y nos guiará en este mar tempestuoso. Ustedes me dirán: ¿por qué se nos amordaza si se debe dar rienda suelta al dolor? Ponemos mordazas porque estamos por el dolor concentrado y reconcentrado. La boca que se abre para gritar desaloja automáticamente una preciosa cantidad de dolor. Si fuera a expresarme en términos de psicología, llamaría a eso una descarga. Y nosotros estamos, en todo y por todo, contra las descargas. Ustedes usarán las mordazas durante este Curso. Es preciso impedir que sean vencidos por las descargas. La mordaza acaba por formar un rictus que termina transformándose como un lirio milagroso en la sonrisa estereotipada del segundo Curso y en la sonrisa petrificada del tercero.

Puso la boca en rictus y así la mantuvo durante unos segundos, que a los neófitos se les antojaron siglos. Empinó la botella, se limpió la boca con la mano y prosiguió:

—Ahora basta de sutilezas, y manos a la obra. Antes, una última advertencia de carácter estrictamente pedagógico; como dice nuestro querido director: con dicho ejercicio comienza el servicio del dolor. Así pues, se esforzarán en sufrir lo más que puedan. Les advierto que no se equivoquen creyendo que rinden una prueba de virilidad. No, ya he hablado aquí de que el honor, entre nosotros, sobra. Saber que se sufre, que los dolores son espantosos, que se está a dos dedos de pedir tregua y, sin embargo, no cejar, constituye el abc del sufriente. Y ahora comencemos. La prueba dura exactamente quince minutos. Bueno, cuando digo prueba hay que tomar esta palabra con relatividad. En el fondo, no tratamos de probar nada; a menos que digamos que pasados quince minutos queda probado que ustedes han sufrido efectivamente. Por último, mis queridos niños, y esto es mera rutina, iniciaré la lectura de algunos pasajes de torturas célebres.

Sacó de la gaveta de la mesa un libro, lo abrió al azar y, manteniéndolo abierto con una mano, oprimió el botón A con la otra.

Entonces los cincuenta cuerpos empezaron una suerte de baile de san Vito sentado. Los puntos ejes del movimiento lo eran las nalgas y la cabeza. Todo el peso del cuerpo gravitaba sobre las primeras, en tanto que las cabezas llevaban el compás, un compás inmedible por ningún metrónomo. Cada tórax iba convulsivamente hacia delante y las espaldas se pegaban violentamente en el respaldar de las sillas. En medio de este baile grotesco, se oyó la voz del profesor que leía:

«En tiempos de la LXVI Olimpiada (513 a. de J. C.) vivía en Atenas la cortesana Lena. Su cuerpo, reiteradamente cantado por los poetas, su cuerpo, envidia de las mujeres y tabernáculo de adoradores, se vio envuelto en la famosa conspiración tramada por Harmodio y Aristogitón contra el tirano Hiparco.

»Traicionada por un esclavo, Lena fue conducida ante Hippias, hermano de Hiparco. Hippias quería que la boca de Lena le confiara el nombre de los juramentados, pero ella la mantuvo obstinadamente cerrada. Ni promesas ni halagos consiguieron despegar sus labios, en los que flotaba la sonrisa de los elegidos. Hippias, impaciente y sanguinario, hizo darle tormento».

Aquí el profesor apretó lentamente el botón B, escupió a diestra y siniestra, y prosiguió con voz gangosa:

Sus ropas fueron rasgadas. A la vista de sus divinas carnes Hiplas exclamó: “¡Oh, Lena, son tus carnes las que te han alimentado hasta el día de hoy! Muéstrales tu agradecimiento confesándolo todo. Tus carnes no merecen el suplicio”.

Pero Lena apretó más su boca. Hiplas dio dos palmadas y los verdugos se adelantaron. Lena fue sentada en una silla de hierro, debajo de la que había un brasero. Hiplas díjole: “Escucha, Lena: no voy a amarrarte. Cuando tus carnes no puedan resistir el calor de este brasero, te levantarás de la silla y ello querrá decir que te resignas a la confesión”.

Lena fue sentada en la silla. Encendieron el brasero los verdugos. A los pocos momentos Lena empezó a revolverse en su asiento. Desde su mesa Hiplas la contemplaba en silencio. Un poco más y las carnes de Lena comenzaron a tostarse. El olor era insoportable. Lena se ahogaba en su propio tufo. Hiplas le tendía los brazos, pero Lena, en medio de atroces dolores, se aferraba a la silla. Hiplas hizo una señal y los verdugos echaron más leña al fuego. Lena, cuyas manos se confundían con la silla, a punto de ser vencida por el dolor, colocó su lengua entre sus dientes de marfil, apretándola con tanta furia que el enemigo salió por su boca herido de muerte.

El profesor cerró el libro; desenganchó el botón.

—El reglamento fija un receso entre el botón B y el C.

Los neófitos, parados de golpe en su loco bailar sentados, se mostraban como muñecos, las cabezas caídas sobre el pecho.

—¡Vamos, vamos! —exclamó el profesor, dando golpecitos sobre la mesa—. Conque tememos al dolor, ¿eh? Así que sufrimos... Me gustaría que el señor Mármolo pudiera contemplarlos, pero ello no es posible, se encuentra muy ocupado en la sagrada, impostergable función de su ministerio. Bueno, ya han escuchado el apasionante relato sobre la sufriente Lena. Deben pasar por alto el estilo pintoresco del cronista y el final que se refiere al enemigo que brota de su boca herido de muerte... Quiere decir, lisa y llanamente, que Lena escupió su lengua. Lena no tuvo el raro privilegio de asistir a una escuela como esta. Fue tan solo una primitiva del dolor, y, a punto de ser vencida por el sufrimiento, obró como una salvaje. Si Lena hubiera pasado por nuestra escuela, muy otro habría sido el resultado. Su hermosa lengua habría marchado con el resto de su cuerpo al seno de la tierra.

Se abrió la puertecita de nuevo y apareció el médico, seguido de un enfermero con un servicio de inyecciones. El médico, que llevaba en la mano derecha una jeringuilla hipodérmica, lanzó una mirada al profesor; este hizo un guiño, y el médico se encaminó en dirección a los neófitos.

—No se asusten —dijo—, esto no forma parte del ejercicio. Es tan solo una simple inyección subcutánea para los que han colapsado.

Iba y venía entre los neófitos. A cada momento se oían sus exclamaciones de asombro:

—¡Admirable, querido colega, admirable! ¡Magnífico debut, magnífico! Solo dos colapsados, cosa sin mayor importancia.

Retiró la aguja del brazo de un neófito, y frotó su piel con algodón:

—Fresco como una lechuga y con redoblados bríos para el botón C.

Siguió la fila de asientos, de pronto lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Pero es posible!... No, si no doy crédito a mis ojos; corra acá, profesor, esto es todo un caso... Bendito sea el Señor. Corra usted. ¿Es que nos encontramos en presencia de un elegido?

El médico sostenía entre sus manos la cara de René, inundada en llanto. El profesor salió corriendo de la tarima, los neófitos no colapsados metieron sus ojos en aquella cara surcada por las lágrimas. El médico sonreía con la sonrisa de suficiencia de los médicos. El profesor, sin embargo, volviéndose hacia él, la heló en sus labios:

—¿Dígame, galeno, es realmente un elegido, o por el contrario nos encontramos en presencia de un nuevo Arturo?

Esto al médico lo confundió: la jeringuilla se le escapó de los dedos, rompiéndose en mil fragmentos.

—Perdón, profesor, me he precipitado en mi juicio. Usted es la previsión hecha carne... En efecto, podría ser un nuevo Arturo.

—Es lo que yo digo —chilló el profesor, cogiéndole convulsivamente la cara a René—. ¿Llora porque el dolor le duele físicamente o llora porque le duele moralmente?

Y olvidando por completo que René se encontraba amordazado, lo abrumó a preguntas:

—¿Cómo le ha dolido? ¿Dolido en proporción de uno a diez o de uno a mil? ¿Ha sufrido con todo el cuerpo o con una parte?

El médico prorrumpió en risotadas. El profesor, viéndose cogido en falta, le pisó un pie. El médico se puso a gemir. Entretanto, la cara de René proseguía manando lágrimas. Ante tamaña abundancia, el profesor preguntó al médico si no sería oportuno inyectarlo, ya que pensaba que la emoción causada por el llanto podría llevarlo al colapso. Al igual que el resto de los neófitos, René debería sufrir la descarga del botón C. El médico dijo que en casos como el presente los estatutos de la escuela prohibían terminantemente que se «cortase», por requerimiento de palabra o mediante cordial o inyección, la representación lacrimosa del sufrimiento; que no olvidara que dicha representación lacrimosa era la única descarga permitida (por supuesto, permitida solo durante el primer semestre). Si el neófito lloraba, se debía presumir que su carne le dolía, y si duele la carne hay que pensar que es apta para el servicio del dolor.

—¡Admirable razonamiento, colega, admirable! —exclamó el profesor—. Pero usted olvida que la experiencia nos ha demostrado que de diez casos nueve lloran el dolor físico con el ojo derecho y el dolor moral con el izquierdo. ¿Y qué resultado arroja tal llanto sino impurezas? Recuerde que nuestra meta es el llanto al estado puro.

Se volvió bruscamente hacia René y, como una espada, le metió el dedo índice entre sus dos ojos.

—¿Es que hay poder humano sobre la tierra capaz de decir si este llanto es reflexivo o irreflexivo?

René dejó de llorar, y el profesor se sintió parado en seco. La cara de René se mostraba como el lecho desecado de un río: las postreras lágrimas se habían secado y aún podían verse sus huellas.

Irritado, el profesor giró sobre sus talones.

—Vamos, galeno, dese prisa. Todavía nos queda el botón C.

—Lo haré por pura rutina —contestó el médico—. No tenemos más colapsados. Mire sus cabezas tan derechas como lanzas.

Era cierto: las cabezas de los neófitos semejaban puntas de lanzas. Hasta René la mantenía erguida ante el solo anuncio del botón C. ¿El pase de la corriente permitiría entender siquiera una palabra de las horrendas lecturas del profesor? René estaba seguro que ninguno de los neófitos había atendido la lectura del tormento de Lena. Él solo recordaba el nombre. ¿Qué escuela era esta que mezclaba la cultura con la tortura? Si ya se hallaba resignado, no vinieran con relatos en medio de las tristes convulsiones, de la fea epilepsia de la electricidad.

En este punto de sus amargas reflexiones, el profesor abrió de nuevo el libro, pasó rápidamente unas páginas y se detuvo en la deseada. Apretó el botón C y empezó a leer con voz salmodiante:

«Cuauthémoc, señor de los aztecas, a fin de que revelara el sitio en que ocultaba el oro, fue...».

No pudo continuar. La voz se le rajó en la garganta y se quedó como un cadáver. El dedo se revolvía histéricamente sobre el botón, amenazando desarraigarlo.

Había pasado algo muy simple: una interrupción en la corriente. Una risa amordazada, y no por ello menos burlona, se clavaba en la dignidad del profesor, haciéndolo perder la compostura.

—¡Silencio! —bramó, perdido el control de sí mismo.

Como el silencio no se había roto, debido a la eficacia de las mordazas, de nuevo se sintió ridiculizado. Se llevó las manos a la cabeza, bajó de la tarima y se dirigió hacia la puertecita. El hecho de que las lámparas del techo continuaran encendidas, contribuía a ponerlo más colérico. Los botones nunca habían fallado. Y no podía negarse que el imprevisto desperfecto causaba un deplorable efecto sobre el alumnado. El profesor empujó la puertecita y una oleada de luz le dio en plena cara. El médico, que dormitaba en una butaca, dio un brinco y preguntó si había algún

nuevo colapsado.

—El único colapsado de esta clase es el botón C. Vaya a inyectarle coramina.

El médico, riendo a más no poder, repuso:

—Querido profesor, nuestro servicio de primeros auxilios está concebido en función de la carne, no de la mica. Pero trataré. ¿Me obsequiará un puro si descolapso el botoncito?

El profesor lo cogió por el cuello y lo arrastró hasta la mesa.

—Déjese de chistes y ayúdeme.

—¿Ayudarlo en qué? —dijo el médico—. No soy un taumaturgo para tocar el botón colapsado exclamando: *Fiat Lux!* Mire, lo toco y nada.

Apretó el botón y la clase en pleno recibió una descarga. Los cuerpos, como el feto en la matriz, juntaron pies con cabezas.

—¡Bravo! —gritó el profesor—. Ahora podremos reanudar el ejercicio.

Tocó el botón, y nuevamente la corriente no pasó. Lo volvió a tocar con igual resultado. Se llevó las manos a la cabeza lamentándose. Dijo que Mármolo achacaría el desperfecto a una defectuosa manipulación del profesor; que siempre resultaba lo mismo: a la postre él pagaba los platos rotos. En vez de achacar la rotura a la impericia del electricista, era más cómodo atribuírsela al infeliz profesor. Se puso a gimotear; el médico, al mismo tiempo que indicaba la hora, le dijo algo al oído.

La cara del profesor reflejó el más profundo de los asombros:

—¿En la nada...? ¿Cómo en la nada...? No lo entiendo.

—Pues claro, en la nada; sumérjalos en ella.

—¿Quiere usted decir llevarlos *ad patres*? Eso no está previsto en el reglamento de Mármolo...

—No se alarme. En la nada quiere decir en la oscuridad. Sumerja a los neófitos en la oscuridad. Apaguemos las luces y retirémonos a nuestro refugio —e indicaba la puertecita—. Pasada media hora vendrán a desatarlos, y ya eso no nos concierne. Durante esa media hora en la nada nuestros pimpollitos creerán que están recibiendo la corriente eléctrica y escuchando la música de fondo de su lectura.

—Me salva usted la vida, querido galeno. Es una solución genial: nuestros pimpollitos no se quejarán por el cambio. La oscuridad ni muerde ni pincha... Vamos, colega —y cogió al médico por el brazo.

Bajaron de la tarima. El profesor puso un dedo sobre el conmutador de las luces del techo. De pronto lo retiró:

—Tengo miedo. ¿Y si no funciona?

—Déjese de fatalismos. Apague.

—No, no puedo —gimoteó el profesor—. Se burlarán de mí si el conmutador no funciona.

—Entonces apagaré yo. ¿Antes no quiere pronunciar unas palabritas a su rebaño?

—¡No, para qué! Nos iremos a la inglesa... Por favor, acabe de apagar las luces.

El médico accionó el conmutador y las tinieblas se posesionaron del aula. La

impalpable mordaza cayó sobre los ojos de los neófitos y su blanda imposición los hizo pensar que todo terminaría en cuestión de segundos. Sin embargo, estaban en un craso error: en la escuela de Mármolo nunca se terminaba con el cuerpo; por el contrario, siempre se estaba empezando con él. Si algo terminaba en esos momentos, precisamente no era el cuerpo de los neófitos, sino la clase que recibían entre tinieblas.

La carne de René

El disco contenía el texto siguiente:

«¡Atención, René! ¡René, atención! ¡René, René, una vez más: Atención! ¿Podemos comenzar? Entonces, ¡atención! (*Pausa larga*). ¿Por qué no quiere? ¿No quiere porque no quiere queriendo o quiere porque quiere no querer? ¿Quiere queriendo o quiere no queriendo? ¿Cómo quiere? (*Ruidos*). ¿Quiere que cesen los ruidos? No, usted es incapaz de querer, usted lo ha dicho, usted no quiere. Diga con nosotros: yo quiero, tú quieres, él quiere, nosotros queremos, vosotros queréis, ellos quieren. Dígalo ahora sin los pronombres: quiero, quieres, quiere, queremos, queréis, quieren. Repita. René, repita más rápido. Así. (*La voz conjugaba el verbo a una fantástica velocidad*). ¡Atención!, René. “Quiero” lo llama. “Quiero” quiere hablarle. Repita con nosotros: Quiero. Ahora letra por letra: Q. U. I. E. R. O. (*La voz repite “quiero”, como un murmullo, docenas de veces*). René, ¿está usted ahí? ¿Nos escucha? Sí, René nos escucha. No, René, no piense; nunca piense; solo quiera, quiera, quiera...». (*La voz repite a gritos, acompañados de gong*).

Y así concluía el disco. ¿En realidad, concluía? No. Al instante volvía a empezar. René, echado en la butaca, tendido en la cama o con la cara en el piso, lo escuchaba siempre. Tres días duraba este horror. El disco cesaba de noche, cuando hacía su aparición el Predicador, que comenzaba un interrogatorio sobre la palabra «querer». Únicamente sobre esta palabra. El disco empezaba de nuevo a las seis de la mañana y no paraba hasta las seis de la tarde. Se oía por un altavoz colocado en la alcoba y por otro en el baño, de modo que si René huía de Scila caía en Caribdis... Tres días a café y con ese disco era para enloquecer al más equilibrado. Y si conseguía dormitar un poco, se despertaba dando gritos: en el sueño se veía convertido en un disco que hablaba sin cesar a su propia persona.

¿Era todo esto parte del plan de estudios de la escuela? No exactamente, aunque con el transcurso del tiempo René supo que el «cultivo del cuerpo» se lograba mediante dos métodos: el físico y el mental, la escuela era una espada de dos filos, su hoja cortaba por ambas superficies. En el presente se trataba de algo muy especial: el «caso René» —como se decía entre el profesorado—.

En efecto, él era todo un caso, pero no aquel que en ocasión de la primera clase creyeron tener ante sus ojos el profesor y el médico. Aquellas lágrimas —como muy bien expresara Mármolo— eran de cocodrilo. Si en verdad sufría, nada negaba que sufriera intensamente con cada ejercicio, junto a su incontestable calidad de sufriente, coexistía otra de infinita peligrosidad: se trataba de un rebelde, del «que rehúye todo contacto con el agente del dolor» —según frase de un profesor del segundo curso, gran conocedor de la carne.

En dos o tres ocasiones en el transcurso del primer trimestre, que ahora tocaba a su fin con la ceremonia de iniciación, René se negó abiertamente a recibir el sagrado pan de la enseñanza. Una mañana manifestó a Pedro que no *quería* levantarse, y

mucho menos presentarse en el aula. Sacado a viva fuerza del cuarto, se negó de plano en el aula a efectuar el ejercicio señalado, y hasta tuvo la osadía de arengar a sus compañeros. Llevado a la presencia de Mármolo fue sermoneado porque su falta era tanto más grave cuanto que la palanca de Arquímedes de la escuela precisamente era la palabra que René se negaba a poner en acción. Todo, absolutamente todo, dependía y descansaba en la palabra «querer». El no querer estaba ausente del léxico de la escuela.

Esa noche se celebró un claustro especial. El señor Mármolo expresó al profesorado el real peligro que significaba para la institución la presencia de un agente provocador como René. Comparado con René el «caso Arturo» resultaba una bagatela. Si como director no procedía drásticamente, era por consideración a Ramón, con quien, además, había sostenido una larga conversación telefónica. Este le había dicho: «En modo alguno, mi querido Mármolo. Si es preciso apriete las clavijas hasta que revienten las cuerdas...». Los profesores rieron de una frase tan gráfica.

—Así es —dijo Mármolo—, nadie como Ramón para, con pocas palabras, decir exactamente lo que piensa: ¡hasta que revienten las cuerdas!... Eso es: si el violín se niega a ser afinado, que sus cuerdas se rompan.

Y, por supuesto, al apretar tan duramente las clavijas, las cuerdas rechinaron horriblemente. Pero se las habían con una voluntad de hierro. A los pocos días se repitió el incidente: la conducta de René incitaba a la indisciplina, y no podía tolerarse un momento más.

Como muy bien dijera Mármolo en una segunda reunión del claustro, la institución no se iba a conmover en sus cimientos a causa de ese mocoso. Sobre todo, su escuela era un negocio, un negocio en regla, y aunque tenía un gran respeto por Ramón y mucho le debía, no por ello pondría en peligro la buena marcha de su establecimiento. Como era de esperar, echó la culpa al profesor del primer curso, que estaba en desgracia desde el incidente de los botones. Lo apostrofó rudamente y le hizo saber que su misión no solo era transmitir el conocimiento, sino, lo que era de mayor importancia, hacer del alumno «un ser químicamente apto para el servicio del dolor».

A menos de una semana de la ceremonia de iniciación, René era ya un caso perdido. Eso de «químicamente apto» no rezaba con él. Desesperado, el profesor había presentado en dos ocasiones, con carácter irrevocable, su renuncia.

El gran dilema residía en si se comunicaba a Ramón que su hijo quedaba expulsado de la escuela o se presentaba en la ceremonia su carne analfabeta. Esto último era imposible: el objeto de dicha ceremonia precisamente consistía en demostrar a padres y profesores que los cuerpos de los neófitos estaban perfectamente dotados para el servicio del dolor. ¿Cómo, entre un grupo de cuerpos que llevarían a cabo ejercicios brillantes, podría presentarse a un rebelde, al hedonista de René? Tal cosa equivaldría a una baja sensible en la moral del alumnado, comprometiendo el buen nombre de la institución.

El claustro tomó medidas de acuerdo con la gravedad del caso. Por muchas razones —el crédito de la escuela, el amor propio del profesorado, y sobre todo los miramientos debidos a Ramón— había que intentar lo imposible con el fin de domeñar a René. Aunque, de acuerdo con las íntimas dudas de Mármolo, el caso era absolutamente desesperado. Si lo comparaba con el caso Roger, tenía que convencerse de que la rebeldía de René iba por otro camino. Mientras Roger se rebelaba de puro miedo, de miedo ante el dolor físico, René lo hacía por espíritu de contradicción. He ahí el punto neurálgico: no por puro azar René era el hijo de Ramón, un revolucionario en toda la línea. A despecho de que René poseyera innegables facultades para el servicio del dolor (y, sin duda, de haberlo querido habría dejado chiquito a su padre en el oficio), esta condición de revolucionario primaba en él por encima de sus otras facultades y aptitudes. Con Roger, Mármolo tuvo muchas preocupaciones, pero desde el primer contacto se percató de que estaba en presencia de una materia apta para el sufrimiento. Una vez colocado en el buen camino, se deslizaría plácidamente.

Con René, todo era distinto. Se trataba de alguien que no se compadecía de su carne como tal, sino que protestaba por el ultraje infligido. Si por consideración al padre, tenía la escuela que soportar el peso muerto del hijo, sería mejor convertirla en un gimnasio o un prostíbulo... Ante porvenir tan sombrío, los amarillos cuerpos del profesorado se arremolinaron protestando. Vidas enteras consagradas al servicio del dolor, por los escrúpulos histéricos de un jovencito, no iban a terminar en el fracaso. Si René aspiraba a acariciar su carne o pretendía hacer de su cuerpo un instrumento erótico, que se largara. Nada de eso se practicaba en la escuela. Que fuera expulsado y pronto.

Pero Mármolo, verdadero pedagogo y mejor diplomático, paró las protestas con dos juiciosas reflexiones. De una parte, estaba en el mejor espíritu de la escuela, en su más rancia tradición, agotar todos los recursos frente a casos como el que ahora los ocupaba, y el profesorado sabía que quedaban ciertos recursos por ensayar. Levantando su mano derecha a la altura del pecho, juró solemnemente que si los «recursos» fracasaban, él mismo pondría a René en la calle.

De otra parte, expresó que no podía pasarse por alto el destino excepcional del neófito. Se esperaba que recogiera la antorcha de la santa Causa del chocolate. Los profesores estallaron en carcajadas. Mármolo, con gran frialdad, afirmó que no veía el motivo de la risa. Por dicha Causa habían muerto millones de hombres, y otros millones estaban prestos a sacrificar sus vidas. René, futuro jefe de los chocolatistas, no podía recibir el trato dado a cualquier alumno destinado a convertirse en mercenario del jefe que mejor pagara sus servicios. Como director y cabeza responsable del establecimiento, pedía al profesorado agotar los recursos. Añadió que nada se arriesgaba. Y si la institución lograba hacer de René un eficaz torturable, su crédito subiría, y de salir vencida en el empeño, la decisión de ponerlo en la calle proclamaría bien claro que en su escuela nada tenían que hacer réprobos ni

tránsfugas.

A partir de este momento, René quedó en vilo entre el disco y el predicador. Debía definirse. O con la carne sufriente o contra ella. Claro está que Mármolo se jugaba su porvenir a una carta. Si René se decidía por la carne sufriente, no pasaba nada; si escogía el camino de la carne como placer, todo estaba perdido. Aunque la escuela lo expulsara de su seno, no por ello dejaba de ser una derrota. Las instituciones rivales afirmarían que sus métodos de enseñanza estaban obsoletos. Mármolo se estremeció de espanto. Además de las razones expuestas, le iba en esta lucha su propio orgullo de majestuoso sacerdote del dolor. La época era tan «eficiente» y el mundo marchaba con un mecanismo tan insensible, debido a su propia «eficiencia», que el que fracasara en su misión estaba irremisiblemente condenado al peor de los castigos: el olvido. Mármolo, en modo alguno, quería ser olvidado por los hombres de su época.

Se encerró en su despacho con el propósito de encontrar un recurso que doblegara la resistencia de René. Tras hondas cavilaciones llegó a la conclusión de que tan solo la repetición obraría el milagro. Hora tras hora, minuto tras minuto, se repetiría al obstinado que aceptase el servicio del dolor.

Fue entonces que Mármolo compuso la mixtura Disco-Predicador. Durante el día lo mecánico repetiría *ad eternum*, con igual monotonía, su invitación al sufrimiento; en tanto que, por la noche, lo humano argumentaría por la boca del Predicador. Así, el sistemático alternar de lo mecánico con lo humano, ayudado por la inanición, obligaría al rebelde a enarbolar la bandera de parlamento. Aquí Mármolo se frotó las manos con gran contento. Si vencían al rebelde las furias de la repetición, quedaría demostrado automáticamente que sería un torturable. El mundo se conmovería ante un alumno que salía airoso de una prueba para consumados en la materia. Fue tanta la satisfacción de Mármolo, que lanzó una risotada y exclamó: «¡No, René, no tienes escapatoria!». Entonces, pluma en mano, se dispuso a redactar el texto del disco.

Ya el sol lanzaba sus postreros rayos, su luz agonizante envolvía a seres y objetos, las formas de unos y otros comenzaban a desdibujarse, cuando el disco vomitó el último y lacerante «quiero» de ese día. En el curso de la jornada, tercera de su cautiverio, René estuvo a punto de capitular. Dos veces tocó el timbre y dos veces se presentó Pedro, sonriente y cumplido. Se le había encomendado transmitir a Mármolo la posible rendición de René. Esto le valdría una recompensa en metálico y un día libre. En el curso de esos tres días y con los pretextos más tontos, Pedro entraba en el cuarto y preguntaba a René si ya podía anunciar al señor Mármolo la buena nueva. Sin duda, las llamadas de René tenían un fuerte sabor a rendición. Si llamaba, no una sino dos veces, estaba por rendirse. Al igual que ocurre con los enfermos *in extremis*, Pedro presentía que René se hallaba a punto de entregar su alma al Creador, lo que traducido en lenguaje de la escuela quería decir que estaba a punto de rendir su carne a Mármolo.

—¿Ya? —gritó Pedro al entrar la segunda vez.

Y René movió negativamente la cabeza.

—Debe de estar loco. —Pedro le cogió las manos y susurró—: ¿Por qué se obstina? ¿Aviso al señor Mármolo?

—Nunca me convencerán —exclamó René.

—Te convenceremos, hijo mío, te convenceremos. La repetición tiene el poder de ablandar las piedras. Milagros se han visto en la viña del señor Mármolo.

En ese momento entró el Predicador y Pedro salió de la habitación. El Predicador era un enano regordete, al que daba aspecto de fardo un camisón de dormir. Apenas medía un metro. Su cara, aunque endurecida por los años y los excesos, era la de un niño. Su mayor ambición había sido dedicarse al servicio de Dios, pero su exigua estatura fue una barrera infranqueable entre él y la Iglesia. Ninguna Orden quiso admitirlo en su seno. Una mañana, de esto hacía muchísimos años, Mármolo lo descubrió en un mercado, metido en una cochiguera, lamentándose de su mala estrella. Trabajó conversación y se quedó asombrado de sus profundos conocimientos en materia sagrada y profana. Mármolo decidió sobre el terreno que el enano venía de perillas a su escuela del dolor. De acuerdo con uno de los lemas de la institución —«Siempre más bajo»— el enano era un hallazgo. Pronto se pusieron de acuerdo. Con lágrimas en los ojos, el enano trepó por la imponente estatura de Mármolo y le dio un beso en la frente.

En verdad, resultó un hallazgo. Lo que hasta ese momento faltaba a la escuela fue servido a maravilla por el enano. Su venganza contra la Iglesia que lo había rechazado superó en crueldad todas las crueldades intelectuales. Interpretó la crucifixión de Cristo de acuerdo con el espíritu de la escuela. Cristo resultaba interesante en tanto que carne. De acuerdo con esto, era hijo de la carne, de la carne apta para el servicio del dolor. Su interpretación de la Pasión, si bien menos elevada que la de los Padres de la Iglesia, era, por baja, infinitamente humana. Según él, Cristo, un sufriente, hijo de sufriente y nieto de sufriente, había perecido en la cruz por la causa de la carne. El enano presentaba el siguiente argumento: «Yo no asistí a la crucifixión. Ergo: puedo falsear los hechos. Ergo: mi falsedad es esta: Cristo debía echar pedazos de dolor a los perros de su carne; la crucifixión fue su hartazgo supremo. Ergo: Cristo no murió en la cruz por amor a los hombres. Ergo: Cristo murió en la cruz por amor a su propia carne».

Mármolo quedó encantado de tan carnal interpretación. Afirmó que se avenía con el espíritu de la escuela. Por fin tenían los alumnos un espejo en el que reflejarse. Mármolo reventaba de júbilo. Ninguna de las instituciones rivales poseía semejante predicador. Mirarse en la carne de Cristo era algo en verdad novedoso. De pronto, gracias a tal hallazgo, todo cobraba una luz nueva: los pisos de abajo parecían más bajos y el lema de la escuela se revolcaba en el fango... Sin duda Cochón, así lo bautizó Mármolo, era una verdadera joya. Fue Cochón quien tuvo la brillante idea de los dobles. Sostenía que Cristo, tal y como venía representándose desde siglos, era una rémora en época tan ajena a la piedad como la presente. Su faz angustiada, la

cabeza caída sobre el hombro, las lágrimas y el sudor de muerte resultaban ridículos a nuestro espíritu deportivo. Nuestra época se apartaba de la piedad. Si la Iglesia hubiera seguido su consejo, por ello fue excomulgado, millones de fieles inundarían sus naves para contemplar la moderna cara de Jesús.

Pero la escuela de Mármolo brindaba su concurso y sus alumnos serían otros tantos Cristos modernizados, crucificados, con cara de felicidad; ablandados, machacados, molidos, comprimidos, pero modernos, siempre modernos. Sin embargo, René se negaba a ser moderno y osaba declararse a la antigua usanza: cuerpo cultivado, piel intacta, uñas pulidas, cabellera abundante y rizada; carne muellemente tendida, con bebidas a su alcance, y encima una fresa y después una guinda. A las nueve el cordero y más tarde otra carne como la suya en lecho de plumas.

Esta pintura correspondía, punto por punto, a una conversación entre René y Cochón. La noche pasada René había dicho claramente que no estaba dispuesto a ceder su cuerpo al servicio del dolor. El cuerpo era su propiedad sagrada y nadie tenía derecho a profanarlo. Tal discurso *ex abrupto* causó una violenta arqueada a Cochón. Decididamente René era un anormal, o si cabe peor calificativo, un excéntrico. Eso, estaba fuera de centro, se empeñaba en girar en sentido contrario a la carne sufriente. No quedaba otra solución que la retirada general. Cochón estaba decidido a efectuarla si esa noche el excéntrico persistía en su actitud. La repetición resultaba eficaz, obraba milagros, pero con un loco era letra muerta. Los locos estaban en el manicomio y no en una escuela de niños absolutamente normales.

Cochón, poniendo la vista en el piso, insistió:

—Te convenceremos, hijo mío, te convenceremos.

—No me convencerán —repitió René.

Y comenzó la batalla campal de esa noche. Como un gato que se lanza sobre un pedazo de carne, Cochón se lanzó sobre René. Apretándolo por la cintura con sus rodillas y con la cara entre sus manos, acercó tanto su boca a la de René que parecía que ambas estuvieran pegadas.

—Eres un granuja. El Salvador de la carne murió en la cruz por su propia carne, y te obstinas en preservar la tuya. ¿A quién diablos has dedicado tu carne? Di, mocosito, ¿acaso a una cochina hembra? ¿Qué pasa? ¿No te basta con tu pellejo? Oye, no tienes vergüenza; eres un impúdico. Y algo peor, el hazmerreír de la escuela.

—Mentira —replicó René—. Todo eso es mentira. Además, no me importa.

—Bueno, es mentira —gimió Cochón—. ¿No ves que van a ponerme rabo si fracaso contigo? No puedes permitirlo. ¿Tan poco te importa mi cuerpo? Si fracaso, es el suicidio. No lo vas a permitir... Vas a querer enseguida. Avisémosle a Mármolo que por fin quieres... ¿No? No quieres, ya veo que no quieres...

Se echó a llorar como un niño. Acabó por meter su cara en la de René, quien, sintiendo las lágrimas sobre su piel, apartó bruscamente al enano.

—No, no despegaré mi cara de la tuya; lloraré eternamente sobre ella. Si tan cruel

eres con tu maestro, tendré que lamentarme llorando. Mira, soy un perro que te lame; otra cosa no puedo hacer. Me has vencido. Mi lengua es la tuya. Te lamerá eternamente.

Le pasó frenéticamente la lengua por la cara. René lo apartó y saltó de la cama. Así que Cochón recurría a la lengua... Hasta esa noche había desarrollado sus sutiles argumentaciones durante horas, mientras él, sentado en una butaca, recibía en plena cara la luz de una lámpara. Al menos, en esas noches existía una distancia. Pero ahora el enano se le incrustaba en su cuerpo para lamerlo.

Cochón saltó de la cama, paró las orejas, miró a René y remedó el ladrido de un perro. Arrastrándose llegó a la butaca, alzó sus brazos como si fueran patas y las dejó caer en el pecho de René.

—Ahora soy un perro. Te voy a ablandar en menos de lo que canta un gallo. Si como Cochón no he logrado ablandarte, como perro mi lengua obrará el milagro.

Saltó alegremente y se acurrucó en el pecho de René. Su gruesa y crecida lengua brotó como una llamarada. El reloj del corredor dio las siete. Cochón comenzó a «trabajar» la cara de René. Eligió la zona del pómulo derecho y empezó su labor de zapa.

—Me llevará tiempo. Pero disponemos de toda la noche. Bien sabes que es la decisiva. No te figures que soltaremos la presa.

Volvió a sacar la lengua y la emprendió con la nariz, que a las dos o tres pasadas se fue hinchando y enrojeciendo. Cochón lamía de arriba abajo, lo que provocaba violentos estornudos en René, experimentando la extraña sensación de que la punta de su apéndice nasal llegaba al techo. Trató de desviar la cara, pero Cochón se la tenía cogida fuertemente.

—¿Empiezas a ablandarte? La lengua es un remedio excelente. Menos palabras y más acción. Proseguiré con ese ojo. Me mira desafiante, y eso no está bien en un escolar.

Otra vez la lengua empezó su trabajo. La cara de René se perló de un sudor frío. Unido a la saliva de Cochón, empezaba a formar un sucio emplastro fétido, que le provocaba náuseas.

Cochón imprimió a su lengua un ritmo más vivaz: ya no se limitaba al ojo derecho, iba y venía de uno en otro y por momentos hacía caso omiso de los ojos y se precipitaba sobre la boca, con un chirrido de lacre ardiente sobre el papel.

—¿Qué tal? ¿Habrás que echar más leña al fuego...? Que no se diga que tienes la carne coriácea. A tus años es cuestión de minutos. Dime, ¿ya estás listo para que sirvamos tu carne al señor Mármolo?

René abrió un ojo. Al parecer su mirada no fue del agrado de Cochón. En el acto se lanzó, como un loco, sobre ese ojo melancólico y feroz.

—Maldito, no te has ablandado aún. Solo quedan horas y tu carne es muy coriácea.

Tal pensamiento causó una horrible consternación en él y se echó a llorar.

—Sí —decía entre sollozos—, solo me queda la retirada. Cubierto de ignominia, ¿dónde me recibirán? Mi destino es de nuevo la cochiguera.

Se quedó perdido en lejanos mundos. Vio tan patente su vida futura que exclamó:

—Oh no, Señor de los cielos, no lo permitas. Tú querrás que René quiera. Y si él quiere, estará salvado.

Volvió a la carga con bríos redoblados. Con frenesí su lengua pasaba por la cara de René, con tanto impulso que ora se perdía en el pelo, ora se introducía en los oídos o bajaba hasta la nuez del cuello. El reloj dejó oír ocho campanadas. Cochón paró las orejas.

—Sigue dura —murmuró.

Se llevó las manos a la boca y haciendo embudo gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Pedro, siempre de guardia en el corredor, empujó la puerta del cuarto y entró como una tromba:

—¿Ha colapsado, señor?

—Algo peor. Se ha endurecido. No puede perderse un minuto. Corra en busca del señor Mármolo. A él las grandes decisiones, yo soy un subalterno. Corra, sáquelo de la cama, dígame que la carne se enfría. Por mi parte, no daré descanso a la lengua.

Y la lengua de Cochón cayó de nuevo —ahora violácea e histérica— sobre la cara de René.

Pedro fue en busca del director. Mármolo había empinado el codo más de lo debido y dormía. Pedro insistió hasta despertarlo. Cuando Mármolo abrió los ojos y vio a Pedro, metió maquinalmente la mano en la gaveta de la mesa de noche y sacó un puñado de billetes.

—No, señor, la carne se enfría.

—¿Qué quieres decir?

Y tuvo la revelación. Golpeó fuertemente sobre la mesa de noche: vaso, jarra y botella temblaron. Salió de la cama, se puso una *robe de chambre*.

—Se enfría —repetía como un loco—. ¿Pero se ha enfriado toda, o queda algo caliente?

—No sé, señor. Cochón no permite que nadie la toque. Tiene miedo.

—¿Tiene miedo? ¿Miedo?

Emprendieron una loca carrera por salas y corredores. Cuando desembocaron en el corredor de la habitación de René, oyeron distintamente nuevas demandas de auxilio. Mármolo se paró en seco.

—Decididamente se enfría.

Por fin empujó la puerta y se precipitó en el cuarto. Cochón seguía a horcajadas sobre René. En el silencio de la noche se oía nítido el chapoteo de su lengua.

—¿Definitivamente enfriada?

Cochón, mirando a Mármolo con ojos de general derrotado, contestó:

—A punto.

Y volviendo a sacar la lengua, prosiguió. Pero semejante a las aspas de un ventilador recién detenido, la pasó desmayadamente por la cara de René; por último, la dejó caer sobre su labio inferior. Con un jadeo perruno, se echó en la alfombra y miró a Mármolo. Entonces, como si muchos metros lo separaran, gritó con voz atronadora:

—¡Socorro!

—Por favor, admirado Cochón, por favor. Estoy dispuesto a prestarle todo mi concurso.

De un brinco cayó sobre René, que crujió como una rama seca. Sacó una lengua enorme y empezó a rebañarle la cara.

—Escuche, mi querido director. Las horas que nos quedan son decisivas. Acaso muchas lenguas puedan obrar el milagro. Necesitamos, requerimos, demandamos, exigimos una gruesa de lenguas.

—¿Tantas...?

—Un equipo de urgencia. Será mi última tentativa de ablandamiento. Es preciso que la carne de René sea lamida sistemáticamente. Quiero decir, laminada de la punta de la cabeza a la punta de los pies.

—Cree usted, mi querido Cochón, que «los perros del segundo curso...». Han trabajado intensamente durante todo el día.

—Eso no me interesa —dijo Cochón fríamente—. Tanto me da que sean los perros del primer curso como los del segundo. Lenguas son las que necesitamos. —Y se miró la suya en el espejo de la cómoda—. Hinchada, la tengo hinchada. Pero aunque se me caiga a pedazos, proseguiré lamiendo a este mocosito. Mármolo, hágame sitio.

Cayó sobre René y se puso a lamerle la barbilla. Por su parte, Mármolo rebañaba la nariz. Así estuvieron unos minutos hasta que Cochón, definitivamente vencido por esa carne, pidió a Mármolo que Pedro llamara a los alumnos del segundo curso.

—¿Dará resultado?

—Eso lo sabremos a las seis de la mañana. ¿De cuántas lenguas dispondremos?

—Por el momento de cincuenta. Haré venir cincuenta del tercer curso. Están más frescas y mañana nada tienen que hacer en la ceremonia de iniciación.

Llamó a Pedro y le dio la orden.

—Pues entonces, lenguas a la obra —dijo Cochón—. ¿Qué le parece esa mesa?

—*Ad hoc* —dijo Mármolo—. Es lo bastante larga para la carne de este... hierro —y dejó caer pesadamente una mano sobre el vientre de René. Este abrió los ojos.

—¡Cómo...! —exclamó Mármolo—. ¿Se digna abrir sus ojos?

Lo cargó como si fuera una pluma y lo acostó en la mesa.

—¿No quieres todavía?

René no dijo una palabra.

—Así que sigues sin querer... —Y al mismo tiempo que hablaba lo dejaba en cueros—. Pues, oye, vas a querer, y pronto.

—Es inútil, mi querido Mármolo, perfectamente inútil. Se ha hecho todo lo humanamente posible. Aunque un milagro... Eso es, espero un milagro —elevó los ojos—. ¡Un milagro, Santo Señor de los Ejércitos!

—No se desespere, Cochón. A la postre venceremos.

—¿A la postre...?

—¡Pues claro! —Y Mármolo soltó una carcajada—. Si me presto a lo de las lenguas, es por pura condescendencia con usted. Será inútil, viva convencido.

—¿Entonces...?

—Yo sé lo que me digo... —Acercó la boca al oído de Cochón—. Que aproveche ahora y se enfríe cuanto se antoje. Después...

—¿Métodos más violentos?

Mármolo dejó la pregunta sin respuesta. La puerta se abrió de golpe y Pedro asomó una cara de circunstancias. Se hizo a un lado para dejar pasar a los alumnos del tercer curso.

Habían sido sacados de sus camas o pescados en la sala de juego. Esto explicaba el abigarramiento de su indumentaria. Mientras unos estaban en pijama y en paños menores, otros vestían correctamente. El reglamento de la escuela, muy parecido a un código militar, preveía el zafarrancho de combate; de modo que la presencia de Pedro tocando el silbato les advertía que lo siguieran.

Mármolo cerró la puerta. Cochón acomodó en la cama a diez alumnos; diez más se enracimaron sobre la ventana y el resto se distribuyó entre la cómoda y la alfombra.

Cochón dio un caluroso abrazo a Roger y le dijo que como *leader* y alumno eminente del tercer curso le correspondía el honor de iniciar el ablandamiento del rebelde.

—Se trata —dijo Cochón solemnemente— de ablandar esta carne. Es dura, coriácea, refractaria a la acción bienhechora del dolor. Esta carne —cogió una pierna a René manteniéndola en alto— se empeña en endurecerse, se enfría por momentos. Si llega a la congelación estamos perdidos.

Dejó caer la pierna y se inclinó un tanto sobre su cuerpo. Cogió la otra pierna y la consideró atentamente.

—Si al menos una parte, solo una parte, Santo Señor, quisiera ablandarse.

Le dio un papirotazo en la cara.

—Escúchame, René, ¿me cederás una parte, solo una, para la ceremonia de iniciación? ¿Acaso esta pierna?

La pierna se enfrió más aún. Temblando, Cochón la dejó caer pesadamente.

—Por favor, mi querido Cochón. ¿Qué niñadas son esas? Acabe de formar el primer equipo. El tiempo vuela —dijo Mármolo en tono de apremio.

Cochón se dirigió a Roger para preguntarle casi suplicante.

—¿Qué parte prefiere, admirado Roger? Puede elegir la que más le guste.

—Prefiero la cara —contestó Roger, envolviendo sus palabras en el aceite de su

sonrisa.

—Pues ahí la tiene —dijo Cochón— y plegue al cielo que *Finis coronat Opus...*

Entonces Roger, derramando ríos de calma y cataratas de seguridad, Roger, eminencia de su curso, carne archisufriente, se dispuso a hacer entrar en razones la carne refractaria de René.

Sacó su lengua y, tomando un dedo del pie de René, la aplicó una y otra vez a fin de cerciorarse de la eficacia de su punta. Sin duda, solo a un maestro en tal arte se le hubiera ocurrido escoger esta parte del cuerpo. Roger se asemejaba a esos calígrafos que pasan su pluma por los bordes del papel. Soltó el dedo y se trasladó a la cara. Pasó una mano por debajo de la cabeza de René y apoyó la otra en su pecho. Entonces, miró a Cochón.

Este fue señalando las lenguas que debían secundar la de Roger. Una por cada parte del cuerpo. En cuanto a la caja torácica y el vientre, se considerarían como una sola parte.

—Roger, abra usted la sesión —dijo el Predicador.

Roger lamió profundamente la frente de René. Movié la cabeza con aire de duda. Pasó la lengua por los labios del rebelde. Volvió a mover la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Cochón ansioso.

—Pétrea —se limitó a responder Roger.

El Predicador hizo un gesto de imploración. Mármolo lo miró como si fuese un bicho raro. Dio un golpecito en su hombro y le mostró el reloj.

—Mi admirado Cochón, no se anegue en el cielo cuando es a lo bajo a quien tiene que pedir ayuda. Son las diez. El tiempo vuela.

—Oh, sí, es cierto. Perdone, director, pero desespero, francamente, desespero.

Se dirigió a Roger y a sus secuaces:

—¡Muchachos, a la carga!

Las lenguas empezaron su trabajo. A causa de la resistencia, se las veía avanzar penosamente. Se detenían, se trababan y rebotaban en la carne de René. Las caras comenzaban a congestionarse y las espaldas se perlaban con gruesas gotas de sudor. Los brazos, semejantes a remos, bogaban desesperadamente en el vacío de esa carne refractaria.

El resto de los asistentes sostenía animados coloquios; las voces iban *in crescendo*; el humo de los cigarrillos se hacía minuto a minuto más denso. Inútil que Cochón se empeñara en guardar el orden y en lanzar miradas implorantes a Mármolo.

Por el contrario, este tomaba todo aquello con espíritu eminentemente deportivo, y hasta de zumba. Nadie sabe cómo apareció una botella de ginebra en sus manos, que empezó a ser pasada entre los alumnos. Cochón volvió a implorar con la mirada. Mármolo respondió que en las grandes tempestades en medio del océano los marinos son reconfortados con doble ración de alcohol. Y tocó un timbre y a los pocos segundos apareció Pedro, que al punto desapareció, y al punto volvió con un cesto de botellas.

—Por favor, Mármolo —dijo Cochón poniendo sus manos sobre el cesto que Mármolo tenía en las suyas—. La ginebra pondrá pastosas las lenguas.

—Mejor que mejor, admirado Cochón. Pastoso contra duro, duro contra pastoso. Veremos quién gana.

—Va usted a desorganizarme la gente —clamó el Predicador—. ¿No ve que debe organizar las cuadrillas? ¿Olvida que esta carne debe ser lamida sistemáticamente?

—Será lamida. No veo por qué no lo será. Pero déjeme animar a los lamedores.

Y Mármolo, descorchando la botella, la pasó a los alumnos.

—En ese caso, no se limite a saturarlos tan solo de alcohol. Combine con la carne.

—Portentosa ocurrencia la suya, querido Cochón. Usted siempre genial. La carne debe estar presente en todos nuestros actos. —Tocó el timbre—. Así es que alcohol y carne... ¿Qué da eso, Cochón?

—¿Qué se ofrece, señor? —dijo Pedro entrando.

—Traiga carne, mucha carne. Fresca, ahumada, asada, hervida, en morcillas...

Y palmeó bruscamente al Predicador.

—¡Carne contra carne! Cochón, usted lo ha dicho: dar carne a la carne para vencerla. El camino del cielo está empedrado de carne.

Cochón sacó su reloj.

—Un momento, Mármolo, suspenda un momento. Tengo que relevar la cuadrilla.

Señaló a seis muchachos, ya bastante eufóricos por los tragos ingeridos.

—¡Alto! —gritó a Roger y compañía—. ¡Deponed las lenguas!

—¿Qué me dice, eminencia?

Roger, con roja sonrisa a causa de su cara congestionada, repuso:

—Durísima —y escupió abundantemente.

Al oír la sumaria declaración, Mármolo se echó a reír y alargó la botella.

—Pues nada, Roger, nada. Si una lengua eminente como la suya no puede hacer nada... —se volvió hacia Cochón—. ¿Es que tendremos que implantar medidas draconianas?

Cochón dio la callada por respuesta y «metió» la segunda cuadrilla en el cuerpo de René. Esta, con objeto de trabajar más a sus anchas, se había desnudado. El efecto se hizo aún más extraño. Salieron a la luz llagas, cardenales, contusiones, pústulas, dislocaciones y hematomas. Parecía que los seis lamedores hubieran aguardado durante años esta oportunidad de exhibir abiertamente los «tesoros» del sufrimiento en silencio.

Por espíritu de emulación y por efectos de la bebida, la cuadrilla se dio a la tarea de lamer con tal acometividad, que Mármolo palmoteó como un niño.

—Confiese, Cochón, que el alcohol hace milagros. Oiga usted, qué rítmicas se deslizan esas lenguas por la ruta carnal.

Y como anunciando la llegada de una idea luminosa, se dio un golpe en la frente.

—¿Qué pasa? —indagó Cochón—. ¿Acaso va a descubrirnos el Mediterráneo...?

—No ironice, Cochón. No estoy para salidas de tono. En cambio, le diré que ablandaremos la carne de este mocito. Con alcohol la ablandaremos. Las reglas elementales de la buena cocina prescriben su uso en el ablandamiento de las carnes. Y esta —se metió entre los lamedores dejando caer su manaza sobre el vientre de René— no es menos carne que las otras.

Los seis muchachos alzaron las cabezas mostrando sus lenguas colgantes y palpitantes, semejantes al animal que es separado de su presa en lo mejor del descuartizamiento. Parecía que, de un momento a otro, se arrojarían sobre Mármolo.

—¡Quietos! Yo soy blando, soy cara derretida. Es René quien debe ser ablandado.

Alzó la botella por arriba de su cabeza y dejó caer la ginebra sobre el cuerpo de René.

—Permita, Mármolo, permita que como Sumo Pontífice...

Cochón se acercó con otra botella y dejó caer un chorro de ginebra en la cara de René.

—*In nomine Pater, Filiis et Espiritu Marmolus...*

La puerta se abrió de golpe dejando ver dos brazos que sostenían una enorme bandeja con un puerco asado entre hojas de lechuga. El puerco había entrado de cabeza y sus tostados ojillos parecían mirar estupefactos la escena de la licuefacción.

—¡El predicado! —gritó alegremente Mármolo a la vista del puerco.

—¿El predicado...? —preguntó Cochón.

—¿No es el predicado lo que se dice del sujeto? Si yo digo: el hombre está hecho de su carne, el predicado del sujeto «hombre» es su carne.

—Mármolo, no se confunda, René está hecho de carne humana, y lo que acaba de entrar es carne de puerco.

—Pura casuística, Cochón. Al final, todo es carne y nada más que carne.

El puerco fue seguido de una fuente de morcillas. Con paso de lobo fueron entrando seis sirvientes. Los muchachos que estaban sentados sobre la cómoda dejaron el sitio a las bandejas. Como el espacio era reducido, puerco y morcillas se vinieron al suelo con estrépito. Pequeños arroyos de manteca comenzaron a surcar las baldosas. Los muchachos próximos al puerco metieron sus manos y empezaron a sacar postas de carne. La avidez era extraordinaria; había una especie de frenesí por llevarse a la boca todas las carnes al mismo tiempo. No bien mordían un pedazo de puerco, lo arrojaban para hincarle el diente a un pedazo de cordero o a una morcilla.

Pero como los cuerpos se defienden contra el exceso, empezaron a vomitar y a orinar, y todo se unió a la manteca derramada. Lo fofo y lo blando, esponjoso y flácido, parecían instar a ablandarse a lo duro y sólido, a lo macizo y consistente.

De pronto Cochón lanzó un grito.

—Por favor, aire, la carne se ahoga.

Y se lanzó, arrollando los cuerpos, hacia la ventana, abriéndola de par en par.

—Deje que la carne se ahogue, Cochón. Déjela hacer cuanto le venga en ganas.

La voz de Mármolo fue cubierta por la barahúnda que un grupo de muchachos

hacía en el baño: dando hurras, sacaban el doble de René. Era tanto el desorden que al pasarlo por la puerta uno de los brazos de la cruz se rompió, llegando el Cristo al centro del cuarto solamente con un brazo clavado. Los muchachos se lanzaron sobre él y empezaron a lamerlo con avidez. Mármolo se pelaba aplaudiendo, y el Predicador, derramando ginebra sobre la figura de yeso, decía:

—Apostemos a quién se ablandará primero.

—Déjese de niñadas, Cochón —gritó Mármolo—. El doble nunca se ablandará. En cuanto a René, tampoco. Ahora es el doble de su doble. Y eso significa doble dureza. No bastarían todas las lenguas del planeta.

Uno de los lamedores, borracho perdido, se obstinaba en ablandar la pierna derecha del doble. Y como hubiera podido pasar su vida lamiéndola sin lograr que se ablandara, en un acceso de furor la pateó y la hizo saltar en pedazos. Esta pareció ser la señal para el descuartizamiento del maniquí. El resto de los lamedores la emprendió con las restantes partes del cuerpo. En unos minutos la figura se deshizo en un montón de yeso coloreado. Entonces los muchachos orinaron sobre ellos.

Cochón estalló en carcajadas.

—¡Doble contra doble! ¿Qué me dice, querido director? Ya lo ve, si no se ablanda, se rompe.

—¿Lo rompemos? —dijo Mármolo señalando a René.

—Director, no excite demasiado a los perros.

El reloj dejó oír doce campanadas.

—¡Señor de las batallas, solo nos quedan seis horas de sombras!

—Tras las tinieblas, la luz —graznó Mármolo—. La hermosa, pura y refulgente luz, que alumbrará los cuerpos de los nuevos servidores del sufrimiento en silencio.

—¡Cómo! —exclamó Cochón—. ¿Esta vez celebrará usted la iniciación en campo abierto y a pleno sol?

—Es tan solo un modo simbólico de expresarme, querido Cochón. No se alarme. Nuestras iniciaciones serán por debajo de la línea de flotación.

El Predicador se limitó a hacer una exclamación y se acercó a los lamedores. Se habían quedado dormidos, con las bocas como ventosas sobre la carne de René.

—¡Vea, Mármolo! —gimoteó—. Ahí tiene el desastroso resultado de su ginebra. Se me han dormido las lenguas.

—¿Qué me dice de estas? —Mármolo viró en redondo señalando un montón de cuerpos que roncaban plácidamente en la cama—. Mucho me temo que esas lenguas no «despierten» a su debido tiempo.

Como un poseído, Cochón se lanzó sobre la cama, separando los cuerpos, empujando una pierna metida en otra pierna o dos brazos que se habían aferrado a un vientre. Inútil empeño: no bien lograba separar totalmente un cuerpo, al momento se le desarticulaba y caía pesadamente sobre otra desarticulación. De pronto media docena de muchachos, lanzándose sobre la cama, cayeron sobre Cochón, que con gran esfuerzo logró emerger de la montaña de carne alcoholizada. Dando tumbos se

dirigió hacia los dormidos lamedores. Una a una fue despegando las yertas bocas de la carne endurecida. Con su enorme lengua se puso a lamer, sin ton ni son, a los durmientes.

—¿Qué hace? —gritó Mármolo—. Solo hay que ablandar a René.

—Se engaña usted —jadeó Cochón—. Las cosas se complican; también los lamedores se endurecen. Corra usted acá: hay que taponar la vía de agua. Nos amenaza un ecuménico endurecimiento.

Pero Mármolo se había desplomado en la cama y lo miraba estúpidamente.

—También comienzo a endurecerme, querido Cochón. Me siento de piedra.

—Esa carne acabará por endurecernos a todos. Por favor, Mármolo. A usted las grandes decisiones. Acabe por expulsarla a puntapiés.

—No puedo —gimió Mármolo—, se me rompería el pie.

—¿Y a mí se me puede romper la lengua, no? —vociferó Cochón—. Usted es la suprema autoridad, ponga un poco de orden.

—No puedo, me endurezco por momentos —y como un poseído se puso a lamerse las manos.

—Pues entonces toque a zafarrancho de combate. Este es un drama de la carne. Solo entre carne desnuda puede ventilarse.

De un violento tirón quitó a Mármolo la *robe de chambre* y acto seguido rasgó de arriba abajo su propio camisón.

Con infinito esfuerzo puso en pie a Mármolo. Los alumnos que no se habían dormido se agruparon alrededor de ambos. Cochón se volvió hacia ellos con gesto decidido.

—Fuera las ropas. ¿Qué esperan?

—Eso es —repitió Mármolo como un eco—. Fuera las ropas. ¿Qué esperan?

Se quedó pensativo. De pronto dejó caer pesadamente la mano sobre uno de los muchachos.

—Usted mismo, usted, ¿qué hace que no me lame? ¿No ve que me endurezco?

El muchacho no se hizo repetir la orden. Se lanzó ávidamente sobre la desnuda carne de Mármolo.

—Mutuamente —gritó Mármolo—. Mutuamente. No hay tiempo que perder. Ya lo ha dicho nuestro admirado predicador. Usted me lame y yo lo lamo.

—Todos nos lamemos —y Cochón completó el último vértice del triángulo carnal.

Resultado inútil. Como moscas en la miel, las lenguas se pegaban en la carne. Mármolo se sintió caer en un vacío sin fondo, su lengua fue resbalando por la carne del alumno hasta quedar pegada en la alfombra. Cochón sentía que sus miembros se endurecían y sus piernas se envaraban. Sus brazos pesaban como plomo. Miró en torno suyo. Un denso y compacto mar de carne se extendía a sus pies. Con su pantufla pisó varios cuerpos, y a cada exploración el pie se encogía en la pantufla con una profunda sensación de asco. Dando tumbos, llegó hasta el cuerpo de René y se

abrazó a su carne endurecida y endurecedora. El reloj tocó la una de la madrugada. Con automática lengua dio a René una lengüetada en la boca, una lengüetada tan poco convincente, tan titubeante, cobarde y aburrida, que la retiró al punto.

—Tú nos vences —susurró—. Esto significa la vuelta a la cochiguera. Linda ceremonia la de mañana, con la carne dura del hijo y las recriminaciones del padre. No hay duda, habrá que retirarse.

Su carne se pegó a otra carne y se quedó dormida.

La carne chamuscada

El primer ómnibus, cargado con familiares de los alumnos, llegó a las diez de la mañana. La ceremonia de iniciación tendría lugar a las doce. A la una de la tarde el señor Mármolo ofrecería un almuerzo a los visitantes; después harían un recorrido por las distintas dependencias de la escuela, incluyendo los famosos pisos «de abajo».

La iniciación se cumpliría en lo que llamaba Cochón «la iglesia del cuerpo humano», un gran salón del tercer piso situado en el centro del edificio.

A él acudía dos veces por semana el Predicador para exponer la filosofía del cuerpo sufriente. Lo hacía desde un púlpito y frente a un gran Cristo sonreído. Cochón tenía las maneras de un verdadero sacerdote. Investido con un ropón blanco, subía las gradas del púlpito, unía las manos con devoción fervorosa, miraba fijamente al Cristo y empezaba a enunciar los sufrimientos de la carne.

A los sacerdotes del alma, llevaba un punto de ventaja. Si estos debían predicar sobre la salvación del alma, Cochón se limitaba a cuestiones concretas: brazos, piernas, huesos, sangre. Sus oyentes no tenían que operar con esa cosa huidiza, incorpórea y problemática que es el alma, ni tampoco preocuparse por su salvación. Por el contrario, en el cuerpo se encerraba el secreto de la vida humana. En verdad, un secreto simple: todo para el hombre terminaba cuando el cuerpo detenía su admirable maquinaria. Para el hombre su oportunidad residía en el periodo de la existencia corporal; en cuanto a la otra, la de un más allá, no existía para el Predicador.

Esta verdad, para Cochón encantadora, ofrecía otra ventaja: al no haber salvación ni condenación eternas, nadie vacilaría en «cerrar» contra otro cuerpo o el suyo propio. La carne era un medio excelente para resolver cualesquiera de los problemas que la vida planteaba. Si, por ejemplo, había que tender un puente sobre un abismo, lo lógico era echar mano a la carne especializada en este género de construcciones. Que en el curso de los trabajos se fracturaran brazos o aplastaran cabezas, pechos quedaran comprimidos y ojos vaciados, no importaba. Una vez más se planteaba un problema a la carne y esta debía resolverlo. Entonces, si el tendido de un puente, el trabajo en las minas o la fabricación de explosivos, para no mencionar más que tareas peligrosas, comportan un riesgo mortal para la carne, ¿por qué asombrarse de que un grupo de hombres eche mano a la suya en pro de una idea, sea por propia convicción o porque alguien paga sus servicios? La eterna legión de casuistas alegaba en contra que no era lo mismo exponer la carne en el tendido de un puente que sobre el potro de la cámara de tortura. El argumento de los casuistas, afirmaba Cochón, era el siguiente: cualquier carne que trabaje en el tendido de un puente no está forzosamente condenada al trucidamiento. Por el contrario, la carne de la cámara de tortura lo está; como las cajas de seguridad, tiene un secreto que es preciso romper para abrirla. La carne constructora de puentes no tiene necesariamente que ser destruida, para que el puente quede tendido. Es decir, la carne evita el sufrimiento a toda costa: el obrero

tropa con infinitas precauciones, en las piernas lleva gruesas botas para protegerse de la dureza del acero, las manos están recubiertas con guantes. Un inmenso terror lo posee cuando, habiendo dado un paso en falso, se aferra a un estribo del puente. ¿No se trata de la carne pugnando por conservarse intacta?

Pero la carne que se tiende sobre el potro, esa carne para la que el azar de un accidente es letra muerta, puesto que será su fin último ser trucidada, esa carne apta para el servicio del dolor, ¿no constituye un insano desafío al instinto de conservación? ¿Una peligrosa invitación al suicidio colectivo? ¿No es una locura que un hombre ofrezca su carne por guardar un secreto, y por arrancárselo, otro hombre acepte sacrificarla?

Llegado a este punto, Cochón se revolvía carnalmente en el púlpito chillando como el buitre sobre la carroña: «¡Puras patrañas!», gritaba. «En el degolladero nuestra carne se empareja con la de las reses, sirve de alimento al hombre y resuelve un problema de subsistencia. Si de pronto nos negáramos a inmolar nuestra carne, la vida humana se detendría y el mundo se convertiría en un osario. No, amadísimos, la carne mueve al mundo, y los problemas surgidos de la carne total del género humano son más poderosos que la carne individual de cada hombre».

Y a esta altura de su sermón, de un sermón pro carne, la reducida carnalidad de Cochón se agigantaba, y cual grito de abordaje profería finalmente:

—¡Viva la carne percedera!

Un modo de hacerla florecer y de darle el rango que su dignidad merecía eran las hermosas fiestas de iniciación que el colegio de Mármolo celebraba cada año. Con la actual se habían realizado minuciosos preparativos con el fin de que resultara particularmente brillante. Dos eran los motivos: de una parte, el espíritu de emulación entre escuelas. A cierta distancia se enclavaba otra que, no obstante su reciente fundación, rivalizaba con la de Mármolo. Se había llegado a afirmar que en esa escuela la carne era «mejor tallada». Quizá la institución de Mármolo había sufrido un eclipse total sin el oportuno descubrimiento de Cochón. Sus brillantes innovaciones obraron el milagro de relegar a un segundo plano al colegio rival. Pero con todo, había que estar ojo avizor, no ceder una pulgada de terreno. En una palabra, mejorar siempre para que otros empeoren.

El segundo motivo residía en la presencia de Ramón. Incuestionablemente la escuela robustecía su prestigio al contar a su hijo entre los alumnos. ¿Qué menos que ofrecer al padre una imponente ceremonia en el día de la iniciación de René?

Desgraciadamente, el endurecimiento general provocado por la resistencia de René en ablandarse significaba una derrota moral. Sin embargo, no iba el joven a salirse con la suya. Cuando llegaron los primeros invitados el señor Mármolo, enfundado en su chaqué, se mostraba, a la cabeza de los profesores, fresco como la mañana misma. Entre los invitados se contaba un buen número de personas, ávidas por echar siquiera «una ojeada» a esa octava maravilla que era la escuela de la que saldría acrisolada la carne sufriente. Además, y esto rezaba en el protocolo de la

institución, fueron invitados personajes de las altas esferas oficiales y el cuerpo diplomático acreditado. De suyo curioso, este cuerpo, lo estaba más este año: por vez primera verían y escucharían al Predicador.

Mármolo se adelantó y empezó a repartir apretones de manos. Las madres, particularmente excitadas por su prestigio físico, llevaban las efusiones al extremo de abrazarlo y besarlo. Y llegaron a convertir el vestíbulo en una verdadera barahúnda. Mármolo apenas si podía contestar a las mil preguntas que le formulaban.

—No, querida señora —se le oía decir—; por el momento no podrá abrazar a su hijito. El reglamento dispone que los neófitos no pueden ser vistos por nadie antes de la ceremonia.

Se rio discretamente y añadió:

—Están en capilla.

Una madre quería saber a qué «atenerse» con su hijo. Si prometía o no prometía.

—Desde luego —respondió Mármolo— el muchacho promete. Aquí todos prometen, señora.

—¿Acaso podrá hacer dos cursos en uno?

—¡Cómo! —exclamó Mármolo, y vio la más profunda sorpresa retratada en la cara de los profesores que estaban junto a él—. ¿Cómo, mi querida señora?

—Digo dos cursos en uno. Me cuesta un ojo de la cara su educación. Solo dispongo de mi pensión de viuda. ¿No cree, señor director, que el niño es lo bastante vigoroso para hacer dos cursos en uno?

—Pero, señora mía, eso es imposible —dijo Mármolo confundido—. Se marcha paso a paso. Con el cuerpo no se puede jugar.

Tragó en seco y prosiguió:

—Oiga un ejemplo. Tomemos el manual que se ocupa de las torceduras de las extremidades inferiores. Si el manual indica que una pierna debe ser retorcida durante un mes consecutivo, no intente limitar el ejercicio a quince días. Nada adelantaría con ello. Por el contrario, el alumno sufriría un retardo en su aprendizaje. El efecto se perdería. En vez de tener un muchacho apto para el servicio del dolor, tendríamos uno apto para el servicio...

Y Mármolo dejó la frase trunca. En ese momento hacía su entrada la representación del gobierno. Pero las madres, como una bandada de golondrinas, lo cubrieron con sus manos conminándolo a completar la frase.

Al comprobar que sería inútil la resistencia, Mármolo dijo:

—Pues nada, que tendríamos uno apto para el servicio del circo. No haría otra cosa que payasadas.

Y rompiendo el mágico círculo de las madres se lanzó a recibir, con sonrisas y zalemas, la delegación del gobierno.

—¡Bravo! —gritaron las madres—. ¡Payasadas!

Se abrieron en media luna, dejando paso a Mármolo, que llevaba del brazo al representante del jefe del Estado. Entraron en un gran salón. Una orquesta, para la

ocasión contratada, ejecutaba músicaailable. Padres y madres se habían puesto a bailar; los criados recorrían el salón repartiendo *cocktails*, con tanta prodigalidad que algunos invitados empezaban a dar muestras de embriaguez, y apostaban a que su hijo era más apto para el servicio del dolor, o que soportaba mejor la corriente eléctrica que ningún otro. Ciertas madres se sintieron tan «carnales» que el propio Mármolo se vio obligado a llamarlas al orden. Dos buenas señoras, que ya se habían tomado unos cuantos *cocktails*, estaban trabadas en una llave de judo, exigiéndose, una a la otra, reconocer la incuestionable «resistencia» de su respectiva progeie.

Mármolo aprovechó la ocasión para poner en claro ciertos malentendidos sobre la carne, que desgraciadamente estaban en boga. Dijo que existía el falso criterio de la *tabula rasa*. Es decir, si la carne no era «de primera» había que desecharla. Sin embargo la verdad era muy diferente. La carne de cañón resultaba de dos clases: la carne-*leader* y la carne-masa. La primera pertenecía a los maestros, a los que no solo eran torturados, sino que se torturaban y a su vez torturaban, creando nuevos modelos de tortura. La segunda, no menos valiosa sin embargo, era la de los que se dejan torturar y a su vez están en aptitud y conocimiento de torturar a un semejante, pero que no contribuyen con ninguna invención a la causa de la carne. Refiriéndose a Roger afirmó que su ejemplo viviente de carne-*leader* no significaba para él ni para el cuerpo de profesores «algo mejor» que la carne-masa del resto del alumnado. Ser «eminencia del curso» no significaba en modo alguno que la otra carne no fuera un aporte valioso a la batalla por la carne. Y como para poner fin a su discurso, tomó por el talle a las madres en disputa fundiéndolas en un fraternal abrazo. Pero sus dedos, llevados por el espíritu de su magisterio, atenazaron tanto sus frágiles carnes que las señoras lanzaron un quejido.

De pronto sintió que lo llamaban. Un altavoz repetía su nombre. Salió precipitadamente hacia su despacho. Algo de suma gravedad ocurría cuando lo llamaban con tanta insistencia. Su primer pensamiento fue que René se endurecía hasta el rigor *mortis*. En ese caso todo estaba perdido. Empujó la puerta del despacho. Allí estaba Ramón.

—¡Qué tal, Mármolo! Un lindo día, digno de nuestra ceremonia de iniciación.

Mármolo escudriñó su cara. Había advertido cierto sarcasmo en las palabras de Ramón. Se echó a temblar y dijo entre dientes:

—Un lindo día. Aunque...

—¿Aunque...? —repitió Ramón mirándolo con firmeza.

—Podría oscurecerse.

—Vine para impedirlo —y Ramón rio.

—Confieso que no hemos podido evitar que René se endurezca.

—Siempre tuve mis dudas sobre René —dijo Ramón—. Creía que la escuela y el contacto con profesores y alumnos harían milagros. Además, nuestra raza. Usted conoce, Mármolo, de qué material estamos hechos.

Quedó pensativo y añadió después:

—Mi hijo no puede ser un salto atrás.

—Me inclino a creer que René es un caso de obstinación. No es, como se estimaría a primera vista, un caso típico de alergia a la carne.

—Yo creo que René es un gran sufriente. Pero tiene metida en el cuerpo la obstinación.

—Le va de capricho no ceder a la carne —opinó Mármolo—. Sin embargo, encuentro en su misma resistencia contenida su aptitud para convertirse en carne-*leader*. —Su voz parecía adular a Ramón—. Si a los veinte años su carne ha vencido el esfuerzo de las lenguas que pugnaban por ablandarla, qué no hará a los treinta, cuando se haya curado del romanticismo. Amigo mío, confío en René. Solo que, le confieso: su carne no es para tallarla en esta escuela. Una carne como la de su hijo requiere un tratamiento especial, lejos de otras carnes y de sus miradas. No se sorprenda si le digo que René es carne púdica y habrá que tallarla en las tinieblas. Entiéndame, Ramón: las tinieblas son una expresión metafórica. Y para proseguir con ella, la carne de René, a semejanza del negativo fotográfico, anula sus propiedades cuando la exponemos a la luz. Y añadiría algo más concreto y definitorio: su carne no es del todo carne; tiene dentro el demonio del pensamiento.

Y tras una pausa, añadió Mármolo:

—Es una carne que se permite pensar sobre sí misma, a diferencia de las otras que se encuentran en la escuela. He ahí el nudo gordiano. Si alguien cortara este nudo, quedaría roto el hechizo. Ramón, su hijo está hechizado por el pensamiento. En él descansa su obstinación.

Miró el reloj que colgaba de la pared del despacho.

—Faltan veinte para la ceremonia. René no podrá asistir. Es tan solo una masa inerte.

—Bueno, amigo, nada se ha perdido —la voz de Ramón sonaba ahora muy calmada. Casi podría decirse que tenía un tono deportivo—. Si no podemos representar la verdad, representaremos la mentira. Así, ni la escuela ni yo sufriremos menoscabo en nuestro prestigio.

—Lo mismo pienso yo —gritó Mármolo muy excitado—. Idearé algo que pondrá a René en situación de exponerse convenientemente a las miradas del público. Pienso en un ejercicio. Pero estoy tan confundido desde anoche, que no acierto todavía con su solución. Por otra parte, temo que René nos eche a perder la fiesta con sus gritos.

—No gritará —dijo Ramón—. Lo autorizo a conducirlo anestesiado. Ya se las arreglará usted con el ejercicio. Descubra, invente, calcule. Nos veremos en la ceremonia.

Mármolo le interceptó el paso.

—¿Antes de marcharse no quisiera echar una ojeada a la carne de su hijo?

—¿Para qué? La conozco palmo a palmo. Además, quiero divertirme con la farsa que le haremos representar.

Y nunca dijo expresión más exacta. «La iglesia del cuerpo» resplandecía con

luces de color y cuajada de flores, semejante a una catedral disfrazada de *music-hall*. De sus paredes pendían los famosos tapices del tesoro de la escuela; tapices de torturas célebres, realizados con la técnica del dibujo animado. Tan humorísticos que, como opinaba Cochón, curaban toda suerte de males. Al fondo se encontraba el altar. El cuerpo de profesores se hallaba sentado a ambos lados, en sillas de toda forma y color, que Cochón, en su nostalgia del culto católico, había bautizado irónicamente con el nombre de «sillas del capítulo». Entre ellas se destacaba una butaca tapizada de rojo púrpura, destinada a recibir la humanidad de Mármolo, como suprema autoridad de la escuela y oficiante en la ceremonia de iniciación.

A medida que la concurrencia llenaba la amplia nave, los familiares e invitados lanzaban sonoras carcajadas cada vez que sus ojos tropezaban con las torturas representadas en los tapices. Pero cuando se acercaron al altar, la risa se heló en sus bocas. En formación de semicírculo vieron a los neófitos, desnudos y arrodillados. Por sus ojos cerrados y sus manos cruzadas sobre el pecho, causaban el efecto que hacen los ángeles de mármol a la entrada de los santuarios. Las madres, que no esperaban ver en semejante postura a sus pimpollitos —Mármolo las había acogido risueñamente y todo parecía tan informal— sintieron que se les encogía el corazón.

Mármolo hizo su aparición por una puertecita situada al fondo del altar. La audiencia lo acogió con un murmullo de estupor. Aunque vestía camisa y pantalón blanco, un gorro y un delantal del mismo color, todas sus ropas estaban manchadas de sangre. Su mano derecha empuñaba el hierro con que se marca la res. El coro dejó oír el *Salva facta Regem*. Como si fuera un cetro, Mármolo alzó el hierro; acto seguido se encaminó a su butaca y se sentó como un monarca.

Pasó la vista por el semicírculo de los neófitos, en busca de René. Las carnes desnudas de los muchachos y la igualdad de su actitud hacía difícil individualizarlos. Sin embargo, la experta mirada de Mármolo fue resbalando por todas y cada una de esas carnes y al fin se detuvo, segura de sí misma, en el centro mismo de la masa postrada. Ciertamente, Cochón había hecho una maravilla. A última hora él se había lavado las manos y Cochón tuvo que «agrupar las carnes», sin olvidar, por supuesto, la de René. Una vez más reconocía Mármolo la astucia del enano: el endurecido René estaba de rodillas en el semicírculo —neófito entre neófitos—, con los ojos cerrados y las manos sobre el pecho. No podía discernir si estaba anestesiado. Pero alcanzó a ver una respiración sosegada, que hacía subir y bajar suavemente el pecho. Trató entonces de ver si lo sostenía algún artefacto y, por más que estiró el cuello, no logró ver nada. ¿Sería posible que hubiera recapacitado y, desendureciéndose, a última hora aceptara la iniciación? Esto parecía haber ocurrido. Así son los milagros: lo que no pudieron cincuenta ávidas lenguas lo había hecho posible la abstención. De igual modo que lo había llevado al endurecimiento, la abstención lo desendurecía. Y mientras más lo miraba, más se convencía Mármolo de que René estaba entre los neófitos por propia determinación.

De estos pensamientos lo sacó una aparición: el Predicador subía lentamente las

gradas del púlpito. El mismo Papa no lo hubiera hecho con tanta majestad. A pesar de su reducida estatura tenía un aire tan imponente que por entre el público corrió un murmullo de admiración. Vestía ropas talaras de moaré blanco; la luz, al chocar con la tela, la hacía resplandecer, hería la vista y la deslumbraba. Donde radicaba sin embargo la originalidad de su atavío era en las manos, que exhibían guantes rojos de terciopelo. ¿Acaso esos guantes eran una alusión a lo que la carne espera de las manos que la torturan? Sus guantes tenían la virtud de hacer olvidar el resto del vestuario, haciendo converger las miradas en ellos, hasta perder el aliento. Consciente del efecto, Cochón ascendía las gradas llevándolas en alto. Una vez en el púlpito, bajó las manos y las cruzó sobre el pecho. El público celebró esta pantomima con aplausos. Cochón agradeció con una dulce sonrisa; después, cerrando los ojos, se anegó, como los místicos, en el éxtasis. Así se mantuvo varios segundos, y de pronto clamó:

—Damas y caballeros: va a marcarse la primera res. Si su carne sufre la prueba sin prorrumpir en gritos o en un gemido, la reconoceremos apta para el servicio del dolor.

Mencionó el nombre del neófito que ocupaba el primer sitio a la derecha en el semicírculo. Como movido por un resorte, el neófito se paró y llegó junto a Mármolo. En vez de ponerse de frente, le dio el trasero. La concurrencia estalló en carcajadas. Y se redoblaron cuando el neófito se puso en cuatro patas. Haberse mantenido por largo rato en actitud angélica, para adoptar de súbito la posición de la bestia, era el colmo de la irrisión.

Cochón repitió con gran solemnidad:

—Damas y caballeros, va a marcarse la primera res.

Mármolo se paró, hundió el hierro dentro de un brasero, lo sacó al rojo vivo y lo fue aproximando al trasero juvenil.

La madre del neófito se paró sobre la silla y gritó para animarlo:

—¡Aguanta, hijo mío!

Este inflamado apostrofe fue seguido de un brusco sacudimiento del cuerpo del neófito: Un olor a carne chamuscada se extendió por la nave. Mármolo acababa de marcarlo sin que exhalara un suspiro, con aire de persona mayor se paró el neófito y fue a ocupar su sitio en el semicírculo. Se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho y cerró los ojos. Delirantes aplausos de la concurrencia premiaron su coraje.

Así fueron presentando los neófitos sus traseros a Mármolo. Cuando uno se sometía a la marca, se oía el grito de su animosa madre: «¡Bravo!», «¡Arriba!», «¡Firme, mi niño!». Todos salían airoso de la prueba. El olor a carne chamuscada se hacía cada vez más pronunciado, y tan excitante, que a cada nueva marca redoblaban aplausos y vítores.

La ceremonia estaba en su punto más alto cuando llegó el turno a René. Mármolo no había dejado de vigilar su carne. ¿Despierta? ¿Anestesiada? Lanzó una discreta ojeada hacia el púlpito implorando un signo de Cochón que lo pusiera sobre la pista.

Sin embargo parecía que el Predicador redoblaba su ensimismamiento. Ya el neófito anterior a René se arrodillaba delante de Mármolo, ponía sus manos sobre el pecho, cerraba los ojos... ¿Qué sucedería con René? ¿Acaso la catástrofe? O por el contrario, ¿se habría plegado a las exigencias de la carne y ofrecería su trasero en holocausto?

De pronto la verdad, tan sencilla, golpeó a Mármolo como un mazazo. Confusión y temor habían sido en él de tal magnitud que ocultaron la lógica de los hechos: René no estaba anestesiado, quien está bajo ese estado no puede escuchar su nombre ni echarse a andar... Cochón nunca cometería el error de anestesiarse una carne para impedirle ir en busca de su marca. «¡Qué imbécil he sido!», pensó Mármolo. «Ahí está René listo para ser marcado».

Casi sonreía esperando escuchar el nombre de René como una música celestial, cuando de nuevo el temor se enseñoreó de su alma. ¿El trasero de René se ofrecería mansamente o endureciéndose más y más quedaría clavado en su sitio? Pero si la lógica no mentía, la carne no estaba anestesiada ni dormida. Pero eso mismo permitía endurecerla; y endurecida poseería la virtud de hacer caer el hierro de su mano. Su temor llegó al clímax; una vez más sus ojos buscaron los de Cochón, que justo en ese instante gritaba tres veces el nombre de René.

La concurrencia quedó estupefacta. Las cabezas se alzaron, al igual que fieras que ventean el peligro. Ya de suyo excitada por el olor de la carne chamuscada, en las caras de la concurrencia se reflejó la tensión que provocaba la repetida apelación del Predicador.

Los ojos del enano se iluminaron no obstante y un suspiro de alivio brotó de su pecho: René se había puesto en pie y miraba fijamente en torno. La gente empezó a cuchichear. René, con su actitud, transgredía las rigurosas normas de la ceremonia. Mármolo temblaba como un azogado y Cochón se puso a mordisquear la punta de sus guantes. René volvió la cabeza hacia Mármolo, que le hizo señas para que se adelantara. Con paso tímido, mostrando en su cara que el pánico habitual en él ya empezaba a poseerlo, caminó en busca de su marca. Otra vez Mármolo y Cochón respiraron. Solo faltaban segundos para que la pesadilla tuviera un final feliz. Mármolo alargó la mano y cogió el hierro del brasero. Si René estaba frente a él, una vez más alteraba el ritual: miraba como embobado a Mármolo, sin presentar el trasero ni ponerse en cuatro patas. Con la mano que tenía libre, Mármolo lo cogió por la cintura y lo hizo darse vuelta. De creer que esto bastaría, se hallaba en un profundo error. René permaneció de espaldas, y una y otra vez volvía la cabeza para mirar, los ojos desorbitados, el hierro que Mármolo empuñaba. Con disimulo este le tocó la nalga con la punta de su zapato y hasta le dio un empujón a fin de ayudarlo a ponerse en la posición cuadrúpeda. René en vez de afincar sus manos en las losas, se afianzaba desesperadamente sobre sus pies. De nuevo Mármolo tocó el empavorecido trasero, sin mayores resultados. Todas las madres miraron a Alicia. ¿Por qué no arengaba a su pimpollito? Por supuesto, no eran ellas las llamadas a hacerlo, pero

muy bien podrían unir sus voces si Alicia se decidía a dar ánimos a René. Ella estaba sin duda a mil leguas de toda arenga: había adoptado la pose de Máter Dolorosa. En cuanto a Ramón, parecía estar ausente del drama y se limitaba a mirar sonriente los famosos tapices.

Entonces Mármolo, como el cirujano frente a un caso desesperado, optó por la solución heroica. «Hundamos el hierro», se dijo, y con la velocidad del rayo alargó el brazo hacia el obstinado trasero de René. Y el trasero evitó la marca: René se había echado a correr por el centro de la nave. Mármolo perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el enlosado.

Entonces la concurrencia vociferó: «¡A cogerlo!». René, viendo que las furias se le echaban encima, saltó una fila de bancos y corrió hacia el altar. Allí lo esperaban para capturarlo sus propios compañeros.

Cochón clamaba, Mármolo rugía, los padres de los neófitos desgañitaban y estos chillaban. Ambas pinzas —la de las madres y la de los neófitos— se iban cerrando sobre el cuerpo de René. Pronto sintió en su carne las uñas de sus perseguidores. Unos lo cogían por las piernas y otros lo encorbaban para que su trasero quedara bien expuesto. Mármolo se dispuso a marcarlo, pero Ramón exclamó:

—¡Alto ahí, director! Su ministerio ha terminado y empieza el mío. Deme el hierro. Soy yo quien marcará al animal levantisco.

Con el hierro candente en alto miró a Mármolo pidiéndole la venia, y acto seguido marcó el trasero de su hijo, en medio de un silencio de muerte. Pero no contaban con la rebeldía de René. Un alarido escapó de su boca y rompió el silencio.

—De acuerdo con el reglamento de la escuela la marca es nula —dijo Mármolo—. La presa ha gritado.

—De acuerdo con el reglamento, pero he marcado a René y prescindo del grito. Desde ahora soy su maestro. Con gritos o sin gritos haré florecer su carne.

Se lo echó en los brazos e hizo señas a Alicia de seguirlos. Una de las madres les cerró el paso.

—Esa carne no sirve. Póngala a jugar con las muñecas.

Una risotada general acogió la observación. Ramón la apartó suavemente y buscó la salida.

La misma madre, como si hablara en nombre de las presentes, alcanzó a Alicia en la puerta.

—No sirve, señora. Eche al mundo otro pedazo de carne.

Y le dio con la puerta en el trasero.

La carne perfumada

Con un frío que picaba en sus orejas y le enrojecía la nariz, René caminaba una tarde de diciembre por las callecitas que salen del puerto. Tenía aspecto de persona satisfecha; no era el René que hacía pocos meses se encaminaba para ser marcado en el trasero. Después del episodio, Ramón lo había dejado tranquilo y no volvió a recordar «el servicio del dolor». Sin duda aguardaba una nueva ocasión. Su padre tenía un propósito con él. Aunque por el momento todo estuviera en calma, su trasero marcado le advertía que ya no era como el resto del mundo.

Sin embargo podría haber un arreglo. Había madurado un plan de vida, y pensaba con audacia someterlo a su propio padre. El plan era sencillo: buscaría un empleo y estudiaría de noche. Sería útil a la sociedad y a su familia. Si su padre poseía una fortuna, él quería independizarse, y ser dueño absoluto de su persona. Ya conocía a lo que se llega cuando el padre es el César de su hijo. Tenía veinte años, y esa edad resultaba suficiente como para que, no Ramón, sino él mismo, mandara en su carne. Como aún no poseía un oficio para ganarse la vida, empezaría sirviendo en un restaurante o manejando un ascensor.

Sumido en tales ensoñaciones caminaba las cuadras que lo separaban de la estación del metro, cuando vio un grupo de personas al final de una cuadra, lo que no tendría mayor importancia, pero el modo en que se agrupaban lo intrigó. Unos estaban arrodillados y otros se inclinaban sobre ellos. René pensó en un herido, en alguien que hubiera muerto de repente. Era evidente que no se trataba de una pelea. Todos se mantenían inmóviles.

Apresuró el paso. Se hallaba a pocos metros cuando una mujer salió del grupo y dijo pasando junto a él: «No vale la pena. Es lo mismo de siempre». René al llegar metió la cabeza entre el grupo y retrocedió espantado.

Con el pecho desnudo, estaba un viejo recostado en una piedra. Dos tipos de rodillas ante él, cada uno con cuchillo en la mano, lo examinaban atentamente. El viejo tenía en el pecho dos puñaladas; aunque René sabía poco de la palidez cadavérica, se dio cuenta de que le quedaban pocos minutos de vida.

De una ventana salió una voz:

—Julia, ¿acabarás de venir?

—Voy, mamá. Lo están rematando.

—No te demores.

—Mamá, falta poco.

En ese momento el viejo preguntó a uno de los tipos:

—¿Por qué no terminan?

Los dos se miraron y dijeron a la vez:

—Ahora mismo.

Habían levantado el brazo dispuestos a dar el golpe final, cuando a uno de ellos se le ocurrió intercambiar los cuchillos.

—Qué idea tienes —dijo el otro—. Mira que hace frío. Acabemos.

—Compláceme.

—Si me pagas la cerveza.

—Prometido.

René se había logrado situar al pie de la ventana. Julia parecía una muchacha de quince años, con una cara que participaba de la madona y de la prostituta. Sus ojos iban de un cuchillo al otro.

—Perdone —dijo René—. ¿Por qué lo van a asesinar?

Julia lo miró extrañada: la palabra asesinar le había sonado como perteneciente a otro idioma.

—¿Qué dice...?

—¿Nadie lo impedirá? ¿El hombre no tiene familiares?

—Claro que los tiene. Esos dos —y señaló a los tipos de los cuchillos— son sus hijos.

—Pero están asesinando a su padre —exclamó René espantado.

—A ellos les conviene —contestó la muchacha—. De lo contrario, no podrían heredar su dinero.

Al oír lo que Julia decía, uno de los hermanos manifestó:

—Tiene una salud de hierro. Ya le hemos dicho que debía morir. Ni mi hermano ni yo podemos esperar más tiempo. Queremos gozar de la vida.

—Ustedes son unos asesinos —gritó René con imprudencia temeraria.

—Él mismo lo quiso —contestó uno de los hijos—. Es su expresa voluntad y la última que lo matemos.

Con precisión matemática hundieron los cuchillos al unísono en el corazón del viejo, que se contrajo violentamente. La rigidez cadavérica fue tomando posesión de su carne.

—¿Acabó? —preguntó Julia.

—Ya, preciosa —contestó el otro hijo.

Alguien observó:

—¡Buen golpe! Pero habría tenido con una sola puñalada.

—La culpa es de este —señaló uno de los hermanos—. Se empeñó en jugar con la carne de papá. Vamos a celebrar su muerte con unos tragos. Págame la cerveza por el cambio de cuchillos.

Los dos hermanos se alejaron cogidos del brazo. El resto del grupo se deshizo. En el lugar del crimen solo permanecía René, como si esperara el turno de ser asesinado. Sus risueños proyectos de súbito se coloreaban con la sangre vertida. Si dos hijos sacrificaban a su padre en medio de una calle con el beneplácito del propio asesinado y de un grupo de curiosos, cabía pensar que la vida a la que aspiraba estaba en contradicción con la que hacían los demás; por lo que él acababa de ver, tales métodos violentos eran usuales en la ciudad y por tanto sería harto difícil conciliar sus proyectos con tal violencia legalizada.

¿Legalizada por quién? ¿Por una persona o por todos? Este podría ser un barrio de asesinos y el resto de la ciudad vivir bajo normas de cordura. Ahora mismo, si un agente de la autoridad pasara por el lugar de los hechos, al verlo junto al asesinado, seguramente que lo tomaría por sospechoso. Sin embargo, no era menos cierto que el crimen se cometió con tanta impunidad que el agente podía pasar sin manifestar reprobación alguna, y hasta aplaudiendo el parricidio.

Tan embargado estaba que no se dio cuenta que ya la nieve casi cubría el cadáver del viejo. Lo sobrecogió la idea de morir en tan siniestro lugar. Trató de sobreponerse, sacó los pies de la nieve, hizo por caminar, pero algo misterioso lo retenía en aquel sitio, acaso la futura aparición del asesino designado para sacrificarlo.

La luz de una linterna le dio en la cara y oyó que alguien decía:

—¡Por fin, Samuel! Creo que es aquí.

Samuel cruzaba la cara de René con la luz de su linterna y confirmaba a grandes voces el descubrimiento a su acompañante.

—¡Ah...! —dijo dirigiéndose a René—: ¿Es usted quien hizo tantas preguntas...?

—¿Pero cómo lo saben? —murmuró René—. ¿Cómo ya lo saben...?

Samuel lanzó una carcajada:

—¡Por sus propios hijos! Somos de pompas fúnebres municipales y nos encargaron darle sepultura al padre. La nevada nos ha demorado y tuvimos que dejar el coche en la esquina.

—Samuel, ya lo encontré —se oyó decir—. Ayúdame.

—¿Tiene mucha nieve encima?

—Trae la pala. No me digas que tú también te has muerto.

—Todavía vivo. Pero este maldito frío. —Y dirigiéndose a René le dijo—: Joven, ¿nos da una mano?

—¿Ese —preguntó el otro riéndose—, que está más muerto que vivo? Y no hace falta: el viejo era más huesos que carne.

—Por eso mismo pesa —opinó Samuel.

Por unos minutos solo se oyó el chapoteo de la pala en la nieve, hasta que el cadáver quedó al descubierto. Samuel, que mantenía en alto la linterna, se la puso de pronto en las manos a René y le pidió que alumbrara el camino hasta el coche fúnebre. Como un autómatas abrió René la marcha, seguido de los dos empleados de pompas municipales que insultaban el cadáver por su ocurrencia de hacerse matar en una noche semejante.

Pusieron el cadáver en el coche. A René se le cayó la linterna y retrocedió: dentro había un joven muerto, con la cabeza aplastada.

—¿Qué te pasó? Dejaste caer la linterna y por poco nosotros dejamos caer al viejo en la nieve.

—¡Hay otro muerto! —balbuceó René.

—¿Y qué creíste que iba a haber? ¿Un hada? —dijo Samuel—. ¿Qué piensa este

tipo que es la vida?

La vida... Esta palabra zumbó en las heladas orejas de René. No solo la carne se tallaba en la escuela, sino también en las calles. Los hijos a los padres, los padres a los hijos. Los hermanos a los hermanos o la suegra al yerno. La danza universal de la carne.

Echó a correr. Con tanto ímpetu que tropezó con un hombre en la calle, y ambos rodaron por la nieve.

—¡Imbécil! Pudo fracturarme la cadera.

Al oír la palabra «cadera», René sintió redoblar su terror. Con gesto implorante manifestó:

—Se lo juro. No quise asesinarlo.

El hombre lanzó una risotada y sacudiéndose la nieve siguió su camino.

René permaneció en el sitio fascinado con la palabra cadera. Lo preocupaba que en el trayecto hasta su casa, no volviera su carne a chocar con otra carne. Era preciso salvar esa distancia sin que ninguna parte de su cuerpo —y mucho menos la cadera— chocara con partes de otros cuerpos. Le parecía que el modo de salir airoso en la carrera de la vida, consistía en evitar la carne de sus semejantes. Pero ¿cómo hacerlo? Tan dependiente era una carne de la otra que se imponía, a cierta altura de la vida, el choque de una con otra, o de una carne con cuatro o diez, con mil o con un millón... Vio su pobre carne chocando contra un ejército de millones de carnes; vio su carne incrustada en otras carnes; vio que, a su vez, él formaba parte del ejército y chocaba contra otra carne solitaria, y que esa carne solitaria se incrustaba en su carne, transformándose en carne-ejército.

Y vio que estaba ante la salida del metro, y que por su boca el metro vomitaba una avalancha de carne. De tal magnitud fue su espanto y tan erizadas de aviesas intenciones percibió esas carnes, que se quedó clavado en el sitio. Y esas carnes no le dejaban libre el paso, sino que cerraban contra la suya. Con gran esfuerzo consiguió pegarse a la pared del pasadizo, pensando inocentemente que al fin preservaba su carne. Y una nueva oleada carnal, proveniente de la calle, inundó el pasadizo chocando con la oleada que salía. Como si fuera de pluma, su carne fue llevada hasta el andén y, en un instante, metida y prensada en un vagón, entre las flácidas carnes de dos viejas.

Al salir a la superficie vio que eran las once. Seis horas había pasado en esa pesadilla. Entró en un bar, se miró en un espejo. Tenía un aspecto siniestro: de la cara le corría un hilillo de sangre; un ojo casi lo tenía cerrado por efecto de una patada. El sobretodo estaba hecho una ruina, en vez de ir al *toilette* para asearse, se quedó mirándose la cara, como si se negara a admitir que la imagen que el espejo devolvía era la suya. Así se mantuvo unos minutos; de pronto se dio cuenta de que lo miraban. Salió del bar precipitadamente.

Caminó hacia una plaza, a media cuadra de su casa. Se recostó en un árbol. Estaba aterido, los dientes le castañeteaban y le dolía la cabeza. Allí no podía

quedarse, pero ¿dónde buscar refugio? Pensándolo bien, esta era la ocasión propicia para alejarse definitivamente de su familia, y comenzar su carrera en la vida. Mas ¿en qué vida? En la de los dos hermanos, en la de Samuel... Al parecer no existía otra. Fue tanto su espanto que casi estuvo por ir derecho a su casa, pero se contuvo. La «vida», según Samuel era, con ligeras variantes, «la vida» según Ramón. Para el uno como para el otro «la vida» se resumía en la «batalla por la carne». Entonces, ¿dónde ir?

Su casa estaba a cien pasos y, tras la puerta, su padre lo esperaba con su cara de Ángel Exterminador. Desde la esquina estaba viendo esa cara. Inconscientemente y como una compensación vio la de la señora Pérez con su máscara de Ángel Erotizador. ¿Sería posible que Dalia lo acogiera? Había luz en su balcón. ¿Sería muy tarde para llamar a su puerta? Para una mujer como Dalia las once era una hora cualquiera. ¿Se acordaría todavía de él? Claro que no lo habría olvidado. Dalia, que siempre lo acogió con interés, que evitó que sufriera un desmayo en la carnicería, bien podía ayudarlo. La puerta del edificio estaba cerrada. No tenía el número del teléfono. Regresó al café y consultó la guía. Llamó. Dalia contestó con su voz aguda.

Envuelta en un peinador color rosa, le abrió la puerta. Al ver el lamentable aspecto de René, la sensitiva señora se consternó, acertando solo a decir, mientras René se desplomaba en una butaca:

—¡Pobrecito!

Se quedó un momento pensativa.

—Lo primero es darse un baño; después curaré tan feos lamparones. Y por último le daré una excelente cena.

Lo hizo pararse, le quitó el sobretodo. René fue a sentarse de nuevo en la butaca, pero ella, tomándolo por un brazo, indicaba el Recamier.

—Allí estará más cómodo. Es un mueble que ya conoce.

Aún en medio de su angustia, René se levantó. En el Recamier también la carne se tallaba y... quién sabe si hasta se trucidaba. Dijo atropelladamente:

—Señora Pérez, me pesa haberla molestado; ha sido un atrevimiento. Me marchó.

—¡Oh! —clamó Dalia—. ¡Qué oigo! Atrevimiento... Pesar. ¿Qué significa ese lenguaje? Entonces, no me estima. En el fondo de su corazón me toma por una extraña.

Gimoteó exquisitamente, con su larga práctica de años de gimoteo.

René se excusó y prometió obedecerla en todo.

—Pues para que me dé una prueba, corazoncito, sígame al cuarto de baño. Le prestaré uno de los pijamas de mi difunto esposo. Conservo todo su ajuar; siempre pensé que de algo iba a servirme. Solo que le estará un poco holgado. Mi marido tenía mucha más carne.

Esta palabra tuvo la virtud de estremecer a René. Se quedó clavado en el pasillo que llevaba al baño.

—Bastará que me lave la cara, señora Pérez.

—¡Ah, ah, queridito! Acaba de prometerme absoluta obediencia. Además, qué es eso de señora Pérez por acá y señora Pérez por allá. Me hace demasiado vieja. Llámeme por mi nombre de pila. Llámeme Dalia.

Ya estaban en la puerta del baño.

—Voy por el pijama. ¿Qué hace ahí parado como un memo? Entre y desvístase. Claro, cierre la puerta.

Unos minutos más tarde René salió del baño vistiendo el pijama del difunto. Estaba espantosamente pálido y el ojo se le había hinchado. Dalia lo esperaba en el comedor con todo lo necesario para curarlo.

—¡Maravilloso, queridito! Es otro hombre. Venga, siéntese. Déjeme ver esos desgarrones. ¿Una riña por faldas, eh?

René denegó con un movimiento de cabeza, con tanta fuerza que salpicó la cara de Dalia. Ella soltó una de sus famosas carcajadas.

—Vamos, no lo niegue, que no le voy a creer. ¿Quién es la afortunada? —Y cogiendo un pedazo de algodón se dispuso a restañar la herida en la mejilla de René.

René movió de nuevo la cabeza y de nuevo salpicó a Dalia.

—Bueno, queridito, no es para tanto... No exijo una confesión en regla. No lo voy a tostar a fuego lento para arrancarle el nombre de su amada. Pero eso sí, mueva menos la cabeza, permítame que lo cure. Tengo que dejar como nueva esa cara.

René se mantuvo inmóvil. Dalia limpió el ojo amoratado. Por espacio de unos minutos solo se escuchó la entrecortada respiración de René y el ir y venir de las manos de Dalia sobre su cara. Ella rompió el silencio diciendo:

—Hace un siglo que no lo veía, corazoncito. ¿Dónde estaba metido? ¿Estuvo mucho tiempo en el campo, no?

Puso por último desinfectante en los moretones y desgarraduras.

—Ahora, a cenar. No se mueva que yo misma voy a ponerle la comida en el pico. Conque una damita..., ¿eh?

René ocultó la cara entre sus manos. Estaba en otro mundo, en el de los dos hermanos y en el de Samuel, en el mundo de Julia. Al mismo tiempo dudaba si contar a Dalia el incidente. A una mujer como ella, que vivía entre mimos y encuentros eróticos, entre perfumes y veladas musicales, desagradaría ciertamente el relato del sangriento episodio.

—Oh, queridito, estoy dispuesta a escucharlo. ¿No soy su fiel amiga?

—Señora Pérez —y la voz de René era un suspiro—, acabo de ver asesinar a un anciano.

La voz se le estranguló en la garganta. Estuvo a punto de sollozar.

—¡Ah, qué niño! Un anciano muerto. ¿Y qué más?

—Fueron sus propios hijos los que lo mataron a puñaladas.

Dalia se echó a reír. Tomó las manos de René y las cubrió de besos.

—¡Ah, qué tranquila me siento! Conque no se trata de faldas... ¡Oh, Dios mío! Un anciano asesinado. ¿Pero solo eso? Oiga, queridito, ¿me está tomando el pelo?

Pues si es nada más que un anciano asesinado, mañana por la noche tendremos todo un espectáculo: es un señor a quien le ocurrirá exactamente lo mismo que al anciano; solo que no va a ser con arma blanca, sino con ametralladora.

Y como de nuevo se echara a reír, René creyó que estaba bromeando.

—Créame. Ha sido algo tan horrible...

—No concibo que se preocupe tanto por algo que carece de importancia. No se hable más del asunto. A comer, y después a la cama, a dormir entre sábanas calentadas.

Se dirigió a la cocina. René llegó hasta el ventanal de la sala, descorrió las cortinas y echó una ojeada a la calle. Se le había quedado lo del crimen que se cometería bajo los balcones de Dalia la noche venidera. Tenía que ser un chiste. ¿Cómo podría conocer de antemano que se iba a ametrallar a alguien? Sin embargo, Dalia se había carcajeado al oír el relato de la muerte del anciano. Una mujer tan sensible no se consternaba sin embargo con semejante tragedia.

—Ah, tesorito, ¿qué hace ahí? —preguntó Dalia que volvía de la cocina—. No es esta noche. Le dije que será mañana. Si le interesa, puede venir a presenciar el asesinato. Y ahora, a cenar. Hay carne fría, jamón, huevitos, café con leche y tostaditas.

René se sentó a la mesa y Dalia le sirvió un trozo de carne fría.

—No, no puedo comer —dijo René—. Por favor: ¿es cierto que mañana por la noche...?

—Claro que sí —exclamó Dalia—. Qué motivos tendría para mentir, queridito. Mañana a las once de la noche liquidarán al señor Nieburg. Creo que usted lo conoce. ¿No lo recuerda entre mis invitados de la velada?

—Nieburg... —exclamó René—. Sí que lo conozco. —Se puso de pie—. ¿No podríamos avisarle que lo quieren asesinar?

—¿Avisarle...? —Y Dalia se mostró muy sorprendida—. ¿Y para qué? ¿Qué nos importa el señor Nieburg? No, déjese de niñadas y póngase a comer.

—Por favor, señora Pérez, llámelo por teléfono, dígame que se esconda.

A Dalia le acometió un violento ataque de risa; las carcajadas le impedían articular palabra.

—Oh, qué niño —dijo al fin—. Escondarse. Sería inútil. Lo van a encontrar aunque se esconda debajo de la tierra.

—¿Cómo supo lo de Nieburg?

—Powlavski, ¿lo recuerda, queridito?, el judío joyero que también asistió a la velada musical, me llamó por teléfono para decirme que mañana al viejo Nieburg...

—¿Powlavski no es amigo de Nieburg?

—Íntimos, tesorito, íntimos. Fue testigo de su boda.

—Entonces, más razón para advertirlo. Son amigos del alma.

—Del alma, queridito, no del cuerpo —contestó Dalia, acariciándole el pelo—. Mañana la carne de Nieburg, rígida y helada, proporcionará una bonita suma al señor

Powlavski. Casi he declamado una oda. No hablemos más de Nieburg y Powlavski y ocupémonos de nosotros.

Llevó a René al Recamier, apagó la luz del techo, encendió una lámpara de luz roja y se sentó junto a él.

—¿Se siente mal, corazoncito? Abra su boquita y dígame qué pena lo aqueja.

René no contestó.

—Si no se siente bien le daré un cordial.

Fue al comedor, volvió con una botella de coñac y una copa, y sirvió un trago.

—Tome. Se sentirá mejor. El coñac, la luz roja y mi humilde persona terminarán por curarlo.

El sabor del coñac le recordó su primera entrevista con Mármolo. Miró a Dalia y fue como si lo estuviera viendo: jupiterino, macizo, implacable. Algo percibió Dalia de la impresión de René, y para darle un rotundo mentís a lo que él imaginaba, se tendió en el sofá, le echó los brazos al cuello y pegó su cara contra la de René.

—Tesorito, está muy necesitado de cariño y de calor —y a medida que hablaba iba poniendo sus muslos sobre los de René—. Si cultiva mi amistad verá qué excelente maestra soy de la carne. La suya está pidiendo a gritos calor.

Dalia también tenía que ver con la carne. No era una maestra como tantas, sino toda una directora de escuela. De modo que la carne femenina también se tallaba. Ella subió la manga derecha de su peinador y le enseñó el brazo izquierdo desnudo.

—Él solo es capaz de comunicar tanto calor a su carne como si la pusiera en un calentador.

Uniendo la acción a la palabra, lo dejó caer sobre el pecho de René con la suavidad con que reptaba una serpiente. La mano, semejante a la cabeza de la serpiente, empezó a pasar sus dedos por la piel.

—¡Por favor, quíteme el brazo! —gritó René en el colmo de la exasperación.

—¿Es todo lo que puede resistir?

Sin contestar a su pregunta, René le hizo una:

—¿Es directora de la escuela?

—¿De qué escuela, tesorito? No soy maestra ni directora de ninguna escuela. Solo soy maestra en la carne.

René estuvo a punto de decir que existían escuelas en las que se tallaba la carne, y se contuvo al pensar en las constantes represalias de Ramón. De cualquier modo la señora Pérez, si bien no pertenecía a ningún plantel de enseñanza carnal, prácticamente ejercía el magisterio. Por dos vías antitéticas como dolor y placer, se arribaba a una desoladora verdad única: que la carne era el motor de la vida. Sin la carne no había vida posible. Ninguna diferencia había entre la horrible carne de Cochón, lamiendo la endurecida de René, y la perfumada de Dalia, en actitud de dulce gladiadora que estudia el golpe definitivo que dar a su adversario.

Ella lo miraba con profunda expectación. Si no quería perder la presa, tendría que poner en juego otros encantos. Sin duda el jovencito resultaba de carne dura, y lo

peor: de una carne que pedía enseguida tregua. El asunto empezaba a interesarla vivamente. Al principio lo tomó como un pasatiempo, pero no todos los días se encuentra una carne tan trémula. Así era: carne trémula. Qué delicioso sonido hacía la palabra «trémula», qué color y transparencia había en esa «carne trémula». De nuevo dejó caer el brazo sobre el pecho de René. Experimentó un estremecimiento delicioso. Sin embargo, sentía el pecho fofo, flácido. Su brazo se hundía y resbalaba entre las tetillas. «Alcohol», se dijo Dalia. «Alcohol para que esta carne se endurezca, y endureciéndose, funcione». Cogió la botella y llenó la copa de René.

Esta vez él se tomó el coñac hasta el fondo. Qué cosa singular: la señora Pérez brindaba coñac para endurecerlo, y con él lo habían frotado en la escuela para ablandarlo. Según el caso, la carne se relajaba o se endurecía. Sin embargo, no le parecía del todo desagradable. Si el coñac le quemaba las entrañas, su mente se perdía al mismo tiempo en una bruma dorada y tibia. Dalia, como sumando sus empeños a los del alcohol, le apretaba las caderas con las piernas, y sus brazos se enroscaban alrededor de su cuello, y su boca se pegaba contra la suya. Cuando vio salir la lengua de Dalia dispuesta a lamerlo, o al menos eso creyó al evocar la escena de las lenguas lamedoras de la escuela, René estuvo a punto de levantarse del sofá. Pero en un segundo Dalia se hizo cargo de la situación. Dejar que René con sus timideces de doncella se levantara o se pusiera a gritar era perderlo todo. Pediría, con cara hosca, sus ropas y se marcharía, dejándola con la miel en los labios, y ella no se lo iba a permitir; por algo era una maestra de la carne: René no se saldría con la suya. Apretó aún más fuerte con brazos y piernas y, sin pérdida de tiempo, metió su lengua en la boca de René. Su cuerpo se estremeció, se arqueó un tanto y finalmente percibió que las carnes de René se iban endureciendo con lentitud. Ya no era una masa desarticulada lo que estaba debajo de su cuerpo también endurecido. Entonces retiró sus manos del cuello de su víctima, apagó la lamparilla y empezó a quitarle el pijama. René vio una mordaza, vio las frías tinieblas del aula... Después de todo, esto era casi idéntico a su primer día de clases.

Lo despertó el timbre del teléfono. Su despertar se parecía notablemente al primer despertar en la escuela: gusto amargo en la boca, dolor de cabeza... Oyó la voz estridente de Dalia y se cubrió la cabeza con la frazada. Hubiera querido estar a mil kilómetros de esa voz. Se marcharía ahora mismo de su casa. Estaba harto de escuelas y de maestros.

Sacó la cabeza de la frazada y se sentó en la cama. Estaba en el dormitorio de Dalia. Alzó la vista: un angelito de loza colgaba de la lámpara. En ese momento entró Dalia en el dormitorio.

—¡Ah, queridito, qué cara tan cómica! ¿Durmió bien? —Y se inclinó para besarlo.

René apartó la boca.

—Ahora mismo me voy.

—Nadie se lo impide, corazoncito. Vaya y vístase. Cuando esté presentable me

encontrará sentada al piano cantando *La mañana te sonrío*.

René se dirigió al baño. Al pasar por el *hall* vio, a través de los cristales, la nieve amontonada en el patio y recordó la muerte del viejo. Tan vívida fue su evocación que inconscientemente abrió una persiana y echó medio cuerpo afuera, como si tratara de salvar a alguien. Una corriente de aire helado irrumpió en el corredor y llegó hasta el salón. Dalia dio un grito y comenzó a quejarse de que pescaría un resfriado y no podría cantar por una quincena en sus veladas. René cerró la persiana. Pero todavía se quedó un momento con la cara pegada a los cristales. Un perro saltaba en la nieve y hundía el hocico como buscando un hueso.

Entró en el baño. Dejó correr el agua del lavabo y empezó a lavarse la cara. Estaba tan embotado y tan pegajosa tenía la piel, que decidió darse una ducha. Se quitó el pijama, las zapatillas. Por un instante sintió tal euforia de la futura delicia del agua, que estiró brazos y piernas repetidas veces.

La cortina de la bañera estaba corrida. La descorrió de un tirón y se metió de un salto. Sus pies se hundieron en un agua helada, y tropezaron contra un objeto duro. Dio un salto y salió tiritando. Cogió la toalla y, friccionándose, echó un vistazo al interior. Pegado al fondo de la bañera, boca abajo, estaba un cuerpo humano. Dalia podía permitirse toda suerte de excentricidades, y tembló ante la idea de que, como ese cadáver, también él podría ir a dar al fondo de la bañera. A través del agua enturbiada, le pareció tan joven como él. Prendió la luz y lo contempló. Por lo menos había una marcada diferencia entre ambos: el cadáver no tenía ni un cabello. Si se atreviera a tocarlo, esa carne rígida no sería más repugnante que la de Mármolo y compañía. René sentía deseos de ver la cara del cadáver, y no se atrevió a tanto. En cambio, metió la mano en el agua helada y tocó primeramente la cabeza y después la espalda. Qué curioso. La carne era tan rara. Ahora parecía cualquier cosa, menos carne. Recordó haber visto la de un ahogado, blanda y fofa. Volvió a meter el brazo y volvió a tocar la espalda. Llevó la mano a los hombros, después a la nuca. En el fondo de esta exploración alentaba el deseo de voltear el cadáver y verle la cara. A cada tacto, la carne resultaba menos carne. La mano avanzó por la nuca hasta tocar la oreja. Y en un raptó cogió con ambas manos las orejas y levantó en vilo el cadáver. Tenía que verle la cara. Entonces el cuerpo cayó con estrépito en el agua y René se quedó con una oreja en la mano.

Asqueado ya iba a tirarla, cuando advirtió que la oreja estaba pegada con un pedazo de tela adhesiva negra. Fue abriendo lentamente la mano: la oreja era como la de un niño, o no era propiamente una oreja, sino más bien una especie de voluta. La apretó, y esa voluta se fragmentó en pedazos de material plástico. René tuvo ganas de echarse a reír. El siniestro cadáver se había transmutado en un maniquí. Que Dalia fuera una homicida tenía cierta lógica, pero sumergir en una bañera un muñeco constituía el colmo del disparate. Bien pensado, se dijo que era preferible haber encontrado un maniquí que un cadáver. Este pensamiento le devolvió los colores y hasta lo alegró. Soltó los pedazos de la supuesta oreja, volvió a meter la mano y,

desarticulando un brazo, lo sacó de un violento tirón. Lo puso luego sobre el inodoro, se agachó, y al fin levantó el muñeco para verle la cara.

La risa se heló en sus labios. La cara del maniquí era su propia cara. Lo dejó caer de nuevo en la bañera. El parecido era impresionante: su misma boca, sus mismos ojos, sus mismas cejas, su misma nariz. Salió del baño como una tromba en busca de Dalia.

Ella hacía volar sus dedos sobre el teclado; de su boca salían trinos y gorgoritos. Ejecutaba *La mañana te sonrío*, poniendo toda su alma. Tan absorta estaba en la ejecución, que no vio a René, pero un terrible «Señora Pérez» la obligó a suspender el canto.

—¡Oh, si está desnudo! Corazoncito, pescará un resfriado. ¿Ha visto un fantasma en el baño?

De pronto recordó que había metido el maniquí en la bañera para lavarlo y que una visita matinal le impidió hacerlo. Imaginó el estupor de René y, viéndolo con una cara tan patética, se echó a reír como una loca. «Es tan solo un muñeco», decía entre carcajadas.

—Es mi doble —gritó René con voz estrangulada—. También usted tiene mi doble.

—Pues claro que es su doble —contestó ella con desfachatez—. Qué iba a hacer si no podía tenerlo a usted en carne y huesos.

Arrancó unos acordes al piano, como dando a entender que el asunto no tenía importancia. Finalmente, dejó caer la tapa y se acercó a René.

—¿Sabe una cosa, queridito? Me salió muy barato. Lo compré en una tienda de artículos para caballeros, que cerraba el negocio por quiebra. La cara la pinté yo misma, ayudada por mis propios recuerdos. No diré que soy una artista, pero lo esencial de su cara está en él.

—Entonces todos tienen mi doble. Mi mismo padre...

Dejó la frase trunca. No tenía por qué relatar a Dalia las sordideces de su casa y de la escuela. Además, tales confidencias, de enterarse Ramón, le costarían nuevos terribles disgustos. Echó a andar hacia el baño. Dalia lo siguió. Al pasar junto a una butaca, cogió una manta y se la echó sobre los hombros.

—No quiero que se me resfríe, corazoncito —dijo con voz arrulladora—. Haremos pedazos ese maniquí que tanto lo disgusta. Si está en la bañera es a causa de lo cochino que estaba. Cochino, cochinísimo.

En el baño Dalia quitó el tapón de la bañera. El maniquí se movió grotescamente.

—Solo yo sé las veces que he dormido abrazada a este muñeco —confesó de pronto.

—¿Abrazada? —repitió René con extrañeza.

—Abrazadísima. Pidiéndole con lágrimas. Pasando mis ardientes dedos por su sedosa cabellera.

René retrocedió. El muñeco se movía con mayor velocidad y dejaba oír unos golpecitos al chocar contra las paredes de la bañera. De nuevo vio la reluciente calva, que alternativamente aparecía y desaparecía en el agua.

—¡Pero si es calvo! —exclamó sorprendido.

—Tiene su peluca —dijo Dalia, riendo estruendosamente—. La hice yo misma con estos dedos que se comerá la tierra. —Y mostraba sus afilados dedos con las uñas primorosamente pintadas.

El agua formaba espirales en el desagadero, dejando oír chasquidos como besos. El maniquí parecía un barco encallado, encima del cual volaba una mosca. Dalia lo contemplaba amorosamente. Se agachó, lo cogió por los pies y lo sentó en el reborde de la bañera. Con una toalla comenzó a secarlo.

—Me lo ha arruinado, queridito. Le arrancó un brazo e hizo añicos una de sus adorables orejitas.

Quedó un momento sumida en una deleitosa evocación.

—Una orejita que yo tanto quería. No se enfade si le digo que una noche se la arranqué de un mordisco.

René se tocó las orejas. Le pareció que Dalia abría la boca y se ponía tranquilamente a mordisquearle las orejas. Caminó hacia la puerta, y Dalia lo atajó:

—Caballerito, no sea descortés. Ayúdeme a poner en pie a su otra persona.

Pero ya René salía del baño. Dalia dejó el maniquí sobre una silla y alcanzó a René en el pasillo:

—Lo guardaré todo. El muñeco lo envuelvo en celofán; la peluca en su cajita y a Fifo en su estuche de terciopelo.

Este nombre hirió desagradablemente los oídos de René. ¿Fifo era un doble más, con su propia cara, perpetuada en el lienzo o en el yeso, en el cartón o en algo infinitamente más siniestro?

Habían llegado al ascensor. Dalia le dio el sobretodo y los guantes. Se quedaron mirándose fijamente. La cara de René parecía a punto de estallar en mil pedazos. Se metió en el ascensor. Pero no podía marcharse de esa casa siniestra sin saber quién era Fifo.

Cuando preguntó bruscamente a Dalia, ella tuvo un violento acceso de risa. Se representó el sexo de goma convertido en un segundo doble de René. Al mismo tiempo que reía se sentía turbada. No sabiendo cómo salir del paso, se embrolló en una confusa explicación:

—Fifo es el doble de su otro yo.

Y lanzó una carcajada.

—Señora Pérez, no entiendo.

—Adivínelo —dijo sin dejar de reír.

Y para que René no hiciera más preguntas apretó ella misma el botón del ascensor.

La carne de gallina

Solo, absoluta, absolutamente solo en el ascensor. ¿Solo...?

El ascensor se detuvo en un piso y entraron cuatro personas conversando con animación. Si eran cuatro seres humanos, René los vio como cuatro maniqués, dobles de su propia persona. Aunque en el grupo había dos mujeres, las creyó igualmente encarnaciones de sí mismo. Y los cuatro «René» lo miraban burlonamente. Sin duda obedecían a una consigna y sin duda andaban en algo que se relacionaba con él.

Con voz desafiante dijo que doblar a un ciudadano constituía un delito de lesa patria, y que nada en el mundo justificaba el doblaje que hacían de su persona. Uno de los hombres, un anciano, como creía habérselas con un loco, trató de contemporizar. En parecido ni constitución física ninguno de ellos podría ser doble de un joven como él; a lo que René, casi gritando, contestó que mentía descaradamente, y que si querían entenderse con él, debían empezar por recobrar su verdadera personalidad. El anciano, convencido de que se hallaba ante un loco, dijo que en efecto habían sido pagados para doblar al señor; que sabiendo que se encontraba en ese edificio, se presentaron con el fin de confundir a los asesinos en caso de un atentado.

René palideció. Con voz desfallecida musitó:

—¿Un atentado contra mí?

—¿No lo sabe? —exclamó el anciano, y tuvo que hacer un esfuerzo para no reír—. Muy pronto le harán un atentado; por eso la persona interesada en salvarle su vida paga una crecida suma a quien acepte hacer de su doble. A nosotros nos hacía falta dinero.

—¿Ese tipo es mi padre? —preguntó René medrosamente.

—Qué sabemos nosotros si es su padre o su tío... —dijo burlonamente una de las mujeres—. Averígüelo.

—Nosotros bajamos, ¿y usted? —habló de nuevo el anciano.

—¿Qué hago? —preguntó René consternado, saliendo del ascensor.

—Búsqese otro doble. Nosotros vamos a cobrar nuestro dinero.

Y el anciano cerró la puerta.

De este grotesco incidente René retuvo dos cosas: la primera, que en su ofuscamiento por lo del maniquí de Dalia se había atrevido por primera vez a apostrofar, sin la menor razón, a personas que ni siquiera conocía. Si no los vio como tantos dobles de sí mismo, lo que solo habría sido posible en estado de locura y René estaba bien cuerdo, al mismo tiempo los «vio» como dobles, porque necesitado de una descarga, cualquier expediente le resultaba válido. En un mundo irregular como en el que vivía, en el mundo de Samuel y de los hermanos, de Mármolo y Cochón y de su mismo padre, la agresividad (en todos sus niveles) y la violencia, en cualquier magnitud, constituían normas de conducta ofensivas y defensivas para abrirse paso.

La segunda cosa que retuvo fue lo del atentado. En distintas ocasiones Ramón le había dicho que tendría que encarar la vida desde el punto de vista del atentado. Que desconocidos en un ascensor se lo recordaran era una confirmación y hasta una saludable advertencia. Sin duda ellos participaban, en la forma que fuera, de «la vida»; cuanto puede ser atentatorio, les resultaba familiar. Estaba claro que le habían gastado una broma, pero habían elegido como objeto para hacerla el atentado y la elección constituía la confirmación rotunda del estado general de las cosas. Entonces no había escapatoria posible.

Volvió al ascensor y marcó la planta baja. Se sentía dispuesto a enfrentarse con Ramón. Si la trashedada podía costarle cara, a lo mejor Ramón lo felicitaba por su «hazaña» al pasar una noche entera en el aprendizaje de la carne.

La puerta de su casa estaba abierta y esto lo extrañó. Primera vez que ocurría. Para mayor extrañeza, estaba abierta de par en par. Algo, de grave importancia, debió de ocurrir durante su ausencia. Al parecer ese algo cambiaba profundamente la conducta de Ramón, como para hacer posible que la puerta abierta de par en par proclamara que en adelante sus moradores cesaban de ocultarse y temer.

René entró, cerró la puerta y atravesó la sala. Fue al cuarto de su madre. Ella no estaba. Pasó por el suyo dejando sobre la cama el sobretodo y los guantes. Fue al cuarto de su padre y lo encontró vacío.

Pasó por el comedor y la cocina y los encontró desiertos. Solo quedaba por explorar la «oficina». Para su sorpresa, la puerta estaba entornada. Aunque su padre estuviera en la «oficina», nunca dejaba de cerrarla. Se quedó mirándola fijamente un momento, cuando creyó oír la voz de su padre. Cosa desusada en un hombre como él, tarareaba una canción. Si resultaba insólito, al menos era la voz de su padre. No había que esperar ni un minuto más para el enfrentamiento. Tocó en la puerta, y la voz dijo:

—Adelante.

Le pareció rara la palabra. Su padre nunca empleaba esa palabra. René había esperado un «entra» seco y cortante, con la voz que su padre sabía emitir cuando debía arreglar cuentas con él. El «adelante» sonaba a todo menos a reproche o conminación.

Cuando acabó por entrar, su padre estaba en el sillón de dentista, y en vez de mantenerse, como era su costumbre, enhiesto, se hallaba con las piernas encaramadas en los brazos del sillón. En una mano tenía una botella, la que de cuando en cuando se llevaba a la boca. René no acertó a pronunciar una palabra.

Ramón lo miró de arriba abajo y puso la botella en el piso. Bajó las piernas de los brazos del sillón e, incorporándose, con gran trabajo dijo:

—Supongo que eres René.

De las diversas poses que su padre adoptaba para amonestarlo, la del sarcasmo resultaba la más irritante. René prefería que se mostrara insultante o agresivo. Para colmo el método del sarcasmo requería un desarrollo lentísimo. Ramón comenzaba a hacer preguntas estúpidas que, a medida que se prolongaban, se iban complicando en

su estupidez hasta hacerse sencillamente intolerables. Además, tales preguntas lo obligaban a dar respuestas igualmente estúpidas. Se dejó caer en una silla y contestó:

—Supongo que soy René.

—No estoy aquí para oír vaguedades. Necesito saber si usted es René, el hijo de Ramón.

René dio la callada por respuesta; estaba decidido a resistir mediante el silencio. Entraría en el juego, pero absolutamente mudo. Apretó los labios y puso los ojos en el techo. El interlocutor se levantó, se acercó, y cambiando el tono agresivo por el persuasivo, dijo:

—Haga el favor, no sea tan descortés. Sobre todo no perdamos el tiempo. Si no es René, si es un criado de la casa o simplemente un visitante, dígalo. Tengo órdenes de llevar a René a un lugar. Hace dos horas que espero su llegada. Me he sentado en todos los asientos de esta casa y por fin me quedé en este sillón.

René se dijo que el sarcasmo comenzaba a adquirir proporciones gigantescas.

—Esta comisión será la última de mi carrera. Estoy obligado a retirarme. Cultivaré la tierra. Pero antes, y precisamente por ser esta comisión de gran importancia, debo llevarla a término feliz.

Su padre proseguía hablando y René lo escrutaba. Físicamente era Ramón, desde la punta de la cabeza hasta los dedos de los pies; la voz era su misma voz, y sus movimientos los de su padre. Pero moralmente no era Ramón. Él nunca se emborrachaba ni dejaba abierta la puerta de su casa, ni muchísimo menos la de la «oficina». ¿Cuál era entonces la finalidad de la comedia? Si él era un instrumento en manos de su padre, la comedia estaba fuera de lugar. Acaso ya su padre conocía sus pretensiones de independizarse. A lo mejor esta presunción era cierta, y por eso Ramón había armado la comedia del sarcasmo. Cogiéndole la cabeza entre sus manos, observaba su cara con detenimiento innecesario.

—Si juzgo por el aire de familia, juraría que usted no es de la carne de Ramón. — Dio una patada en el piso como significando impaciencia—. Es el caso que no puedo limitarme a meras suposiciones. En la precipitación de los acontecimientos no hubo tiempo de darme ni una foto suya. Me dijeron: «Traiga a René, no se demore. Escoja el camino más corto».

Estrelló la botella contra la pared, dijo unas palabrotas y se dejó caer en el sillón. René pensó que era inútil seguir callando. De proseguir en su mutismo, el juego del sarcasmo nunca terminaría. Por supuesto, no contradiría a su padre: había que combatirlo con sus propias armas.

—Soy René, el hijo de Ramón. Hijo de la carne de Ramón, aunque usted afirme lo contrario.

—¡Bravo, muchacho! Así se habla.

Salió del sillón y le plantó a René un sonoro beso en la frente.

—Si no te decides a hablar, no sé de qué hubiera sido capaz. Ya estaba perdiendo los estribos. Felizmente te identificaste. Solo me queda llevarte al lugar señalado. Me

han prohibido que revele el lugar. Me dijeron: «Tráiganos a René sin decirle dónde lo lleva».

—Pues me niego a seguirlo, si antes no me revela el lugar —dijo René mirándolo fijamente.

—No puedo —gritó Ramón exaltándose de nuevo—. No puedo revelárselo, así como no puedo revelar lo que le aguarda. ¿Me entiende? Órdenes son órdenes, jovencito. El Partido no se anda con chiquitas.

René señaló el cuadro de san Sebastián.

—Ese soy yo plasmado en la tela. Puede llevarlo en mi lugar.

Si Ramón quería juego, juego iba a darle por todo lo alto. Verdad que se sentía a dos dedos del desplome, pero como no estaba en su voluntad hacer cesar el juego, al menos que su padre supiera que se las estaba viendo con un poderoso adversario. Ahora más que nunca se sentía decidido a poner tienda aparte; su plan de trabajo y de estudio no se convertiría en una quimera más. Cuando a su padre se le antojara dar por terminada la comedia, iba a contarle la verdad de su decisión.

—Lo siento mucho —dijo Ramón quitando sus ojos del cuadro—. Me han dado órdenes de llevar al René de carne.

—Yo lo siento más —replicó René—. Si no dice dónde me llevará, tendrá que volver con las manos vacías.

Si su padre se proponía repetir el episodio del viaje en tren, no lo iba a lograr. Sería preciso que lo atara como un fardo, porque él no iría por sus propios pies. Por fin se presentaba la ansiada coyuntura. Conocía bien a Ramón; paso a paso, su ira subiría de punto. Entonces vería quién de los dos gritaba más alto. Pensó que hasta la tranocheda serviría a sus propósitos de liberación.

Pero Ramón adoptó la actitud del suplicante. Unió las manos, al parecer derramó varias lágrimas, sacó un pañuelo y se enjugó:

—Si por un momento adivinara lo que le espera, no estaría así. Por lo que más quiera en el mundo, obedezca. Por su bien se lo digo.

—Pues menos aceptaré —dijo René lanzando un fuerte suspiro, que podía ser de desánimo o de burla—, sin conocer lo que me espera. No me moveré de esta casa. Estoy harto de sus eternos misterios.

—¿Cómo puede afirmar tal cosa si nunca hemos cruzado una palabra? Es la primera vez que lo veo en mi vida.

Bajó la cabeza y pareció reflexionar.

¿Podía revelar acaso a este obcecado chiquillo que Ramón había sido asesinado por la mañana y que su cadáver estaba en una casa segura, en las afueras de la ciudad? Para colmo haberlo elegido a él, cuya profesión consistía en hacer de doble de Ramón, copia tan acabada del modelo, que hasta el hijo creía estar ante su propio padre. Por más que se cansara de repetir que era el doble de Ramón, René no lo creería. Pero en relación con esto, aunque el malcriado muchacho jurara que el doble realmente era su padre, las relaciones entre ambos resultaban difíciles y poco

cordiales. Desde el primer momento de la entrevista, había advertido una hostilidad declarada de parte del hijo; y tal vez esta hostilidad le impedía, en cierto modo, darse cuenta de que no estaba en realidad frente a su padre. De cualquier manera, y poniendo aparte lo poco que le interesaba que ellos se odiaran, el tiempo pasaba mientras trataba infructuosamente de llevarse a René. Para colmo de males, Alicia, cuya presencia en la casa habría facilitado las cosas, había sido gravemente herida en el atentado a Ramón.

La voz de René vino a sacarlo de tales cavilaciones. Era una voz blanca, como del que nada importa en la vida:

—No voy a ceder. Aflojaré cuando usted afloje.

—Se me está acabando la paciencia, joven. Póngase el sobretodo. No queda tiempo que perder.

—Tenemos todo el tiempo por delante —contestó René con una calma espantosa.

Vio cómo se retorció las manos y pensó que su padre era un gran actor.

El otro percibió en la mirada de René y en el acento de su voz una frialdad tan decidida, el ánimo de no acatar su orden de seguirlo, que resolvió echarlo todo por la borda declarando su verdadera personalidad.

—Para que vea mis buenas intenciones, voy a revelar algo de suma importancia.

—Por fin va usted a revelarme algo —dijo René con sorna.

—Se quedará helado con mi revelación —dijo sonriendo misteriosamente—. Más vale ponerse el sobretodo. Verá cómo empieza a tiritar. Ya lo oigo suplicarme, castañeteando, que lo lleve al lugar.

René creyó que las cosas se complicaban. A semejanza de los ilusionistas que de un sombrero de copa sacan una paloma, su padre mostraba en sucesión vertiginosa nuevas habilidades. Al juego del sarcasmo seguía el de las revelaciones, que caerían como agua helada sobre su no menos helado ánimo. Oyó que la voz del otro temblaba.

—Yo no soy Ramón... —En la garganta la voz se le quebró y no pudo continuar. Se veía al final de su carrera infringiendo una consigna; su situación era tan anormal que no tenía la menor idea de cómo descubrir a René su verdadera personalidad. Para mayor confusión lo escuchó decir:

—Ahora es usted el que ignora quién es.

—Sé muy bien quién soy y se lo voy a decir —gritó rojo de vergüenza.

—Espero entonces la metamorfosis —replicó René, con tal insolencia que temió que su padre le diera una bofetada.

—Búrlese. Me tiene sin cuidado. Lo que me interesa es convencerlo —y dio un terrible puñetazo en la mesa—. Oiga bien esto: hace treinta años que soy el doble de su padre —y de nuevo la pesada consigna cayó sobre su boca como una mordaza. A cada palabra que dejaba escapar veía deshecho su prestigio dentro del Partido.

En la mirada de René no había el menor asomo de estupefacción. Le parecía tan natural que su padre echara mano al recurso del doble: una muestra más de su

habilidad en el juego. Sin embargo, intentaría pararlo: sentado en el sillón, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. El otro le pidió que no se durmiera e insistió en la revelación de que era el doble de su padre. Un poco más y se vería obligado a revelar que ya Ramón no existía. Miró el reloj. Eran las dos de la tarde y los jefes seguían esperando por René. Haber escapado en la vida de tantos peligros y caer al final en las redes de un muchacho. No tenía ningún documento de identidad que confirmara la revelación. Una copia del de Ramón era el único que poseía. ¿Confiarle a René su verdadero nombre? ¿Para qué? Si lo habían llamado Ramón durante treinta años, qué podía ya hacer con su verdadero nombre.

El tiempo pasaba. No podía permanecer como un tonto sin discurrir algo. Si la revelación de su verdadera identidad no surtía efecto, entonces resultaría preferible y más efectivo proseguir el doblaje de Ramón.

—Basta de bromas, hijo mío. Veo que no te convence la triste historia del doblaje. Hiciste bien en tomarla como engendro de mi fantasía. Sabes que soy tu padre. En marcha. Se hace tarde. Tu madre nos espera. Abrígate que hace un frío del demonio.

La respuesta de René lo sumió en nuevas y terribles confusiones.

—¿Así que ahora se hace pasar otra vez por Ramón? Sin embargo, ¿no piensa que puedo tomarlo por doble de mi padre?

—Te juro que soy tu padre —exclamó con voz suplicante. Y advirtiendo que concedía demasiado énfasis a su paternidad, añadió en tono festivo—: Tu papito —y se rio—. Vamos, en busca de mamita. Ahí tengo el pupú que nos llevará rapidito.

De modo que el fingimiento de su padre, pensó René, podía llegar hasta la payasada. Pero de cualquier manera sentía cierta admiración ante su destreza en el juego. Él tampoco se quedaría corto. Se haría más y más el sueco. Aceptaría el paseo en el pupú. Era un simple cambio de decorado y la comedia proseguiría desarrollándose en la carretera. Fue a buscar su sobretodo. Ramón lo siguió. Respiró hondo. Había estado a dos dedos del fracaso. La vida tenía esas sorpresas: pasar treinta años doblando a Ramón y, en el momento más crítico, tener que descubrir el juego. Pero la culpa no era enteramente suya: había sido formado en la alta escuela, en la que las órdenes debían ser acatadas sin replicar. Le habían dicho que fuera en busca de René, sin aclarar si en su habitual papel de doble de Ramón o en el de su verdadera identidad. Además, en todo esto existía un contrasentido: se presentaba ante René como un ciudadano cualquiera, y al mismo tiempo con el porte, cara, voz, trucos, manías y actitudes de Ramón. No se dobla impunemente a alguien durante treinta años. ¿Querían los jefes que de pronto se despojara de todo eso y apareciera ante los ojos de René como el lejanísimo Martín García de cuando tenía veinte años? Poco debía importar a los jefes que, haciendo de jueces, le reprocharían amargamente su tardanza. Sabía muy bien que su carrera terminaba con el asesinato de Ramón, y por eso mismo se iba a dar el gusto de decirles que, en ocasiones como la presente, sus métodos eran una peligrosa arma de doble filo.

Salieron como una exhalación. Dejaron el centro de la ciudad y tomaron por una

avenida. El doble forzó la marcha, y René recordó la carrera en el auto de Mármolo. Algo muy grave estaba ocurriendo cuando su padre manejaba a tal velocidad. Los efectos del alcohol se habían esfumado. El hecho de que Alicia los esperaba le parecía una excusa. O tal vez su madre había sufrido un accidente. El dolor lo sobrecogió y miró a Ramón interrogante. Él no se dio cuenta: manejaba mirando fijamente la carretera. Volvió René a mirarlo, con igual resultado. Pensó en lo que su padre dijera del doble; estuvo por tocar el asunto, y no lo hizo porque le pareció inútil. Su padre emplearía una nueva artimaña y las cosas se tornarían más oscuras de lo que estaban. Así pues, dejó de mirarlo, y se limitó a contemplar la carretera.

Habían dejado atrás uno de los puentes colgantes de la ciudad y estaban en pleno campo nevado. Casas, árboles, animales, hombres, se confundían por obra de la velocidad. El contador marcaba ciento ochenta millas. De pronto el hombre hizo un movimiento brusco con la cabeza: el sombrero se le cayó y dejó el pelo al descubierto. René lo cogió, y mientras dudaba si dárselo o ponerlo él mismo en la cabeza de su padre, visualizó en un brevísimo instante la peluca del maniquí de Dalia. El pelo que estaba viendo, ¿sería en realidad el de su padre o sería una peluca? Un doble no tiene necesariamente que ser calvo, pensó, y también que podía serlo. Para cerciorarse, como si fuera a encajar el sombrero, asió los cabellos y tiró fuertemente. El doble lanzó una palabrota. Bastaba con la prueba: se trataba de los verdaderos cabellos de Ramón. O no, porque podían ser los verdaderos cabellos de un doble cualquiera. Entonces, con ironía que se le antojó magistral, dijo a Ramón:

—Un hijo pide a su padre sus más rendidas excusas.

La confusión y el terror volvieron a posesionarse de él al oír la respuesta:

—Cuando el padre puede oír las excusas de su hijo, eso está bien. Sé qué podría decirme: «ver para creer...». Ya verá. Estamos a punto de llegar.

El auto entró por un estrecho camino oculto y se dirigió hacia las luces de una casa, alejada de la carretera. Pronto estuvieron ante una construcción de techo muy bajo cubierto de nieve. El doble tocó el claxon y apareció un hombre con una linterna. La nieve obstruía casi por completo el caminito de acceso; el hombre avanzaba hacia ellos con dificultad. El doble sacó la cabeza y gritó si dejaba el auto allí mismo o lo metía en el garaje. El de la linterna repuso que se bajara. Que los estaban esperando, y él guardaría el auto. Hundiéndose en la nieve salvaron los pocos metros que los separaban de la casa. El viento silbaba con furia y los copos les daban en la cara. Pocas veces había sentido René un frío tan grande. Sin embargo, apenas tuvieron que aguardar ante la puerta. Como si alguien hubiese estado espiando la llegada, la puerta se abrió no bien pusieron los pies en el portal.

Entraron en una sala pequeña y caldeada. La persona que abrió la puerta ya no estaba allí; en su lugar apareció una muchacha que se encargó de los abrigos. René estaba desconcertado: esperaba encontrar a su madre, y dijo al doble que le extrañaba que Alicia no hubiera salido a recibirlos. El tipo se limitó a sonreír. Como por arte de magia apareció un hombre de unos sesenta años, hizo a René un saludo ceremonioso,

lo cogió por la mano y le dijo que lo siguiera. René volvió la cabeza hacia el doble: estaba en un extremo de la sala besándose con la muchacha. René hizo un esfuerzo para librarse de la mano que lo aprisionaba, pero el hombre no la soltó, y en su lugar le dijo:

—Está en el sótano.

Y fue como si en el «está en el sótano» estuviera sobrentendido «su padre está en el sótano». Por fin cobraba René conciencia de que el tipo le había dicho la verdad. No era Ramón, era su doble. Entonces no era su madre quien lo esperaba en el sótano, sino Ramón. En el sótano quería decir «una comedia más montada por su padre». Ya estaba acostumbrado a ellas. Sin embargo, las palabras del doble: «Eso está bien cuando el padre puede...», permanecían y lo inquietaban. Mientras caminaba con el viejo, que no le soltaba la mano, la mente se le volvía un volcán. Atravesaron dos cuartos y llegaron a la cocina. El viejo levantó una trampa y René pudo ver una escalerilla de hierro. En el fondo, se advertía un intenso resplandor, y a medida que bajaban por la escalerilla el calor se hacía sofocante. Salvaron el último peldaño y desembocaron en una especie de cueva. El viejo lo dejó y volvió a subir, cerrando la trampa.

René miró en torno suyo. El resplandor provenía de un horno situado al fondo de la cueva. El calor era tan intenso que tuvo que quitarse el saco y abrir el cuello de la camisa. Lo que Ramón se proponía con esta *mise en scène* no le importaba tanto como sus efectos: por muy intrigado que lo dejara, por más que el «suspense» acababa con sus nervios, lo que predominaba era el intolerable calor que minuto a minuto aumentaba, como si alguien echara sin cesar paletadas de carbón en el horno. Sudaba, le zumbaban las sienes, tenía los ojos enrojecidos, reseca la garganta, los labios pesados como plomo. Se quitó la camisa y la camiseta. Se quedó semidesnudo. Parecía que muy pronto su cuerpo se iba a deshidratar y perecería asfixiado. Allí todo quemaba, hasta los reflejos del fuego que sobre el techo y las paredes iban y venían como grandes aves de rapiña.

Los ojos le ardían y tuvo que cerrarlos. Apoyó la cabeza en la pared. En esa posición recordaba la imagen en yeso del Cristo de la escuela de Mármolo. Ahora solo faltaba que este hiciera su aparición, hierro en mano, para marcarlo. De pronto se produjo un pequeño ruido al otro extremo de la cueva, como el chirrido de una puerta que girara sobre sus goznes. Entreabrió los ojos; el ruido se oyó de nuevo. René caminó rápidamente hacia el lugar de donde provenía; vio una pequeña puerta, situada a unos dos metros de la boca del horno. Se acercó y descubrió, a través de un intersticio, una débil claridad. El corazón empezó a palparle con fuerza. Esperó unos segundos: estaba seguro de que la puerta se abriría para dar paso a su padre, pero contra toda esperanza, permaneció obstinadamente cerrada. El ruido no volvió a repetirse. Reinaba un silencio sepulcral. René, en un acceso de furor, se disponía a sacudir la puerta, cuando se abrió de golpe y la cueva se iluminó a raudales. El vivo resplandor que alumbraba la cueva vino a reducir a un punto rojo la boca del horno.

René tuvo el tiempo justo de echarse a un lado.

Entró el mismo tipo que lo había llevado de la mano hasta la cueva. Al ver a René semidesnudo se echó a reír. René preguntó por Ramón, pero el tipo, sin despegar los labios, sacó del bolsillo de su camisa un papel y se lo dio. Hizo una profunda inclinación de cabeza, salió por la puerta y la dejó abierta.

Con el papel en la mano, René se quedó mirando hacia la puerta. Eso es: correría tras el tipo para exigir una explicación. Vio que en el piso estaban sus ropas; cuando se agachaba a recogerlas, el papel se le cayó de la mano: tenía que leerlo sin pérdida de tiempo. Lo desplegó febrilmente. Contenía el siguiente mensaje:

«Espero que tu carne tenga el final de la mía.

»Ramón».

En su brevedad el mensaje era de una terrible elocuencia: He muerto asesinado y espero que perezcas de igual modo. ¿Formaba este mensaje parte de la comedia? Lo volvió a leer, lo leyó cien veces en un minuto, porque no mayor tiempo transcurrió cuando de nuevo apareció el tipo empujando una camilla de ruedas. Sobre ella yacía, enteramente desnudo, el cuerpo de un hombre. El tipo dejó la camilla en el centro de la cueva. Le hizo señas a René para que se acercara.

El cuerpo yacente era el cadáver de su padre. Las balas habían perforado salvajemente el tórax y el abdomen; en los brazos se veían sangrientas señales, como si su padre los hubiera alzado para protegerse de las balas. A René se le puso la carne de gallina, sintió que se desintegraba, ante la violencia ejercida a todos los niveles y en toda su magnitud. Su padre, un violento, había sido asesinado por otros violentos. ¿En la calle, en su misma casa, en la sala de esta casa de campo? ¿Ayer, hacía solo unas horas...? Lo cierto es que estaba ante el cadáver de su padre. Tendido sobre la camilla, alcanzaba el alto y sangriento ideal de su vida. El mensaje decía que él estaba en la obligación de tener el mismo ideal. Entonces ¿iban, ahora mismo, en esta cueva, a perforar su tórax y su abdomen? Se inclinó sobre la cara de Ramón como esperando oír de esa boca definitivamente enmudecida una respuesta. Esa respuesta, que su padre no le daría, en la oficina el doble ya la había satisfecho. Todo se encadenaba lógicamente: «Vengo por usted. No puedo revelar nada. Debo llevarlo al lugar de su destino». Esto quería decir que su padre había sido asesinado mucho antes de la visita del doble. Suprimido Ramón, él ocuparía su lugar como jefe supremo en la batalla por la carne, con todas las consecuencias, incluyendo el asesinato.

Sin embargo, no pudo dejar de pensar que ese cadáver podía ser el de un doble de su padre, que se hallaba ante una nueva treta de Ramón encaminada a ponerle la carne de gallina. Casi con alegría descubrió, entre los boquetes de las perforaciones, la llaga favorita de Ramón.

Se alejó de la camilla y con voz trémula pidió al tipo que lo había llevado a la cueva explicaciones: el fúnebre personaje se limitó a señalar el papel que continuaba en su mano, apretado entre sus dedos. Evidentemente, las palabras de su padre no

podían ser más claras. Ramón había alcanzado la meta suprema. Ahora podría ser llamado, como el abuelo, la Criba Humana. A su vez, le pasaba la antorcha y le recomendaba que diera a su carne el mismo final que había alcanzado la suya.

Junto a la camilla, contempló por última vez esa carne enfriada; pensó que un poeta de la carne, como lo era Cochón, calificaría el asesinato de su padre con el nombre de martirologio. Se enterneció viendo su cuerpo totalmente desnudo, y le pidió al tipo el favor de cubrirlo con una sábana. El hombre sonrió socarronamente. Como si hubiera estado aguardando a que René hiciera esa sugerencia, llegó junto a la camilla y, con la consumada habilidad de un matarife, cogió a Ramón por los pies y lo cargó sobre su espalda. Caminó unos pasos, llegó a la boca del horno y lo echó dentro. Una lluvia de chispas inundó la cueva.

El rey de la carne

El reloj dio las doce y René puso a un lado los guantes que estaba contando. Era sábado y hasta el lunes no volvería al trabajo. Se sentía doblemente contento: primero, porque había llegado el fin de semana; después, porque precisamente en ese sábado cumplía su primer mes de trabajo. Sus proyectos eran una hermosa realidad. Ocho horas de labor; por las noches, aprendizaje de taquigrafía y mecanografía.

Tomó sitio en la cola y aguardó pacientemente su turno para cobrar. Delante había más de cien empleados, pero no se impacientó. Se acordó de la cola en la carnicería. En tanto que allí aguardaba, con la muerte en el alma, por unas libras de carne, en esta, lleno de satisfacción, recogería el fruto de su primer mes de trabajo, traducido en dinero contante y sonante. Además, estaba en la cola por su libérrima voluntad y no por mandato de nadie. Con la trágica muerte de su padre todo indicaba que la batalla por la carne había terminado. En adelante no sería forzado a ocupar un puesto en la cola de ningún expendio de carne; pertenecía al mundo de los que trabajan y se labran un porvenir, habiendo roto por completo con carnicerías y carniceros.

Los meses que siguieron al asesinato de su padre fueron más terribles que los años pasados bajo su yugo. Su propia vida estuvo pendiente de un hilo. Privado del conocimiento lo habían sacado de la siniestra cueva. Nunca supo quién lo llevó al hospital y pagó los gastos, quién dejó una nota en la que se le comunicaba el hospital en que su madre estaba recluida. Tres meses estuvo internado y un buen día le dieron de alta, no sin antes poner en sus manos unos cuantos billetes que, según el director del hospital, eran el sobrante del que dejaron para sus gastos.

Dos días antes de abandonar el hospital, una enfermera puso en sus manos una carta enviada por correo desde la misma ciudad. En ella le comunicaban el fallecimiento de su madre y, para consolarlo, añadían que «eso» era la mejor solución: de haber sobrevivido a sus heridas hubiera llevado una vida horrible porque a consecuencia del atentado habían tenido que amputarle las piernas. Finalmente incluían la dirección del cementerio donde estaba enterrada.

Su primera salida fue al cementerio. Por más que René se hubiera preparado para tan lúgubre encuentro, cuando estuvo ante la tumba de Alicia, cuando vio la lápida con el nombre de su madre, sintió una horrible angustia. Comprobaba lo que hasta ese momento solo sabía mediante la lectura de la carta; era como si Alicia, metida en su ataúd y cubierta por unos metros de tierra, estuviera dispuesta a entablar una conversación con él, y al mismo tiempo se viera en la imposibilidad de sostenerla. Ahora sabía que su madre estaba muerta, solo ahora; que había sido asesinada, y, solo ahora, que la había perdido definitivamente. Ella, al igual que Ramón, vivió bajo la égida del «sufrimiento en silencio» y del «culto de la carne», pero al menos en este modo de vivir tuvo una ventaja sobre Ramón: la del sentimiento maternal. En cierto modo lo protegió contra las durezas del padre, hasta el límite terrible en el que la ternura cede ante la necesidad del sacrificio de la carne de su carne. Pero al menos

hasta ese límite, ella lo había protegido de las furias paternas.

Este precio tan alto era el precio de su libertad. Tenía sin embargo ciertas ventajas. Si nunca deseó la muerte de sus padres, ellos al buscarla y obtenerla habían, al mismo tiempo, propiciado su liberación. Y esa era la suprema ventaja. Con ellos había vivido acompañado, pero en estado de servidumbre; desaparecidos, se encontraba solo pero libre.

Así pues, todo había terminado y todo empezaba nuevamente. A menos que su padre surgiera redivivo del horno, ningún poder en este mundo sería lo bastante grande para obligarlo al «servicio del dolor» y al «culto de la carne». Había, por el contrario, una hermosa realidad: estaba en una cola compuesta de seres humanos, que como él aguardaban para recoger el fruto de su trabajo, no de servidores de la carne. A ninguno de ellos se le iba a ocurrir asesinar a un semejante por unas cuantas monedas o sacrificar su vida por una causa como la del chocolate. Por la tarde iría al cementerio y dejaría un ramo de rosas en la tumba de su madre. Después se compraría una camisa y por la noche se metería en un cine.

El altavoz situado frente a la ventanilla de pago lo sacó de sus agradables proyectos. Lo llamaban de la Dirección; alguien lo esperaba.

—¿A mí? —exclamó René, dirigiéndose al altavoz como si se tratara de una persona.

De nuevo lo llamaron. Uno de sus compañeros lo tocó en el hombro.

—¿No oyes que te esperan?

René salió de la cola, preguntándose quién podía estar esperándolo. Con la muerte de sus padres también se habían marchado sus poquísimas amistades. La política de Ramón, basada en sustraerlo a los ojos del mundo, daba tales frutos: ni un amigo. Por supuesto, desechó a Mármolo y compañía, así como a los amigotes de su padre. Esa gente estaba borrada de su mundo y nunca permitiría que volvieran a cruzarse en su camino. Casi entraba en la sala de espera, cuando pensó que la persona que lo aguardaba podría ser la señora Pérez. Estuvo por largarse. Pero pensándolo mejor, optó por hacerle frente. Tratándose de Dalia, resultaría inútil esquivarla. Cualquiera día Dalia se presentaría en su trabajo. No tenía una pizca de dignidad. Pese a haberle significado su desprecio y su asco, con motivo del maniquí que usaba para fines inconfesables, ella reaparecería como si nada hubiera ocurrido.

Empujó la puerta y entró. Sus ojos recorrieron los asientos: ninguno estaba ocupado por una mujer. Por el contrario, solo había un visitante y, para colmo, era un hombre. René quedó desconcertado; ya volvía sobre sus pasos, seguro de que Dalia, cansada de esperarlo, se había marchado, cuando el hombre se paró y atajándolo dijo:

—¿No me reconoce?

René se quedó parado junto a la puerta, mirándolo fijamente. Cómo reconocer a alguien que nunca se ha visto. Podrían someterlo a tormento y no le harían confesar que conocía a ese hombre. Pensó que algún otro empleado podría llamarse como él.

—Me toma por otra persona.

—Vea, amigo —dijo el hombre calmosamente—, no me confundo de persona; por el contrario, me dirijo a usted mismo, a René, al hijo del difunto Ramón. —Y añadió—: ¿Ahora nos entendemos?

Sintió que el nombre de su padre surgía de la boca del horno, quemándolo en plena cara. Él que por un momento creyó terminada la batalla por la carne, y, sin embargo, este hombre, tal vez íntimo de su padre, podría sacar de su bolsillo ahora mismo un papelito de Ramón, uno de esos papelitos *post mortem*... «Espero que tu carne tenga el final de la mía». Pero, no obstante, en el presente su situación era distinta, y de su padre solamente quedaban papelitos que, por cierto, no estaba dispuesto a obedecer. Midió al tipo de arriba abajo:

—Sea breve. Tengo que volver a la ventanilla para cobrar.

—No seré yo quien se lo impida —dijo el hombre poniéndole una mano en la cabeza, como si fuera a bendecirlo—. ¿Pero de verdad que no me reconoce? Nos hemos visto hace poco.

—Lo siento —y René trataba de contener su malhumor—. Nunca nos hemos visto.

—Perfectamente —dijo el hombre pasándose lenta la mano por la cara. Quedó un momento silencioso, y al fin sacó del bolsillo un papelito—. Entonces no tendrá inconveniente en firmar aquí. Es el último requisito para obtener mi pensión y retirarme a cultivar la tierra.

A la vista del papel, René sintió que otra vez la carne se le ponía de gallina. Sin embargo, las palabras del hombre no aludían a mensaje alguno; hablaba de una firma... Involuntariamente, las manos de René fueron a parar al fondo de sus bolsillos. No firmaría nada. Con su firma no iba a acceder a las siniestras maquinaciones de los servidores de la carne.

—Pero lea lo que dice y no se quede como un alelado —y el tipo lo zarandéo tratando de sacarle las manos de los bolsillos—. Entérese.

Para terminar la odiosa escena, de un tirón René abrió el papel y leyó: «Por la presente declaro que no tengo el honor de conocer al ciudadano Martín García».

—Pues voy a firmar inmediatamente —casi gritó—. Si es nada más que eso, no tengo ningún inconveniente. ¿Con tinta o lápiz? ¿Cómo lo prefiere?

—Con tinta —contestó el hombre, parsimonioso—. Antes cerciórese de que su memoria no falla. ¿Está seguro de no haberme conocido? ¿No ha visto antes mi cara?

—¿Cómo quiere que se lo diga? —exclamó René, molesto ante las dudas del tipo—. ¿Con qué música le gustaría más?

Sacó su estilográfica, apoyó el papel sobre una mesa y estampó su firma debajo de la declaración.

—Complacido. Ahora márchese.

—Perfecto —dijo el hombre plegando cuidadosamente el papel—. Per-fec-to... Su firma me evitará una segunda intervención quirúrgica. Con esta firmita estoy prácticamente jubilado.

—No comprendo ni jota de lo que dice —exclamó René—. ¿Qué tiene que ver mi firma con una intervención quirúrgica?

—Ya el caballerito no está tan apurado; ahora el pago puede esperar —replicó el tipo frotándose las manos—. Cuando digo y repito que nos hemos conocido; poco, pero nos hemos tratado... Sin embargo, cuando se cambia de cara...

Y reaccionando a su estupor, como si un millón de preguntas se agolparan en su boca, René preguntó:

—¿Antes tuvo otra cara?

—¿Otra...? —Y el tipo rio estrepitosamente—. En los cincuenta años que llevo en este valle de lágrimas he cambiado dos veces de cara. —Y la voz del tipo se hizo casi un murmullo—. Hasta los veinte tuve la cara con la que nací. De los veinte a los cincuenta, la cara de otro, y desde solo hace un mes, la cara del bisturí.

René sintió que esas palabras no sonaban nuevas para él. ¿Dónde las hubo de oír o en qué sueños? Su angustia, tan avasalladora, obnubilaba su pensamiento. Se quedó con la boca abierta, como si le hubieran sacado una muela.

—Comprendo su asombro —dijo el tipo—. Pero dé por seguro que esta —y se la tocó enérgicamente— será la última. Ya no doblaré a nadie. —El hombre se le acercó hasta casi juntar sus caras—. Una cara rehecha no se parece a nada. Es solo un pedazo de carne con ojos. Me han rebajado la nariz. Me aserraron el maxilar. Dígame, joven: ¿se acuerda de la cara de su padre?

René asintió, cerrando los ojos.

—¿Cómo era la nariz de su padre?

—¿Qué tiene que ver la nariz de mi padre en todo esto? —gritó René en el colmo de la confusión y de la ingenuidad.

—No se excite, jovencito, y conteste mi pregunta. ¿La nariz de Ramón era grande o pequeña?

—Grande —contestó René mirando despavorido la del tipo.

—Y esta —dijo el hombre con la nariz entre el pulgar y el índice—. ¿Le parece un dedal? Su padre tenía una nariz larga y yo la tengo como un dedal. Sin embargo, durante treinta años esta naricita fue del tamaño de la de su padre.

—¿Acaso es un crimen tener larga la nariz?

—Cuando esa nariz se parece a otra nariz, y cuando la boca es igual a otra boca, y cuando la barbilla...

Se interrumpió bruscamente. Volvió a sacar el papel. Lo leyó con cara de satisfacción y lo guardó de nuevo con mucho cuidado.

—Bueno, René, no vamos a permanecer como dos chiquillos descifrando una charada. Lo que falta por aclarar, si algo queda, se lo diré sin metáforas: fui el doble de su padre durante treinta años, como le dije el día en que estuve en su casa. Una vez muerto su padre, mi doblaje no tenía razón de ser. Entonces, me dispuse a retirarme, y los jefes no me permitieron quedarme con la cara de su padre. Usted trabaja y tiene un jefe. También yo los tengo. Me dijeron que debía cambiar de cara. Y un cirujano la

cambió. Hace tres meses de esto. Cuando estuve presentable me ordenaron que lo viera. Si me reconocía, vuelta a empezar con la operación.

—¿Quién le dijo que yo trabajaba en esta tienda de guantes? —preguntó René impetuosamente—. ¿Quién conoce tanto mi vida?

—¡Mire qué bobo! —contestó el hombre—. Quién va a ser sino el mismo jefe. Me dijo que viniera a esta tienda, en esta calle, donde usted trabajaba. Y ahora, con su permiso, me voy feliz y contento. Usted ha firmado.

Puso una mano helada sobre la de René y se marchó.

René lo dejó ir. Podía correr tras él y hacer nuevas preguntas, pero las juzgó inútiles. Con la muestra tenía de sobra: la batalla por la carne no había terminado. Miró el reloj. Solo quedaban quince minutos para cobrar. Salió corriendo y llegó a la cola. Adiós sus risueños proyectos. La carne lo llamaba de nuevo. Quizá no le pagarían en dinero sino en carne. Pensó que todos se burlarían cuando el cajero pusiera en sus manos cien rodajas de carne. Sin embargo, la visita del exdoble de su padre parecía el epílogo de su antigua vida. Examinando las cosas con mayor serenidad, el jefe no había mandado ningún mensaje. Solo se trataba de atestiguar que no reconocía al exdoble de Ramón, y con ello, si no se equivocaba, el episodio llegaba a su fin. Y si pasados unos días, un mes o un año, ¿de nuevo se presentaba Martín con una nueva cara y otro papelucho? Esto le pareció muy improbable. Con esa cara doblaría a cualquiera, menos a Ramón, que estaba muerto y carbonizado.

Entretanto había llegado a la ventanilla y el pagador le entregó su salario. No contestó a la pregunta de un empleado, tampoco aceptó la invitación a beber que otro le hacía. Salió de la tienda. Necesitaba estar solo.

En cualquier momento podrían llamarlo a la sala de espera y encontrarse con un nuevo emisario que le haría entrega de un mensaje totalmente distinto, con una orden lapidaria del jefe.

Se metió en un bar. Emborracharse, dormir la mona, dejar de pensar. Pidió un coñac. En situaciones críticas le habían puesto por delante un coñac —en la escuela, en casa de Dalia—. Al calor del trago, la imagen del probable emisario se fue precisando: lo vio en su cuarto, sentado en su sillón, esperándolo. Como una exhalación salió del bar dispuesto a encararse de una vez con cualquier emisario.

Eran las dos de la tarde cuando llegó a la casa de huéspedes. El comedor estaba cerrado y la encargada lo recibió con cara de pocos amigos. Había puesto el almuerzo en su cuarto. Tendría que «tragárselo frío». René preguntó si alguien lo esperaba. La encargada se rio en sus narices: era darse mucho tono pensar que alguien podía esperarlo tantas horas.

El cuarto estaba vacío, como su propia alma. Únicamente lo aguardaba su almuerzo, tapado con una servilleta de blancura dudosa. Mareado por el coñac se echó en la cama. Cerró los ojos, y tuvo que abrirlos al instante. La desagradable, inhumana cara de Martín se presentó a su mente. La llegada de Martín era una advertencia. Ahora más que nunca resplandecían sobre el fondo de su vida las

fatídicas palabras de Ramón: «Espero que tu carne tenga el final de la mía».

Se levantó y se quitó el saco. Esas palabras, a medida que el tiempo pasaba, iban revelándose como una placa fotográfica. No es que desde un principio, desde que las leyera en la cueva, carecieran de un significado o lo ocultaran, pero semejante a un antiguo jeroglífico, con el decursar de los días y ayudadas por incidentes como el de la visita del exdoble, abrían, cual flores monstruosas, las corolas, y nuevos colores reveladores se dejaban observar. Su padre, desde el negro abismo de la muerte, parecía intentar retenerlo a su lado, mediante el siniestro recurso de la carne. Lo habían coronado rey de la carne y este símbolo solo rodaría de su cabeza con la muerte.

Profirió casi un grito ante su desdicha. Levantó la servilleta. Vio un trozo de carne helada. Volvió a tapar ese espanto. Se puso de nuevo el saco y salió del cuarto.

Solo le quedaba el cementerio; al menos en ese lugar la carne había sido roída por los gusanos. De rodillas ante la tumba de su madre le preguntó cuál era el secreto del amor por la carne. Si estaba destinado a su culto, que su madre al menos lo instruyera, como si ella pudiera decirle en qué sangriento manantial se bebían las aguas que lo convertirían al culto.

Largo rato pasó René implorante y Alicia permaneció tan muda como sus huesos. Ni el más leve consuelo brotó de la negra sima. Su madre hubiera podido instruirlo en vida, cuando además de huesos estaba rellena de carne. Había estado tan ligada a su marido que el hijo hubiera podido escuchar de su boca los preceptos sobre el servicio del dolor.

De este ensimismamiento lo sacó la voz destemplada del sepulturero, advirtiéndole que iban a cerrar las puertas del cementerio. En ese momento René lloraba, y el tipo, acostumbrado a las lágrimas, le dijo que se fuera a llorar del lado de allá de las tapias. René se paró y echó a andar. El sepulturero preguntó en aparente son de burla:

—Oiga, joven, ¿si tanto le gusta este lugar, por qué no se queda?

René se detuvo. Hasta en el cementerio lo perseguían la befa y la irrisión. El sepulturero se merecía cuatro frescas, y solo consiguió decir:

—¿Quedarme aquí...?

—Quedarse, no como muerto, lo que me daría trabajo. Quedarse como vivo, como mi ayudante. El hombre que me ayudaba guardó el carro hace una semana. No puedo esperar a que las autoridades pongan un sustituto. Eso demora. Si acepta, tendrá casa, comida y para la fuma. Además, le aseguro que los muertos no molestan. Se puede andar por encima de ellos tranquilamente.

René estaba asombrado de tal ofrecimiento y en aquel lugar nada menos. Repuso al sepulturero que el oficio no le interesaba. Este, que había hecho la proposición con ánimo de burla, aunque en el fondo estaba necesitado de un ayudante, meneó la cabeza indicando a René que acabara de largarse. A un paso de la salida lo empujó, cerró la puerta, pasó un candado y se alejó. Pero apenas había dado unos pasos, oyó la voz de René, la cara pegada a los barrotes:

—Oiga, lo pensé y acepto su proposición.

El sepulturero se acercó y sacó la llave para abrir el candado.

—Hoy no puedo empezar —advirtió René—. Mañana vendré.

René no estaba lo bastante convencido como para coger cal y empezar a blanquear sepulcros. Trabajar en el cementerio lo impresionaba y hasta le parecía de mal augurio. Pidió al sepulturero, que seguía refunfuñando, le permitiera empezar a la mañana siguiente.

Emprendió el regreso a la ciudad. La parada del ómnibus estaba cerca. Pensó después que había fallado no aceptando quedarse en el cementerio; por sus infantiles temores se veía en la obligación de volver a la ciudad, donde en cada esquina lo acechaba un peligro de muerte. Había perdido una magnífica oportunidad de escapar a las garras de los emisarios. Por malo que fuera el sepulturero nunca lo llamaría para decirle que en una tumba lo aguardaba un emisario. Tenía que convencerse de que su último recurso era el cementerio y su único trabajo el de blanquear tumbas.

Cuando logró subir a un ómnibus repleto, vio a los pasajeros como seres sin problemas que volvían a sus casas para dormir el sueño del justo. Ningún emisario vendría a turbar tanta calma, ni encontrarían su cama ocupada por uno de esos siniestros personajes. En cambio, él estaba a merced de ellos. Cada vez que el ómnibus echaba a andar de nuevo, tras cada parada, aumentaban sus temores: la distancia amenguaba, el fantasma de los emisarios se hacía más corpóreo.

Su brillante plan de vida se había esfumado con la visita de Martín. Ni camisa, ni ramo de flores, ni función de cine. En vez de todo eso, la cara zanjada por el bisturí y la voz destemplada del emisario, traer de nuevo a la luz recuerdos que parecían ya sepultados, la firma de un papel que era como una espada suspendida sobre su cabeza, la angustia de toparse en su casa con alguien que lo aguardaba para comunicarle que se diera prisa: estaban prestos los cuchillos para ensañarse en su carne. Este había sido su asueto tras seis días de una intensa labor, y ahora, rendido, ansiando, al igual que los pasajeros del ómnibus, tomar un descanso, verse obligado a espiar y acercarse con temor a su casa, entrar en ella con paso de lobo. Al parecer nunca iban a dejarlo tranquilo.

El ómnibus se detuvo y algunos pasajeros empezaron a bajar. Se había detenido justamente frente a un anuncio lumínico que decía: GRAN LUCHA GRECORROMANA ENTRE BLACKIE EL CAMPEÓN DEL NORTE Y SANTOS EL CAMPEÓN DEL SUR. Los ojos de René se clavaron en el *affiche* que mostraba a dichos luchadores, tan entrelazados que no podría determinarse dónde acababa uno y empezaba el otro, en tanto que sus caras aparecían como desencajadas por dolores atroces. René salió del ómnibus como alma que lleva el diablo: le había parecido que el expedidor de boletos lo animaba con señas a disfrutar del espectáculo. Se vio empujado al tablado y metido entre los bíceps poderosos de esos gigantes, que lo apretaban hasta dejarlo como un pedazo de carne. Entró en un bar, se sentó en una mesa y pidió un refresco. De pronto se levantó y compró un periódico. No sentía el menor deseo de enterarse de las cosas del

mundo; lo hizo por pura precaución, para interponer el periódico entre él y las miradas del público. A lo mejor uno de los emisarios se hallaba en el bar y podía descubrirlo, sentarse a su mesa y entregarle un papelito con un mensaje.

Pareció amurallarse tras el periódico. Al coger el refresco uno de los extremos del periódico se fue de lado, dejando su cara al descubierto. Lanzó una ojeada al salón y de nuevo alzó el periódico. Lo pilló con el codo, al mismo tiempo que sujetaba el otro extremo con la mano que agarraba el vaso de refresco. Repitió varias veces esta suerte de malabarismo, y en una de ellas el periódico volvió a caer de un lado, y sus ojos volvieron a explorar el salón. Pero el periódico no volvió a su primitiva posición; René lo mantuvo bajo; sus ojos se habían clavado en una mesa situada frente a la suya.

En ella estaba sentado un conocido. A riesgo de ser descubierto por los emisarios, se expuso a la vista de los clientes por un momento de curiosidad. Volvió después a subir el periódico mientras murmuraba Powlavski, Powlavski.

Powlavski estaba absorto en una complicada operación aritmética. Escribía sobre un papel distintas cantidades, las que primero contaba minuciosamente con los dedos. El resultado de dichas operaciones parecía satisfactorio, pues a cada momento lanzaba resoplidos de contento y se daba un trago.

René juzgó que lo más prudente era largarse. De creer a Dalia, Powlavski era el asesino del señor Nieburg, su amigo del alma. Con objeto de cerciorarse si lo había visto, lo miró por encima del periódico. Se convenció que estaba tan enfrascado en sus operaciones que no había reparado en él. Sacó un peso del bolsillo y lo puso sobre la mesa. Ya se paraba amurallado tras el periódico cuando oyó que le pedían un fósforo.

A medias incorporado se excusó:

—No fumo.

Y cuando bajó el periódico, tenía a Powlavski frente a él.

—¿Es usted la misma persona que tuve el gusto de conocer en casa de la señora Pérez?

René dio la callada por respuesta. Su sorpresa por la inopinada presentación de Powlavski en su mesa lo hizo sentarse de nuevo, escudado tras el periódico. Entonces Powlavski lo bajó y dejó al descubierto la espantada cara de René.

—¿Qué le pasa? —indagó muerto de risa—. ¿Mi presencia lo compromete? ¿Tiene algún «negocito»? Si es así dígamelo, y lo espero sentado a mi mesa. Tenemos toda la noche por delante.

—No estoy en ningún negocio y ahora mismo me voy —balbuceó René.

Powlavski, más rápido, le puso una mano en el hombro y de nuevo lo hundió en la silla; a su vez se sentó muy pegado a él.

—¿Qué está tomando? Un refresco asqueroso. No, amiguito, tenemos que celebrar este encuentro con algo fuerte.

Llamó al camarero y le pidió dos coñacs.

René trató de pararse, pero Powlavski se lo impidió sujetándolo por la cintura con mano de hierro. Por un momento pensó que no tenía por qué plegarse a oír la suma de los crímenes que el repugnante personaje estaba a punto de contarle. Sin embargo se contuvo ante el escándalo. Llamar a un policía podía significar ponerse en evidencia. Si no quería nada con asesinos y emisarios, tampoco le agradaba vérselas con la policía.

—No sabes tú bien, muchacho, la alegría que le daré a ella cuando sepa que por fin te he descubierto —dijo Powlavski palmeándolo amistosamente.

—¿Quién es «ella»?

—¡Mira que esto es grande! —exclamó Powlavski—. Quién va a ser sino nuestra común amiga Dalia. Es imperdonable que no te hayas dado cuenta. Y sin embargo, es la única amiga que tienes.

—Esa mujer no es mi amiga, señor Powlavski —dijo René, enrojeciendo con el recuerdo de la noche pasada en casa de Dalia—. Siento mucho decirle que no quiero el menor trato con ella y le agradeceré se lo haga saber.

Powlavski estaba muy risueño.

—¿Qué oigo? ¿Conque la encantadora Dalia te resulta antipática? ¿Podría saber a qué obedece esa antipatía?

—Mejor será no hablar más de ella. Por otra parte, debo irme. Mañana tengo que levantarme muy temprano.

—Bueno, si es así, lo siento —suspiró Powlavski. Cogió uno de los vasos de coñac y se lo dio—. Brindemos por nuestra naciente amistad. Te aseguro que vamos a ser muy buenos amigos.

René comprendió que sería inútil resistirse al brindis. Maquinalmente alzó su vaso y lo chocó contra el de Powlavski. Apenas se mojó los labios. Por el contrario, el viejo lo trasegó de golpe y llamó al camarero para que trajera la botella.

—Bueno —dijo, echándose sobre René—, ya podemos inspirarnos. Como te iba diciendo, tenemos toda la noche por delante. ¿Dónde diablos te has metido todo este tiempo que Dalia no te ha visto? Mejor dicho, ¿dónde te metió tu padre? No, no es que insista para llevar datos a Dalia; si no quieres verla, santo y bueno; solo te lo pregunto por pura curiosidad. De la noche a la mañana los pájaros volaron del nido.

Otra vez se hallaba su padre sobre el tapete. Qué importaba que hubiera muerto y estuviera carbonizado si a cada momento alguien se lo ponía por delante. Su padre desde la muerte ¿iba a darle constantes bromas pesadas? Harto estaba de su padre por aquí y su padre por allá... ¿Qué había ganado él con su muerte? Nada. Parecía tan vivo como antes. Ahora era Powlavski quien venía a mencionarlo, y decidió cortar por lo sano; claro está que no diría al judío lo del asesinato de Ramón, pero le contestaría de un modo que en adelante no osaría molestarlo.

—Oiga, señor Powlavski, no estoy dispuesto a confesarme con usted. No soy su amigo ni nada nos une. Así que no moleste.

—Me hago cargo. Cada cual con sus misterios —y Powlavski se inclinó

ceremoniosamente—. Si no te conviene que hable de tu padre, nada mejor que complacerte. Siempre lo digo: no mentar la soga en casa del ahorcado. Eso sí, no vas a negarme que desapareciste de la noche a la mañana. Tanto Dalia como yo nos quedamos muy intrigados por tu ausencia cuando lo de mi gran amigo Nieburg.

—¿Nieburg? —Casi gritó René, echándose hacia atrás como si lo ametrallaran.

—Prometiste a Dalia ir a su casa a presenciar la muerte de Nieburg. Recuerdo que te preparó unos pasteles. Nos los comimos en el balcón, mientras abajo, en la calle, Nieburg escondía su cabeza bajo el ala.

Y se puso a tararear la última frase monótona e incansablemente. René se sentía asqueado. Powlavski le sirvió coñac y prosiguió su lúgubre tonada. René se dijo que sin pagar ni un centavo a una agencia de noticias, las iba recibiendo de acuerdo con un orden caprichoso aunque no menos eficaz. A meses del incidente, tenía la mala suerte de toparse con el delator del infeliz Nieburg para escuchar de sus propios labios el relato del crimen. Se imaginó las posibles muertes de Nieburg echado en la acera, a merced de los sicarios. Advirtió con espanto que el propio Powlavski estaba a punto de contar hasta los mínimos detalles del asesinato y, sin poder contener su terror, le tapó la boca.

—Señor Powlavski, por lo que más quiera en el mundo, no me cuente nada.

—¿Me tomas por un periodista? Yo no pertenezco a esa raza envilecida, amigo mío. Si he sacado a colación lo de Nieburg solo ha sido para patentizarte que te esperábamos aquella noche. Si no quisiste o no pudiste ir, te lo perdiste.

—Escuche, Powlavski. Me afecta la muerte del señor Nieburg. Apenas si lo conocía, pero se trata de un ser humano.

—¡Qué gracioso! —Powlavski lanzó tal carcajada que la gente volvió la vista hacia él—. Dime: ¿qué querías que fuera? ¿Un perro?

—No un perro, un ser humano —afirmó René humildemente—. Pero por eso mismo.

—Por eso mismo, por tratarse de un ser humano, me produjo una ganancia líquida de cinco mil pesos. Si el pobre Nieburg fuera un perro, me habrían dado por su pellejo unos centavos.

El cinismo de Powlavski le resultaba sencillamente inaguantable. Ni un minuto más con él. Lo dejaría con la palabra en la boca. Se levantó enérgicamente y se disponía a empujar al viejo, cuando este, levantándose también, dijo:

—Sí, nos marchamos. Ya esto no da más —y llamó al camarero, pagó la consumición, y cogiendo a René por el brazo salieron del bar.

—Bien —repitió Powlavski, el brazo echado por la espalda de René—, tenemos toda la noche por delante. Supongo que no te irás a la cama. Son nada más que las doce.

—Lo siento —y René se mostró firme—. Ahora mismo nos estamos despidiendo.

Dio un tirón y se libró del brazo de Powlavski. Volvió a saludar y salió caminando. Powlavski se quedó por un instante confundido, pero reaccionó, viendo

que la presa se le escapaba. Dio un salto y alcanzó a René.

—Por favor. No me siga.

—Aguarda un momento, tan solo un momento. Pienso que andas escaso de dinero —susurró—, y sé dónde hacértelo ganar.

René se paró en seco: el miserable Powlavski lo tentaba para inducirlo después al crimen. Casi estuvo a punto de enseñarle el sueldo cobrado esa mañana, pero pensó que, de hacerlo, en un segundo sería sacrificado igual que Nieburg.

Powlavski tomó la perplejidad de René por una indecisión que debía utilizar sin pérdida de tiempo.

—A dos pasos de aquí, a la vuelta de esta calle, tengo un amigo que paga muy bien.

—Lo siento, señor Powlavski.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —insistió Powlavski—. Vamos a visitar a mi amigo. ¿Sabes cómo le dicen?

—¿Martín? —gritó René con la certeza de que el otro respondería afirmativamente.

—No conozco a ningún Martín —Powlavski se mostró extrañado—. Te hablo de Bola de Carne.

René tartamudeó.

—Entonces lo conoces. Ya me está pareciendo que conoces a mucha gente.

—No lo conozco —dijo René atropelladamente—. Es un apodo tan singular.

—Más singular resultará cuando lo veas. Nos ponemos en un periquete.

—No —dijo René sin convicción—, mañana tengo que levantarme temprano.

Powlavski le echó el brazo por encima y empezaron a caminar.

—Te juro que me lo agradecerás eternamente. —Y viendo que René todavía titubeaba—: Dejo a tu elección que trabajes o no para Bola. Si te animas a trabajar, es asunto de poco tiempo.

—Dígame, Powlavski, ¿por qué lo llaman Bola de Carne?

Ya René se sentía devorado por la más ardiente curiosidad; por contragolpe, cuanto se relacionaba con la carne lo interesaba vivamente, y al mismo tiempo no quería dejárselo ver a Powlavski.

—Ni tú, ni yo, ni nadie sería capaz de describir a Bola tal cual es —exclamó Powlavski poniendo gran énfasis en su afirmación—. Cuando lo veas por tus propios ojos me darás la razón.

Mientras hablaba apresuró la marcha. René, plenamente convencido, lo siguió con el mismo paso. Había puesto a un lado sus dudas. En vez de huir de la carne, se arrojaba en su oscura masa. Su paso (ahora casi arrastraba a Powlavski) era el del soldado que marcha alegremente al sacrificio de su carne. Y sin pensarlo, como una herida irrestañable, surgía de su subconsciente un desesperado, dramático ¿por qué?, ¿por qué?

Caminaron tres cuadras en línea recta; tomaron a la izquierda de una avenida, otra

cuadra más y salieron a una callecita. Estaban en un barrio elegante. René se dijo que Powlavski se hallaba muy bien relacionado a juzgar por el palacete suntuoso ante el que se detuvieron, de mármol rosa y de notable mal gusto. Enclavado en medio de casas de buen estilo arquitectónico, parecía pregonar a gritos que su dueño podía permitirse todas las libertades, hasta la del mal gusto.

Un sendero enarenado los llevó a la entrada principal. La puerta monumental tenía un pesado aldabón, pero Powlavski se dirigió hacia un costado de la casa y tocó en una puertecita. Un criado abrió, Powlavski le habló al oído y el criado los introdujo en la casa. El interior mostraba el lujo recargado y ostentoso del nuevo rico. Powlavski, viendo el asombro de René ante la profusión de arañas y espejos, fastuosos marcos que encerraban retratos del mismo gordinflón con cara de canalla, le contó que Bola era inmensamente rico. Había tenido la suerte de que a los pocos días de nacido, el rey de la carne en conserva lo recogiera a la entrada del palacete, en una cesta y con una tarjeta atada al cuello. Sus enemigos habían escrito en ella que, como el rey de la carne en conserva no tenía heredero para su imperio y sus millones de dólares, le hacían el regalo de un heredero. Añadió Powlavski, al estupefacto René, que el rey de la carne estuvo a punto de dar una patada a la cesta, pero sin embargo bajó lentamente el pie, se agachó y con amoroso cuidado sacó al futuro Bola de la cesta. Congregó en el gran salón a la servidumbre para anunciar que el pedazo de carne que sostenía en sus brazos era su hijo adoptivo, único heredero de sus fabulosas riquezas. Al ver a semejante engendro humano, los criados no podían contener la risa, y el rey los fulminó con la mirada. Acto seguido envió a la prensa una extensa nota que anunciaba el nacimiento de un hijo y que por fin su imperio tenía asegurado un heredero.

Acababa Powlavski de hacer la sumaria biografía de Bola, cuando volvió el criado para decirles que serían recibidos en un par de minutos. Powlavski los aprovechó para acabar de poner a René al corriente. A la muerte de su padre adoptivo, Bola heredó todos sus bienes. En la actualidad tenía sesenta años, nunca se había casado, tampoco había adoptado a nadie y su vida entera estaba dedicada al culto de la carne.

El criado reapareció e indicó que lo siguieran. Atravesaron el vasto salón, desembocaron en una antecámara, donde el criado los confió a otro que abrió una puertecita y los anunció.

Llevando de la mano a René, entraron en una vasta cámara de forma octogonal totalmente tapizada en brillante raso rojo. Casi cubriendo su superficie se veía un colchón forrado en terciopelo negro. No había mueble alguno. Una columna de un metro de altura al fondo estaba rematada por una especie de gran bandeja. Cómodamente instalado en ella se hallaba Bola de Carne. No tenía brazos ni piernas; por efecto de la carne, el tórax y el abdomen se juntaban. La cabeza, sumida en el pecho, parecía formar parte de este.

—Buenas noches, Bola —exclamó Powlavski sonoramente.

—Bienvenido, mi querido Powlavski —repuso Bola. Tenía los ojos arrasados en lágrimas. Un criado se las enjugaba con un pañuelo de seda—. Estoy muy muy emocionado.

Fuertes sollozos le impidieron continuar. Powlavski, siempre seguido por René, aprovechó la crisis de llanto para acercarse a Bola. Sacando un pañuelo, fingió que también lloraba:

—Qué fuertes emociones esta noche.

—Muy fuertes, amigo Powlavski. No puedes imaginarte nada parecido. Lo tengo en la habitación de al lado reponiéndose de la sesión. Te juro que me ha rejuvenecido veinte años.

—Qué me dices, Bola —exclamó Powlavski alborozado—. Increíble. Cuéntame las maravillas que sabe hacer.

Bola se agitó con tanto ímpetu, que si el criado no anda presto habría caído sobre el colchón.

—¡Oh, Powlavski! Primero te diré que posee los brazos y las piernas más perfectos de este mundo.

Respiró hondo como si le faltara el aliento; tuvo una nueva crisis de llanto, esta vez tan aparatosa, que el sirviente le dio a beber un líquido verde, en tanto que otro secaba su río de lágrimas. Ya más calmado, prosiguió con gran afectación:

—Y las piernas, Powlavski, aún más bellas y poderosas que los brazos. Adoro las piernas, Powlavski. Nunca conoceré la forma de huir. Ya supondrás cuántas piernas habré visto en mi vida. Me las han traído de todas partes, pero nunca piernas como las tuyas. Y puesto que eres mi amigo, tendrás el inmenso honor de contemplarlas. Pero tú solo. He decidido que, para que mis piernas valgan más, no permitiré a nadie verlas.

Entonces reparó en René. Como si lo hubiera picado una víbora, gritó históricamente:

—Y eso qué es. Que se lleven eso. No quiero a eso en mi casa. Eso me da miedo. No quiero que eso me mire. Llévense eso.

Y dando un violento bote, rodó sobre el colchón. Allí prosiguió, entre raudales de lágrimas, gritando que sacaran «eso» de su casa. Cuando ya uno de los criados se llevaba a René, rápidamente Powlavski se dejó caer sobre el colchón y acercando su boca al oído de Bola le dijo algo. Un agudo chillido hizo detenerse al criado casi en el umbral de la cámara, al tiempo que otro criado levantaba a Bola con amoroso cuidado y lo depositaba de nuevo en la bandeja. Un tercer criado se apresuró a darle un líquido color de rosa, que Bola apuró lánguidamente.

—Debiste decirme que venía contigo —exclamó con voz entrecortada—. Un amigo de mis amigos es también mi amigo. Que lo conozca yo, viejo canalla.

A René no le quedó otro remedio que hacerle una reverencia. Bola lo examinó con ojo profesional. Powlavski seguía atentamente sus miradas, queriendo descubrir si efectivamente René le despertaba fuertes emociones. Pero Bola parecía de piedra.

Se hizo un silencio embarazoso que al fin rompió Powlavski:

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte; habría que verlo como su madre lo echó al mundo. Las medidas parecen correctas, pero falta ver la carne; ver con qué han hecho esa carne.

Powlavski miró a René como pidiéndole que accediera a desnudarse. Fue como si mirara a un muerto. Viéndolo tan indeciso acercó su boca al oído de Bola para susurrarle. Este se dirigió a un criado que lo abanicaba:

—Traiga al Príncipe —y luego a Powlavski—: Así lo he bautizado: el Príncipe.

No transcurrió un minuto cuando, enteramente desnudo, apareció un muchacho de unos quince años. Su cara no acusaba gran belleza, pero los brazos y las piernas eran la perfección hecha carne. Quedó junto a la puerta en actitud desfachatada y lanzando miradas procaces. Sin duda alguna era un pillo de la peor especie, y resultaba un milagro que esa carne, intacta y fragante, no estuviera ya marcada por el cuchillo.

Bola lo miraba embelesado. Powlavski mostró su admiración aplaudiendo frenéticamente, y estampó a Bola un sonoro beso en cada mejilla. Entonces, este gritó:

—Pasa, Príncipe mío.

Como si fuera la palabra de orden de todo un ceremonial, un criado depositó a Bola en el centro del colchón. Acto seguido el Príncipe marchó majestuosamente a los acordes de una música de circo, y a medida que lo hacía, los ojos de Bola lo seguían afanosos, y como no podía moverse con libertad, dio de bruces en el colchón. La música cesó bruscamente; el Príncipe se detuvo, y ya acudía un criado cuando la voz de Bola surgió como un latigazo llamando al Príncipe.

Este dio un perfecto salto de lebrél, cayó en el colchón junto a Bola, lo cogió por la cabeza y por las nalgas y empezó a empujarlo lentamente. Pronto se oyeron los primeros compases de un vals. Y a medida que la música se hizo más impetuosa, Príncipe imprimía mayor velocidad a Bola que gritaba, lloraba, reía y daba grandes voces animándolo en su labor. Con velocidad pasmosa, sin salir de los límites del colchón, gracias a la habilidad de Príncipe, el que a su vez, para animarse, gritaba como un condenado y soltaba palabras soeces, Bola recorría el colchón. En eso se oyó gritar:

—Los reflectores.

Las luces se apagaron y cuatro potentes reflectores lanzaron sus chorros luminosos sobre el colchón. Bola cesó en sus gritos y risotadas, cesaron la música y las voces del Príncipe. El cuerpo de Bola rodaba silencioso como un astro en el espacio. Solo se percibía el roce de la carne en el terciopelo negro del colchón.

Como por arte de magia Príncipe se inmovilizó: Bola estaba exánime en el borde del colchón. Se apagaron los reflectores y de nuevo se prendieron las luces.

Entonces se oyó un llanto como de recién nacido; un llanto tan puro, tan desamparado, que René se sintió conmovido. Dos criados envolvieron a Bola en una

sábana y se lo llevaron. Powlavski hizo señas a René de que lo siguiera hasta la habitación a la que acababan de llevar a Bola. Haciendo como que obedecía, René lo siguió, pero al llegar a la puerta de la habitación dejó que Powlavski pasara primero. Cerró la puerta, volvió sobre sus pasos y buscó la salida. A los pocos minutos estaba en la calle. Tan fuerte era su impresión de lo que acababa de presenciar, que le pareció que la gente en vez de caminar, rodaba.

La batalla por la carne

Mientras René agrupaba los guantes por colores, su pensamiento se fijaba en el acontecimiento que tendría lugar esa noche. Estaba a punto de tomar examen para graduarse de taquígrafo y mecanógrafo. A las nueve realizaría el ejercicio de examen correspondiente a la mecanografía y, una hora más tarde, tendría lugar la prueba de taquigrafía.

Había estudiado con verdadero empeño; daba por seguro que obtendría las mejores calificaciones. Sin permitirse la menor distracción; fuera de las visitas al cementerio los domingos, todas sus horas libres las aprovechó en adiestrarse. Hacía cinco meses de aquel nefasto día en que hiciera su aparición el exdoble de su padre; cinco meses de sosiego, de verdadera paz, y que, a juzgar por las apariencias, prometía convertirse en paz definitiva. Examinando desapasionadamente los hechos acaecidos desde la muerte de Ramón, aunque no quería hacerse muchas ilusiones, tenía que admitir que eran como los últimos chispazos de un gran incendio. Nada más justo que si Martín estuvo al servicio de su padre durante treinta años, tras su muerte acudiera a reclamar del hijo una simple firma. Era inútil complicar tales hechos y ponerse a cavilar sobre si esos jefes de que hablaba el doble abrigaban siniestros designios contra él. Frente a esos pensamientos se alzaba la verdad de estos cinco meses de calma absoluta. En cuanto a su encuentro con Powlavski, podía calificarlo de puro azar; claro está que le había conferido una terrible solemnidad por haberse producido en el mismo día de la visita de Martín, y más que eso, porque había removido viejos recuerdos ligados a su pasada vida pro carne. Finalmente, el espectáculo, así lo calificaba, de Bola de Carne, a pesar de ser cosa dolorosa le había causado no pocos accesos de risa: aquella masa de carne con su voz chillona y su desnudez infamante tenía su lado risible; risa que se hacía más jocunda cuando René se ponía a pensar que él, también, estuvo a dos dedos de caminar desnudo ante el Rey de la Carne.

En el ómnibus, tras abandonar la tienda un poco antes de las siete, sacó lápiz y papel y, a pesar de los bandazos del vehículo, se puso a estudiar los signos taquigráficos. Estaba seguro de que si sus nervios no fallaban saldría airoso del examen. Si ganaba uno de los tres primeros lugares pasaría a trabajar en la oficina de la tienda de guantes, así se lo había prometido el gerente, con un salario superior al que devengaba en el almacén. Dejaría el cuarto de la casa de huéspedes y alquilaría un departamento en las afueras de la ciudad. Bueno, se dijo, no prosigamos en tan agradables ensoñaciones y hagamos primero el examen.

Subió las escaleras a paso de carga. Echó una mirada a los libros y cuadernos que había dejado sobre la mesa: estaban abiertos, como si alguien se hubiera entretenido en hojearlos apresuradamente. Sin duda que el autor de tanto reguero lo era la maldita encargada, ya le había advertido que no se tomara la libertad de escudriñar en sus pertenencias. Se inclinó sobre los libros y advirtió que su manual de taquigrafía había

sido hojeado con tanta precipitación que dos hojas aparecían desprendidas. Esto le causó malhumor y salió en busca de la encargada.

La encontró muellemente reclinada en una butaca acariciando a *Monino*, el preferido de una bandada de quince gatos que eran el terror de los huéspedes.

—¿Se puede saber, señora Juana —dijo René tratando de no perder los estribos—, por qué mis libros están revueltos y hasta uno de mis manuales anda con las hojas desperdigadas?

—¿Me viene a preguntar a mí por sus libretas? —exclamó Juana.

—Bueno —dijo René con voz conciliadora—, no es para tanto. Pero como usted es la encargada...

—Claro que soy la encargada. Pero la encargada no tiene que darle cuenta de todo. Sin embargo voy a refrescarle la memoria. ¿Sabe quién regó sus libretas? Pues usted mismo, caballero, usted mismo.

—¿Qué yo los regué? —dijo René en el colmo del estupor—. ¿En qué momento, señora Juana, si acabo de llegar del trabajo?

—¡No me diga! Acaba de llegar del trabajo el que hace más de una hora estaba encerrado en ese cuarto revolviéndolo todo como un loco.

—Verdaderamente, no comprendo. Le aseguro que acabo de llegar del trabajo —y juzgando que era inútil discutir con la encargada, y para terminar con la tonta disputa, añadió—: No tiene importancia, señora.

—La tiene, y grande —gritó la encargada—. Yo no soy mentirosa. —Entonces, como si hubiera encontrado la prueba irrefutable de su afirmación, gritó a voz en cuello—: ¿Qué me dice de la taza de café que le serví, eh?

—¿Café...? —exclamó René, y empezó a sentirse mal—. No pude habérselo pedido pues no me encontraba aquí.

—Y mucho que me extrañó; ya sabe que no se da café a ningún huésped.

—Le juro... —dijo René.

Juana le impidió continuar.

—Usted llegó a las seis; tocó el timbre, abrí la puerta, me dijo que había olvidado la llave, se metió en su cuarto, y al poco rato me pidió el café.

—¿Es posible? —Y René parecía hablar consigo mismo—. ¿Es posible? —Y pensó que si ella lo afirmaba debía ser cierto. Carecía de imaginación para inventar algo parecido.

—¿Quiere saber más? Cuando salió me dijo que comería en la calle.

René iba a decir que eso de comer en la calle era una solemne mentira, pero juzgó inútil contradecirla. Mejor sería temporizar y dar por sentado lo que afirmaba para sacar de su cabeza los restos de esa pesadilla.

—De modo que yo comería en la calle.

—Así me dijo. Si después se arrepintió y quiere comer en casa, no tiene por qué venir con tanta mentira.

René dio por terminada la discusión. Bajó la cabeza y se encaminó a su cuarto. La

encargada, lejos de darla por terminada, lo siguió. Metiéndose en el cuarto antes que René, dio un grito de triunfo. Se había precipitado sobre la mesa de noche para coger la taza. Alzándola como la hostia consagrada se la mostró.

—¿Qué me dice ahora? —gritaba, riendo a más no poder—. ¿Qué me dice? Mire la taza. —Se quedó callada unos segundos y acercándose a René dijo por lo bajo—: ¿Estará perdiendo la memoria o algo peor...? —Hizo con la mano un gesto muy significativo.

Y en verdad fue como para volverse loco. Lo que se nombra sinrazón, disparate, confusión, empezaba a posesionarse de su mente. Una simple taza se convertía bruscamente en *corpus delicti*, en arma ofensiva, en un animal dañino. La encargada no era ahora la mujer de todos los días, sino una Némesis, la cabeza de la Medusa, la Justicia vendada. ¿Y él, qué era entonces? El animal acorralado, uno de los Santos Inocentes. Empezaba a entrever la degollación. No es que buscara el melodrama, *le grand-guignol*, pero esa taza, esa encargada, el Mane, Tecel, Phares sobre la pared del cuarto de una casa de huéspedes. Era ridículo, irrisorio, él no tenía imperio alguno que perder. Pues sí, iba a perder su imperio de un lugar llamado tranquilidad, reposo del alma. La encargada no había urdido nada, hablaba como los Santos Evangelios, la verdad, la pura, refulgente verdad, solo eso: usted me pidió una taza de café, y ahí está, no la inventé... Entonces, vuelta a empezar con la carne, porque de ella se trataba; la encargada no tenía por qué maquinarse nada contra él, a lo mejor ella también estaba en la batalla por la carne y era uno de sus emisarios.

Como si quisiera disipar sus pensamientos abrió la ventana y se asomó. Dejó vagar la vista por la calle, y de pronto sacó medio cuerpo fuera. La encargada, al ver lo que hacía, se abalanzó a la ventana; sin duda algo estaba ocurriendo y ella no quería perderse. René no le dio tiempo: saltando bruscamente hacia atrás, cerró la ventana con estrépito y corrió la cortina. La encargada salió del cuarto hecha un basilisco, jurando y perjurando que René estaba loco de remate. Junto a la puerta estaban las dos solteras del hospedaje en el «noble» y milenarío oficio de espiar, con el oído incrustado en la puerta, de tal modo que la brusca salida de Juana casi las hace caer al piso. Se repusieron pronto de su sorpresa y echándose sobre ella hicieron mil preguntas sobre los grandes acontecimientos que, a su juicio, tenían lugar en el cuarto de «El silencioso», como llamaban a René.

Las preguntas quedaron sin respuesta. Como una tromba, René salió del cuarto, y lo mismo que un barco es pasado a ojo por otro barco, pasó a ojo a las tres mujeres, bajando la escalera en cuatro trancos. Ya en la calle, se recostó en una pared, vacío y flojo, sin ánimo para dar un paso. Percibía que acababa de empezar una nueva estación de su vía crucis pro carne. La encargada no estaba loca. Cuando él se asomó a la ventana y vio al otro, se convenció de que la carne no lo había olvidado. Volvía por el contrario con renovados bríos a ensañarse en la suya.

Miró hacia la esquina. El otro permanecía en el mismo sitio y lo miraba fijamente. Tenía vida real; era de carne y no iba, como en los sueños, a esfumarse.

Desvió la vista, pero el otro cambió de posición y, como dos pistolas, apuntó sus ojos en los suyos. Echó a andar y lo invitó a seguirlo. Sería tonto no obedecer, de nuevo lo tendría montando guardia en la esquina o llevando su audacia a meterse nuevamente en su cuarto. René caminó en su dirección. El otro, en vez de detenerse, apretó el paso, metiendo a cada instante la cara en los bares como buscando algo que sirviera a su propósito.

Así caminaron unas cuadras. Un cierre del tránsito facilitó a René situarse cerca. Le dijo que estaba a punto de la desesperación, y el otro, como si no hubiera oído, no contestó. La luz verde dio paso a los peatones; el otro apresuró el paso, se metió en un pasaje, y pasadas unas calles solitarias, entró en una sastrería.

Pidió al dependiente unos modelos para ver si él y su hermano se hacían cortar dos trajes. René lo oyó con gran estupefacción. El otro, señalando un espejo de cuerpo entero, le hizo señas para que lo siguiera. Una vez que estuvieron frente al espejo, dijo:

—Solo faltaba esta prueba. Nos parecemos como dos gotas de agua. —Miró fijamente a René y añadió—: Ahora no podrán negarme el puesto.

Dejándolo con la palabra en la boca, salió al encuentro del dependiente, que traía un catálogo, y lo hojeó con gran desenfado. Después le señaló a René un modelo de su gusto. El dependiente preguntó si eran mellizos, el otro respondió que se consideraban los mellizos perfectos. Acto seguido cerró el catálogo y, dando por terminada la entrevista, se despidió del dependiente.

Una vez en la calle, dijo a René, con una voz muy parecida, que se merecían un trago. Al oír esa voz que recordaba la suya, René dio un paso atrás, pero el otro, cogiéndolo por el brazo, lo hizo entrar en un bar.

Se sentaron. Pidió de beber y puso un disco:

—Todo me gusta hacerlo con música, es más inspirado. —Después adoptó un tono solemne—: Y ahora le pido excusas.

—¿Excusas? —musitó René con dejo de amargura.

—Excusas —repitió el otro, mojándose los labios tras darse un trago—. En primer lugar le debo una explicación, me gusta ser correcto en cada momento. En segundo lugar, como es mi superior, le debo miramientos. En tercer lugar, espero que usted me guarde consideraciones en el trabajo que nos espera.

—¿Trabajo? —exclamó René—. ¿Tenemos que hacer algo en común?

—No algo, mucho —recalcó, encendiendo con afectación un cigarrillo—. Ignoro lo que vamos a hacer, pero supongo que no me pagarán un sueldo por no hacer nada.

—Oiga —dijo abruptamente René—. Oiga bien esto: nada tengo que hacer con usted.

—Ah, ah —sorbió ruidosamente—, no lo dudo. Sin embargo yo sí tengo que ver con usted.

Se quedó mirando fascinado el licor del vaso.

—¡Basta! —gritó René.

—Por favor, no haga escenas —susurró el otro—. Soy tan joven como usted y sé tomar sin embargo las cosas filosóficamente.

—Usted sí —dijo René con dolor—. Usted nada tiene que perder. ¿Sabe que mi porvenir está en peligro?

—Ignoro su porvenir —contestó el otro—, de modo que no puedo saber si está o no en peligro. En cuanto a que yo nada tengo que perder, se equivoca. Puedo perder la vida. No obstante, para qué quiero esta carne si no puedo alimentarla y hacerla gozar como ella se merece.

—Bien —dijo René apoyando los codos en la mesa—. No voy a perder mi examen porque se le antoje tenerme aquí sentado como un idiota.

—Así se habla. Pero oiga, y no es que quiera inmiscuirme en sus asuntos, yo usted abandonaba ese proyecto de examen.

—¿Dejar de lado todo un esfuerzo de meses? ¿Sabe lo que está diciendo?

—No le servirá de nada en su nueva vida.

René lo miró aterrado.

—A juzgar por los ejercicios que he venido realizando durante seis meses, me figuro que su nueva vida no estará relacionada con exámenes ni con escuelas.

—¿Entonces, con qué? —Y René lo sacudió por las mangas del saco.

—Será mejor que cuente la historia completa —dijo con vivacidad—. Creo que será mejor. Bueno —suspiró—, me aburría en el barrio. Mi hermano, con veinte años, no tenía ni para comprar cigarros. ¿Mujeres? Ni hablar. A veces me pasaba tres meses reuniendo un peso para ir a la cama con una puta. Encontré empleo en una fábrica de curtir cueros. Los ácidos me arruinaban las manos. Como me desagradan los trabajos duros, solté al mes. Estaba en las últimas, cuando un día conocí a un señor.

—¿Cómo era? —interrumpió René.

—Como todos los señores. Entró en el café donde yo jugaba al billar. Esperó, y cuando salí, me siguió y me preguntó la hora. Empezamos a conversar. Me ofreció trabajo como doble. Dijo que pagaban muy bien. Eso me encendió la sangre. Afirmó que yo me parecía muchísimo a una conocida estrella de cine, a la que hacía falta un doble para escenas de peligro. Con unos cuantos retoques y poniendo de mi parte, acabaríamos por completar el parecido. Me dio una dirección, y a la mañana siguiente me dirigí a su casa.

—¿Vive en el barrio oeste? —exclamó René, recordando la casa en que cremaran a su padre.

—No, vive en el mismo centro, en un piso cuarenta, en el *penthouse*. ¡Ah! —Y le brillaron los ojos—, qué licores y qué comida, hermano. Cuando llegué me esperaba con otro tipo, un viejito, que me saludó muy amable y me dijo que el señor le había hablado muy bien de mí. Sacó una foto suya y me la enseñó. Como parecía una foto mía, pregunté dónde la habían conseguido. Se echaron a reír y convinieron que las cosas tenían un excelente comienzo. Entonces me aseguraron que estaba contratado y podía quedarme a vivir allí. El señor abrió una puerta y me señaló un cuarto lujoso,

diciéndome que esperaba que fuera de mi agrado. ¡Imagínese si no lo sería! «Vamos», me dijo el viejito, «a cenar ahora mismo, pero antes haremos la primera prueba». «Muy bien», dije yo, «a sus órdenes». Entonces el señor, que había desaparecido, volvió al salón y le dijo al viejito que todo estaba listo. «Pues manos a la obra», dijo el viejito. «Veremos qué tal se porta». «Me portaré como un macho», dije yo. Entramos en otro salón. Allí estaba un tipo amarrado, otro viejito, pero viejito de verdad, con barba y chiva. El viejito de la casa me puso una pistola en las manos y me dijo que la escena consistía en que yo, haciendo de doble de la estrella, debía disparar sobre el Maligno —y designó al viejito amarrado—. «Bueno, lo haré, pero no veo el peligro; ese viejito está amarrado. ¿Qué daño puede hacerme?». «En efecto», dijo el viejito sin barba, «no hay el menor peligro, pero ocurre que a la estrella no le gusta hacer esta escena; la estrella prefiere el romance...». Entonces, el viejito de la barba al que el viejito sin barba acababa de quitarle la mordaza me dijo: «Oiga, joven, esto es un asesinato; esa pistola está cargada y quieren que usted dispare sobre mi carne. Sé que no tengo salvación, pero muero por la Causa». «Eso es lo que dice el Maligno», dijo el viejito, «esa es su escena. Ahora la repetirá; cuando termine, usted pone la pistola en el corazón y dispara». «¡Mentira! Es una infame mentira», dijo el viejito de la barba, «quieren asesinarme». A medida que el viejito con barba hablaba, el viejito sin barba me hizo acercar al corazón de este y, cuando acabó de hablar, me dijo: «Ahora dispara contra el Maligno». Apreté el gatillo y el viejito se retorció en sus ligaduras; un río de sangre salió de su boca, la cabeza cayó sobre el pecho. Lo había matado de verdad.

—Muerto... —murmuró René absurdamente.

—Como se lo cuento. El viejito me dijo: «¡Qué curioso! La pistola estaba cargada, pero no tiene importancia, lo esencial es que aprendiste tu papel. Ahora vamos a cenar». Yo le dije: «Pues si lo esencial es la escena, no hay más que hablar». Él me dijo: «Serás un excelente doble». «Eso creo», dije yo, «Me gusta». Y cenamos.

René se sintió mal. El otro había suspendido abruptamente el relato y se espantaba las moscas con la majestad con que lo hace un león. En eso vino el camarero y preguntó si deseaban algo más. El otro pidió la cuenta, pagó, sacudió rudamente a René que estaba como hipnotizado; se ajustó el nudo de la corbata, se alisó el pelo y dijo:

—Vámonos de aquí. Hay muchas moscas.

René lo siguió como un autómata. El otro llamó un taxi y pronto estuvieron en el centro. Entraron en un restaurante de lujo. Eran las ocho de la noche.

—Le contaré la segunda escena —dijo subiendo las escaleras—. Además, tengo hambre; además, no hay moscas; además, estamos más cerca...

—¿Cerca de dónde? —inquirió René, dejándose caer en una silla.

—A las nueve tengo que personarme en casa del viejito. Hay tiempo para todo, hermano. ¿Cena o no? Tengo un hambre horrible. Mientras comemos le contaré la segunda escena.

—No voy a oír más escenas —dijo René—. Me marchó. Si trata de impedírmelo llamaré a la autoridad para que tome cartas en el asunto.

—Yo mismo la llamaré —replicó el otro.

Y pidió al camarero que buscara a un policía.

—¿Se puede saber de qué va a quejarse?

—Si no me deja ir, contaré a la policía cuanto acaba de decirme.

—Perderemos un poco de tiempo, pero si eso le gusta, hágalo.

Se puso a tamborilear en la mesa. Viéndolo tan sereno, René empezó a tener un miedo terrible. Ya casi estaba por decir que aceptaba el relato de la segunda escena, cuando vio que el camarero venía acompañado de un policía.

—Venga, señor agente, siéntese —exclamó jovialmente el otro—. Este señor —y designó a René— desea hacerle una declaración.

René de pronto se excusó.

—¡Cómo! —dijo el policía—. El camarero me llamó.

—Está un poco nervioso, señor agente; eso es todo. Yo le contaré lo que ocurre. Él es una estrella del cine y yo soy su doble. Hacemos películas de crímenes. Matamos gente, ¿me entiende? El otro día maté a un viejito. A él no le gusta matar; por eso me tiene a mí; a mí sí me gusta, además, me pagan bien; además, no tengo que matar moscas; además, me sale de aquí —e hizo un gesto obsceno con la mano.

El policía se echó a reír; entre carcajadas dijo a René que si tan solo se trataba de matar, la cosa era perfectamente legal y que se daba perfecta cuenta de que ellos trabajaban en el ramo de la carne. Hizo una reverencia, dio las gracias al tipo por un tabaco que le regaló y salió comentando con el camarero lo simpáticos que eran esos muchachos.

—Ya ve que eso de recurrir a la policía es letra muerta. Trabajamos en un negocio legal que paga sus impuestos y proporciona al público ratos de esparcimiento. Dicho esto, paso a contarle la segunda escena.

—Preferiría marcharme —dijo René con la misma cara con que, aterrado, había mirado a Powlavski.

—Verás —dijo el otro, haciendo caso omiso de la imploración—. Al día siguiente el viejito me dijo que la escena consistía en que yo ahora tenía que hacer el papel de acorralado, huir de una emboscada y caer en otra emboscada y perder la vida. «Coño», me dije, «si pierdo la vida todo se acaba». Al mismo tiempo pensé que si me habían contratado no sería para asesinarme, y también que podía ocurrirme lo que al viejito de la barba. «Bueno», me dije, «pero no puedo negarme a hacer la escena». Fuimos a un salón de mayores dimensiones que el anterior; una vez allí el viejito me dijo que tenía que atravesarlo corriendo, con la cara desencajada del que está en trance de muerte; que una vez que llegara al otro extremo del salón me recostara, jadeante, contra la pared. Así lo hice. Si vieras la loca carrera que emprendí y cómo me incrusté en la pared con la lengua fuera. Entonces salieron dos tipos armados con pistolas y me dispararon a quemarropa. Dije para mis adentros: «Muerto soy». Me

miré, la sangre no salía; entonces, desde el otro extremo del salón, oí los aplausos del viejito. ¡Estaba vivo, mi hermano!

René miró en torno suyo y tuvo la impresión de que la gente que llenaba la cafetería, ellos dos incluidos, eran cadáveres, los cortinajes negros, las mesas, tumbas y sus mármoles eran lápidas. Involuntariamente murmuró:

—No hay escapatoria.

Y cerró los ojos.

El otro lo zarandeó.

—Despierte, hermano. Aún no terminé. Falta lo mejor.

—Lo peor... —dijo René con un hilo de voz.

—No, lo mejor. Oiga: debe ser una estrella de primera magnitud, le diré por qué. A los dos días de estar viviendo en la casa del viejito conocí al doble de este y al del señor. Solo ellos lo tienen. Si me tiene a mí de doble suyo, es usted muy importante. ¿Qué piensa de esto?

—Nada pienso —contestó René sordamente—. Pero si no me está tomando el pelo, es preciso que lo saque de su error. No soy ningún astro de cine. Nunca me he visto en la pantalla.

Fue interrumpido por las carcajadas del tipo. Hizo tantos aspavientos que terminó por volcar la ensalada que el camarero acababa de poner en la mesa.

—Claro que lo sé. Sé muy bien que no es una estrella de cine. He contado lo que, al principio, me hicieron creer. Después el viejito me dijo que usted es el jefe de la Causa y que yo debía cubrirle la retirada en todo momento.

—¡Eso dijo!

—Eso... —Y trataba como de recordar enteramente su conversación con el viejito—. Me dijo que solo perdería el empleo de doble con mi muerte.

—O con la mía —repuso René impetuosamente, recordando el caso de Martín.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó asombrado el otro.

—Lo presumo —dijo René evasivamente.

—Deje de presumir cosas. Vea la realidad como es. El viejito me dijo: «También perderías el empleo si a él lo asesinan». ¿Y sabe también lo que me dijo? Pues me contó que si me liquidaban, en el acto le pondrían un nuevo doble.

—No hay escapatoria —volvió a murmurar René.

—Escapatoria o no, hay que vivir, hermano. Y ahora, comamos. Tengo un hambre feroz.

Se puso a devorar cuanto había en la mesa. René aprovechó su gula salvadora, se deslizó del asiento y salió del restaurante. Eran las ocho y media de la noche; si lograba dominar sus nervios, tendría tiempo para llegar a su casa, cambiar de ropa y asistir al examen. Lo que más le importaba ahora, en vez de salir airoso de la prueba, era demostrar a esos jefes implacables que podía oponerse a sus planes. Sabía que su suerte estaba echada, pero los señores no se saldrían fácilmente con sus propósitos. Parado en la acera pensaba cómo escapar de sus garras, cuando se acordó del

ofrecimiento del sepulturero y decidió ir al cementerio y encerrarse en él por el resto de sus días. Cuando iba en busca del ómnibus, el otro se le plantó delante con la cara sofocada.

—Qué modo tan singular tiene de despedirse, hermano. Ni un apretón de manos. Y yo con esto en el bolsillo —y agitó ante los ojos de René un papel.

—¿Qué es eso? —preguntó René involuntariamente, aunque sabía que le mostraba un papel doblado.

—Un papelito que me han dado para usted.

Con un rápido movimiento metió el papel en un bolsillo del saco de René, saludó y emprendió una carrera, perdiéndose entre el gentío.

Como temiendo que alguien pudiera sacar el papel de su bolsillo, René lo empujó hasta el fondo. Al recordarle los dos anteriores, el terrible papel causaba el efecto de una granada que llevara con inminente riesgo de su vida. Por tercera vez ponían un papel en sus manos y por tercera vez hacía la misma reflexión: desde el fondo de su tumba su padre le enviaba sus mortíferos mensajes. ¿Y si ahora mismo, sin detenerse a pensar en las consecuencias, sacaba del bolsillo el papel y lo rompía en mil pedazos? En ese caso el mensaje que contenía sería letra muerta. Al mismo tiempo pensó que otros miles de papelitos como este aguardaban turno para salir en su busca. Dondequiera que se refugiara llegaría uno de esos papelitos y se vería obligado a enterarse de su contenido. Decidió no romperlo, e igualmente decidió no leerlo hasta pasar el examen. Aceptaba la adversidad, y paradójicamente se rebelaba contra ella, fingiendo ignorarla. La hora que faltaba para asistir al examen, la hora de duración del examen mismo, eran tiempo no incluido en esa adversidad.

Llegó a la casa de huéspedes y entró en su cuarto. La encargada lo siguió con reproches, diciéndole que fuera buscando domicilio porque a ella no le gustaba tener dementes en su hospedaje; que debido a su conducta anormal una de sus huéspedes había sufrido un desmayo. René se excusó y le dio con la puerta en las narices. Se bañó, se vistió rápidamente, y a los pocos minutos estaba en la calle. Registró sus bolsillos; sí, allí estaba el papelito. Pero al mismo tiempo «no estaba» en el bolsillo. Solo «estaría» después del examen.

Al llegar a la escuela fue recibido alegremente por sus compañeros. Por algo era el alumno más destacado de su curso. Alguien propuso que después del examen podrían ir a un bar a festejar el acontecimiento y, más que eso, a homenajear a René como el taquimecanógrafo *par excellence*.

Un timbrazo avisó que la prueba iba a comenzar. Todo ese mundo bullicioso entró en el aula. A pesar de las muestras de afecto, a pesar de hallarse en lugar tan opuesto a la batalla por la carne, René solo pensaba en ella. Debía tener la cara muy compungida, pues una de las muchachas le preguntó si se sentía mal. René no tuvo tiempo de contestar: el profesor dictaba los temas de examen.

Los temas no ofrecían ninguna dificultad, y hasta podía desarrollarlos en un tiempo menor al fijado. Sin embargo sentía un inmenso desgano, como si contestar el

examen resultara totalmente inútil. El papel en el fondo de su bolsillo lo excluía drásticamente del mundo de la normalidad. Para qué responder la prueba si ya habían determinado por él. Mientras sus compañeros escribían, René, lápiz en mano, no se atrevía a comenzar; le pareció que en vez de contestar las preguntas llegaría a escribir con signos taquigráficos el infame relato hecho por el otro. En este trance pasó unos diez minutos, hasta que el profesor, advirtiendo que permanecía sin escribir, se le acercó. René dijo que estaba pensando, y acto seguido se puso a escribir con gran rapidez. Todo pareció marchar sobre ruedas, pero solo por unos minutos. De nuevo alzó el lápiz, apartó el papel, se levantó y, trastabillando, se llegó a la mesa del profesor. Se desarrolló entre ellos una breve conversación en voz baja; el profesor movió la cabeza deplorando; René le estrechó la mano y abandonó el aula.

En la calle sacó el papelito del bolsillo. Estaban «preparados» y «esperaban» su llamada de «día y de noche». Incluían un número de teléfono.

Se echó a correr en busca de un teléfono. Quería comprobar si todo era una broma macabra o si en efecto lo esperaban de día y de noche. Marcó el número y con voz temblorosa dio su nombre. Una voz nasal se deshizo en cumplidos y expresó que estaban seguros de que no fallaría. La voz nasal añadió que de tenerlo a bien se dignara pasar por la Sede, aquí dio una dirección, esa misma noche; desde ese momento lo estaban esperando con gran impaciencia. Para su desconcierto, la voz nasal dio por terminada la conversación, y René colgó. Una y otra vez se repitió la dirección; estaba tan conturbado que no advirtió que tenía el edificio casi en sus mismas narices. En efecto, la imponente mole de un rascacielos, con sus ventanas iluminadas, parecía un faro sobrehumano señalando el camino hacia la carne. René lo contempló y se dijo que a tamaña arquitectura corresponderían tamaños terrores, como los que tras sus ciclópeos muros lo esperaban.

Casi a la entrada del edificio, miró en torno, esperando encontrarse con el otro. No había nadie. Eran las diez de la noche. Recordó que le había dicho que su cita con el viejito era a las nueve.

Tendría que presentarse solo, aunque daba lo mismo: en la Sede se le conocía de antemano. Tal comprobación estuvo a punto de hacerlo retroceder y encaminarlo hacia el cementerio. Sin embargo reflexionó: más valía dejar las cosas en claro de una vez y para siempre con jefes y emisarios de la carne. Se hizo el firme propósito de permanecer ecuánime, sin contradecir a sus verdugos.

Entró en un ascensor expreso. René sintió que la velocidad agolpaba la sangre en su cabeza. Por fin las luces indicaron que se hallaba en el piso cuarenta. Apenas salió, alguien que lo esperaba lo tomó del brazo y señaló una puerta situada al fondo del pasillo. En ella estaba de pie un señor que no bien lo vio se adelantó a recibirlo. Lo condujo a un vasto salón y le pidió que aguardara un instante. Apenas si había puesto sus ojos en un magnífico tapiz que representaba un atrevido episodio de la mitología, cuando hizo su aparición un viejo que respondía punto por punto al «viejito» descrito por el otro. René retrocedió, y para gran sorpresa suya el viejito le hizo una

reverencia acentuada. René iba a responder con otra reverencia, cuando el viejito, abatiéndose aún más, dijo con tono de profundo respeto:

—Salud, jefe.

René llegó al colmo del estupor.

Con el mismo tono respetuoso y guardando una conveniente distancia el viejito continuó:

—Su padre le legó la antorcha de la santa Causa del chocolate. Es por eso que lo esperábamos de día y de noche.

Hizo una pausa y, como reflexionando hondamente, añadió:

—Mi jefe, ha llegado el momento de entrar en acción.

René dio involuntariamente un paso atrás.

—La Causa espera que vuestra carne —confirmó el viejito volviendo a inclinarse— tierna, ardiente y jugosa, os depare días gloriosos. Ha llegado la hora de echarla a correr por montes y valles.

—¿A correr? —gritó René avanzando hacia él hasta casi tocarse las caras.

—Por montes y valles —reiteró haciendo tan profunda reverencia que casi su cara tropezó con los zapatos de René. Luego añadió en tono solemne—: Por el momento el papel de la Causa es la retirada. Por supuesto, siempre infligiendo daño al enemigo. Por los informes de su padre sabemos que explicó a usted exhaustivamente los vaivenes de la Causa y su posición actual. De modo que no es necesario entrar en mayores detalles. Eso sí, debo aclarar que somos los grandes perseguidos, a la espera de tornarnos en los grandes perseguidores. Cuando esto se produzca, entregaremos a nuestros actuales perseguidores el conjunto de normas y preceptos del perseguido; a su vez, ellos pondrán en nuestras manos los archivos del perseguidor, y la batalla por la carne proseguirá sin descanso por los siglos de los siglos. Los simples de espíritu estiman que defendemos el chocolate. Déjelos en su tonta creencia. A usted, un jefe, confiaré la verdad. El fondo de la cuestión no es el chocolate. En juego está la carne misma. Ahora bien, ¿cómo perderla? He ahí los preciosos servicios del chocolate. Nunca se alabará bastante esta infusión. El chocolate se presenta ante la carne con mirada implorante, con ojos arrasados en lágrimas y le dice: «Estoy en mortal peligro, sálvame, los enemigos me acosan. No olvides que salvándome te proporcionas lo que más anhelas en esta vida, tu propia perdición. Sé que estás deseosa por ser blanco de balas y cuchillos». Y con sonrisa chocolatesca da un salto y se escuda tras la carne, que al momento cae segada en flor por los perseguidores.

—Es asombroso —murmuró René, mirando las paredes como si fuesen de chocolate y se hubiesen puesto a implorar.

—Asombroso —subrayó el viejito, en mitad de sus eternas reverencias—. Y ocurre algo todavía más asombroso: cada vez que el chocolate acude a escudarse en la carne de los perseguidos, los perseguidores esperan trémulos que ella lo rechace. Entonces no quedaría otra salida que correr a ampararse en la carne de ellos; *ipso facto* se convertirían en perseguidos, cayendo segados por millares.

—¿Y si la carne...? —preguntó René sin atreverse a completar su pensamiento.

—Ya sé lo que quiere preguntarme. Si la carne se niega a correr, ahí está el chocolate para darle jaque. ¿No ve que es él y solo él quien la mantiene en la pista? Parece absurdo a primera vista que algo que nos importa un bledo obligue a correr por montes y valles hasta caer un día abatido por plomos o cuchillos. Sin embargo piense que lo absurdo sería que la carne, sin pretexto alguno, se echara a correr por montes y valles. ¡Oh! —gritó dando exaltados brincos—. El chocolate es un poderoso excitante. —Enseguida, y como cogido en falta, se ruborizó e hizo una nueva reverencia muy acentuada—. Todavía a mis años me exalto. Podría pasar lo que me resta de vida hablando incansablemente de la carne. Un gran pesar me roe el corazón: acaso la mía no perecerá en plena carrera; soy un jefe de segundo orden; podría ser olvidado.

—¿Por quién? —inquirió René.

—Por los dientes... —dijo melancólicamente—. Olvidado por ellos. —Miró a René con noble envidia y volviendo a abatirse hasta el piso, murmuró—: En cambio, usted...

—¿Yo? —gritó René con ardiente curiosidad.

—Tiene tantas probabilidades de perecer en la carrera —confirmó con inenarrable alegría—. Piense que los dientes casi alcanzan su carne, que la distancia se acorta, que sin violar las normas y preceptos de la huida, va perdiendo terreno, y que, al fin, cae bajo los afilados colmillos, lo mismo que su padre. ¡Oh, qué hermoso día, qué hermoso!

—Ha dicho usted algo de normas y preceptos —apuntó René creyendo encontrar un resquicio salvador.

—Así es —explicó—. Toda carne, al mismo tiempo que anhela ser despedazada, debe defender el terreno palmo a palmo.

—¿Hasta dónde, señor? —vociferó René fuera de sí.

—He ahí el problema. Hasta dónde... Pues hasta que no exista un palmo de tierra en que posar la planta. Creo que su padre le contaría cómo el terreno, con el correr de los años, se iba recortando para él. Usted mismo participó de esos éxodos. ¿No recuerda la noche en que dejamos las costas europeas por las costas americanas?

René miró al viejito tratando de reconocerlo.

—Yo era el chófer que los llevó al aeropuerto. Pero echemos a un lado los recuerdos, son papel mojado, y volvamos a lo que me preguntaba: la Causa manda que se corra hasta que un obstáculo infranqueable obligue a la carne a detener su carrera.

—¿Y entonces...? —preguntó René anhelante.

—Entonces la carne entona su canto de cisne. Es el momento supremo.

—Pero dígame: ¿no se toma en cuenta la justicia?

—No hay justicia, jefe, solo hay carne —concluyó—. Salirse de los límites de la carne significa caer en el vacío y en la anfibología. No se haga ilusiones. Solo hay el

choque de una carne con otra carne.

Moviendo la cabeza, consultó su reloj. Con gran sentimiento pidió a René la venia. Debía retirarse. Ciertos despachos carnales esperaban por él. Si lo tenía a bien, lo citaba para mañana, junto con su doble, con el objeto de ponerse de acuerdo sobre una operación de envergadura que tenían planeada. Por último dijo que si lo deseaba, desde ese momento podía instalarse en las habitaciones reservadas para él en la Sede.

—No ahora —dijo René, pensando sepultarse en el cementerio—. Tengo que resolver algunos asuntos, pero mañana, a primera hora me tendrá aquí.

—Encantado —contestó el viejito—. Lo seguimos esperando de día y de noche.

Volvió a hacer una gran reverencia y acompañó a René hasta el ascensor. Le tendió una mano flácida, y al estrechar la de René, se quedó fascinado contemplando la magnífica carnación del juvenil jefe de la Causa. Entonces, con inmensa amargura, balbuceó:

—Tierna, ardiente, jugosa. Por montes y valles.

Tierna y jugosa

Un buen día René tuvo la comprobación definitiva de que estaba hecho de carne. Fue preciso un año entero y la sucesión de diversas experiencias que culminaron en una memorable tarde del mes de junio.

Después de la dramática entrevista sostenida con el viejito en la Sede de la Carne Acosada, René había ido a refugiarse en el cementerio. El sepulturero, manteniendo su palabra, lo aceptó como ayudante de enterrador. Puso en sus manos un cubo de cal y lo mandó a blanquear fosas vacías, que tras haber estado ocupadas por años, servirían para nuevos cadáveres.

Precisamente este oficio de blanqueador de sepulcros venía como anillo al dedo. Solo tenía que vérselas con puros huesos; los cavadores los dejaban apilados y los transportaban hasta el gran osario. Lejos, pues, de la carne, y qué seguridad contemplar esos huesos sabiendo que nadie sobre la tierra se interesaría en su persona para comprometerla en la batalla por la carne.

Pocos días duró esta convivencia con sus amados huesos. Estaba una mañana blanqueando una fosa cuando advirtió que un cortejo fúnebre se dirigía hacia el sitio en que se encontraba. Iban a enterrar el cadáver en una fosa cercana a la que blanqueaba en ese momento, y apenas tuvo tiempo de esconderse detrás de un panteón. Para su estupor, las cinco personas que componían el cortejo eran el viejito y cuatro desconocidos que llevaban el ataúd.

A una señal del viejito lo depositaron en tierra. En ese momento llegó el sepulturero con dos ayudantes. El viejito saludó al sepulturero y le hizo entrega del acta de defunción y del permiso de enterramiento; dijo que no tenía tiempo para asistir al sepelio y, por tanto, le confiaba la triste misión de enterrar los despojos. Entonces, acercándose al ataúd y poniendo los ojos en blanco, pronunció con acento lastimero:

—René, descansa en paz.

Entregó dinero y se fue con sus cuatro acompañantes.

Mientras se alejaban el sepulturero miraba embelesado los billetes. Ninguno de los cientos de dolientes que iban al cementerio lo gratificó nunca con tanta esplendidez. Miró a su alrededor como buscando algo, y finalmente gritó:

—¿Dónde te has metido? Ven, este muerto nos trajo suerte.

René dejó el panteón y llegó junto al sepulturero.

—¿No oíste que el muerto se llama como tú?

René no contestó; miraba el ataúd como queriendo penetrarlo y descubrir el cuerpo encerrado. El sepulturero lo zarandó.

—Estás en Babia. Despierta y mira lo que ese señor me ha dado —y agitaba los billetes—. Vamos a celebrarlo con un trago.

René se excusó afirmando que no tomaba por la mañana.

—Tú te lo pierdes.

Una vez que el sepulturero y sus dos ayudantes se alejaron, René se acercó al ataúd. Tenía que descubrir la cara de ese muerto que se llamaba como él. ¿O sería que el viejito lo había visto y para recordarle su alejamiento de la Sede de la Carne Acosada daba al muerto su propio nombre? De cualquier manera, aunque constituyera una profanación, estaba decidido a verle la cara. Cuando iba a introducir una pequeña barrena por entre los intersticios de la tapa del ataúd, advirtió que estaba abierta, con sus clavos presentados, y la levantó. Dentro del ataúd reposaba su doble, vestido con el traje con que lo había conocido. Parecía que acababan de asesinarlo. El traje estaba manchado de sangre.

Entonces corrió como un loco hasta la Sede de la Carne Acosada. El viejito, que no pareció darle mayor importancia a su dramática reaparición, respondió con gran calma a sus preguntas.

Había querido dar digna sepultura a los despojos mortales de su doble, muerto en el cabal cumplimiento de su cargo. En modo alguno había elegido ese cementerio con el propósito deliberado de asustar a nadie e ignoraba por completo que él desempeñara el oficio de blanqueador de fosas. Que se había marchado por tener que evacuar una diligencia de la mayor importancia; y que, por último, la tapa del ataúd se había quedado semiabierta por puro descuido.

René hizo algunas objeciones, pero el viejito desmenuzaba los hechos con lógica tan aplastante que no le quedó más remedio que dar por bueno cuanto decía. Su lógica venía a ser un aspecto táctico en la estrategia de su batalla por la carne. Es decir, cuando argumentaba, las cosas tal y como las contaba, ¿había que aceptarlas como artículo de fe? En una batalla tan descomunal entre la verdad y la mentira no existía una línea de demarcación: ambas eran instrumentos que, según el caso, servían a la estrategia de la Causa.

Por esto, René decidió hacer un paréntesis en su oficio de blanqueador de fosas y aceptar el nuevo ofrecimiento de residir unos días en la Sede. Con aguda percepción el viejito captó su decisión de mantenerse a la expectativa: comprobar si la carne daba nuevas señales de vida o por el contrario lo dejaba definitivamente en paz.

René estaba bien encaminado en su decisión. Aceptar empleos y contestar exámenes, compartir las mil y una menudencias de la vida social, carecían de seriedad de basarse en los caprichos de la carne. El desempeño de tales actos no podía tener seriedad interrumpidos a cada instante por un asalto carnal. Por cuarta o quinta vez lo comprobaba. Tanto su profesor como el sepulturero pensarían que estaba loco de remate.

Este enclaustramiento voluntario lo hizo ver claramente su situación: estaba hecho de carne. Hasta ese momento poco había pensado en una verdad tan meridiana. Con el decursar de los días, en el aislamiento y el silencio de su cuarto, esa verdad se le revelaba con una fuerza incontrastable. Así pues, la admitió. No se trataba de aceptar el sucio negocio de la Causa, ¿pero disponía de otra cosa que no fuera su carne para oponerla, como argumento convincente, a los que se empeñaban en

hacerlo vivir la vida de la carne? Por más que se escrutara, no encontraría nada que no fuera carne. En su cuerpo no existía la menor partícula de madera, piedra o metal. Frente al espejo contemplaba su carne desde distintos ángulos, si la miraba de arriba abajo, con la esperanza de encontrar algo que no estuviera formado por la carne, debía desviar horrorizado la vista; si cruzaba sus miradas de derecha a izquierda, carne y solo carne contemplaba, hasta que la vista, alocada, se lanzaba en pos de cualquier objeto que la librara de tanta monotonía.

El único argumento de peso que podría presentar, a los que lo tomaban por jefe supremo en la batalla por la carne, consistía precisamente en demostrar que no tenía en su cuerpo ni un adarme de carne. ¿Cómo osaría decirles que no iba a cerrar filas en esa batalla, si de la cabeza a los pies, estaba hecho de carne y nada más que carne? De no ser así, esa gente no se acercaría para confiarle el mando de sus fuerzas. Desde su posición, resultaban invencibles: no empleaban sofismas ni figuraciones, cuentos de hadas o argumentaciones casuísticas. Pura y simplemente decían: estás hecho de lo mismo que de lo que estamos empeñados en descomunal batalla. Por eso te exigimos que aceptes el mando de nuestras fuerzas.

Sin embargo, René se rebelaba y entonces recurría a ensoñaciones. No podía admitir su derrota. Imaginaba que hacía su aparición ante el viejito revestido de trajes. «Mire, estoy hecho con tela». El viejito sonreía socarronamente y empezaba a despojarlo de sus vestimentas hasta encontrar finalmente la carne. Con terror presentía las manos sarmentosas hurgar en su cuerpo. Otras veces pensaba presentarse enteramente desnudo diciendo con voz tonante al viejito que tanto él como sus partidarios eran de madera y que por consiguiente ellos no tenían derecho a molestar a las personas hechas de carne. El socarrón viejito se desnudaba silenciosamente, se acercaba y pegaba su flácida carne a la tierna y jugosa de René.

Así transcurrían sus días, con el agravante de convertir en definitivo su enclaustramiento provisional. Una tarde en que lamentaba su mala suerte, tocaron en la puerta. Al abrir, un hombre en pijama, como si estuviera a punto de desplomarse, estaba apoyado en el marco. Como una bandera al viento, el pijama flotaba en su cuerpo. René pensó que veía al hombre más flaco del mundo; apenas una delgada capa de carne recubría sus huesos; la piel de los brazos se mostraba arrugada y como sumida en la osamenta. Los ojos, en el fondo de sus cuencas, miraron ávidamente la tierna carne de René, y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—En qué puedo servirle —René trataba de dominar su impresión—. ¿Se siente mal?

El visitante permaneció silencioso. De su boca abierta empezó a brotar una baba espesa.

René lo llevó con cuidado y lo sentó en una silla.

La frente del visitante se perló de sudor; sus dientes castañeteaban; los ojos, como perdidos en una dolorosa ensoñación, giraban alocadamente. Parecía que no acertaba a posarlos en un punto. Al fin dijo susurrante:

—Cuánta carne, Dios mío. Usted no sabe qué tesoro posee. Un grande e inmenso tesoro. Carne de primera y en abundancia.

René le dijo que saliera de su cuarto en el acto. Se sentía molesto con su presencia y con sus elogios.

—Perdone —musitó el visitante—, pero cuando no se tiene lo que más se anhela.

Como si temiera que se lanzara sobre él, propinándole un mordisco feroz, René retrocedió.

—Me faltan las fuerzas —clamó el visitante. Abandonó la silla y se arrastró en pos de René—. Por lo que más quiera, permítame tocar su carne.

René no pudo impedirlo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, el visitante se estrechó contra su pecho y con frenesí hurgó en sus ropas. Un ronquido ahogado fue la señal de haber encontrado su carne. Por la emoción, se desmayó. René lo acostó en la cama. De nuevo el visitante le palpó el pecho y sacó la lengua. René se acordó de la escena de los lamedores en la escuela, y con gran trabajo se libró.

—Por favor —dijo el visitante—, deme algo de comer.

Sin esperar a que René le diera algún alimento, cogió un papel de la mesa de noche y lo devoró ávidamente.

—¿Qué hace? —exclamó René en el colmo del asombro—. Espere, voy a buscarle algo.

—Como de todo y en cualquier momento. No puedo dejar de comer. Tarde o temprano estos huesos estarán rellenos de carne —dijo al mismo tiempo que se llevaba a la boca otro pedazo de papel.

—Comiendo papel no creo que engorde —observó René aterrado.

—Todo es alimento. Todo se convierte en carne si lo mete en el cuerpo.

A pesar suyo, René dejó escapar una risotada.

—Lo creo firmemente. Solo que no ha llegado el día. El día de mi salida al mundo. Está escrito que haga una salida y está escrito que pierda la carne en esa salida. Cuando llegue el fausto día estaré tan gordo que no pasaré por esa puerta —y con gesto majestuoso la señaló.

—¿Está escrito? —murmuró René.

—Escrito —repuso con imprevista vehemencia—. Hace veinte años que aguardo el momento supremo. La Causa podrá contar con mi carne; entera la sacrificaré; tengo la certeza de que doscientas libras de carne irán a parar de cabeza en sus fauces.

Cuando se largara el visitante, René había decidido ir donde el viejito a pedir explicaciones. A despecho de cualquier interpretación, había un hecho cierto: una vez más los huesos de aquel visitante tenían la virtud de poner sobre el tapete el problema de la carne; allí estaban como una provocación, como si lo invitaran a descarnarse, y al mismo tiempo, por boca de ese despojo, expresaban el ardiente, infinito anhelo de llenarse de carne.

—No solo como papel. Como carne. Me dan toda la carne que pida. Duermo muy poco y a ratos. Me falta tiempo para comer la carne que me dan. Ellos también

quieren que llegue el día.

—Dígame —exclamó René aproximándose—, ¿cómo enflaqueció a tal extremo?

—Qué importa eso. Lo único que importa es el día.

Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta, casi arrastrándose. Pero René le cerró el paso. Brillaba en sus ojos tal ansiedad, que el visitante, poseído de terror, chilló como un condenado.

—¡Por favor, cállese! —imploró René. Buscó en los bolsillos de su pijama y encontró unas pastillas de menta.

—Se las regalo. Contribuyo así al triunfo de su carne, pero le suplico que me revele lo que lo ha convertido en un saco de huesos.

—Solo me interesa el día —repitió el visitante.

Se puso a canturrear «el día, el día...» y no hubo poder de persuasión capaz de sacarlo del estribillo. Sin saber qué hacer y queriendo obtener una respuesta, René le dio los caramelos que estaban sobre la cómoda. A medida que chupaba repetía «el día, el día». Por último se paró junto a la puerta y le hizo señas a René de que se acercara. Con gran misterio pegó la boca descarnada a su oído para decirle que si tanto anhelaba quedarse en los huesos no tenía ningún inconveniente en devorar su carne, y le pegó un mordisco en la oreja. Juzgando inútil luchar con semejante detritus, René lo echó a un lado y cerró la puerta.

A los pocos momentos tocaron de nuevo. Abrió dispuesto a expulsar al despojo, pero era el viejito, que venía a pedirle su opinión acerca del nuevo doble. Dejando de lado la cuestión del doble, René preguntó sobre el extraño visitante. El viejito, abandonando su habitual seriedad, se echó a reír.

—Por pura lástima lo tenemos albergado en esta casa. Ahora bien, no es un cualquiera. En su tiempo fue un fuerte candidato a una posición prominente en el Partido. No es de este país; vino hace años a buscar, en nuestros hombres de ciencia, remedio al misterioso mal que día a día devoraba sus carnes. Fue en vano, y nunca pudo tener su bautismo de fuego. El compañero que ocupaba el cargo que ahora ocupó, dejó una curiosa relación acerca del Descarnado, así lo llamaba, en la que menciona sus comienzos en la Causa. Por su padre, oscuro jefe de una aldea perdida en las montañas, tenía derecho a hacer perecer su carne. Creo haberle dicho que hay diversas jerarquías en esto de ofrendarla. No es lo mismo la carne sacrificada de un jefe que la de un simple miembro de fila. La del jefe, por estar defendida por uno o más dobles, esto depende a su vez de la preeminencia del jefe, limita sus posibilidades de sacrificio; no así la del miembro de fila, que a cada paso puede sacrificarla donde y como le venga en ganas. Con cuánto ardor no habrá defendido su derecho el Descarnado en el momento en que su padre sacrificó su vida en aras de la Causa. Le correspondía una jefatura —no de primera magnitud— pero jefatura al fin. Si no tenía derecho al disfrute de un doble (aunque jefe, por serlo de aldea solo podría disimular su cara con unos cuantos afeites), su carne gozaría infinitamente más que la de un simple miembro de fila, y, con harta probabilidad, llegaría a la consumación

sangrienta. Y digo que defendió su derecho, porque en esa época de que hablo el misterioso mal ya había hecho su aparición. Entonces el Partido, sin negar sus derechos a una jefatura, decidió enviarlo ante los hombres de ciencia con objeto de que entrara en carne lo antes posible. Desgraciadamente nada pudo hacerse; con el tiempo sus facultades mentales se fueron oscureciendo, hasta el punto en que hoy se encuentran.

—¿Es cierto que come carne a toda hora?

—Se le ha dado carta blanca en tal sentido. Sabemos que es inútil, pero no podíamos negarnos a tan inocente petición. Además, a lo mejor empieza a entrar en carne y podríamos enviarlo a su aldea.

—Pero esos hombres de ciencia no llegaron a descubrir la causa de su descarnamiento.

—Desdichadamente. De haber acertado, tendríamos un precedente para futuros casos. En mi humilde opinión de profano...

Se interrumpió bruscamente como dando a entender que su opinión carecía de fundamento. Caminó en busca de la puerta. René se lo impidió.

—Su parecer me interesa enormemente.

—Aunque me tome por tonto diré lo que pienso. El Descarnado se descarnó por anticipado. Por anticipado vivió el martirio de su carne, y la ensoñación le jugó una mala pasada. Confieso que es una explicación nada científica. En cambio tiene la ventaja de ser eminentemente carnal.

Y se echó a reír convulsivamente, mientras René se sumía en las zonas más oscuras del pensamiento. Si era cierta la peregrina explicación del viejito, él también obtendría su descarnamiento; se iría quedando en los puros huesos; lo remitirían a los doctores de la carne y devoraría impresionantes cantidades y, al final, moriría en su cama lejos de balas y cuchillos, lejos del asediado chocolate, absolutamente inservible como escudo.

—Mi explicación ha tenido la virtud de hipnotizarlo.

René vio un destello burlón en los ojos del viejito. No, él no tenía escapatoria, y menos la suerte del Descarnado, que poseía la suprema ventaja: ningún poder humano le restituiría la carne perdida. Por el contrario, la suya medraba cada día, y cada día que pasaba más y más se convencía de su carnalidad, de su absoluta impotencia para dejar de ser carne.

Devorado por su gusano roedor, salió en busca de un poco de esparcimiento. Dirigió sus pasos a su antiguo barrio. Irresistiblemente algo lo llevó a la plaza que estaba a una cuadra de la casa en que había vivido. Hubiera querido encontrarse de nuevo en ella con Alicia y Ramón, crueles e implacables, pero vivos. Ver a la señora Pérez otra vez, llamar a su puerta o visitarla como en aquella memorable velada.

Se sentó en un banco y vio todo lo que se había propuesto. Le pareció que el tiempo no había pasado. Que tenía que irse: Ramón lo estaba esperando.

Pero viendo pasar lo vivido, percibió sin embargo lo que en esos momentos vivía

en torno suyo: la señora Pérez sentada en otro banco en compañía de Powlavski. El hecho nada tenía de insólito. Ambos eran íntimos. Seguro que se habían citado en la plaza para una de sus jugadas carnales.

Ya se levantaba del banco, cuando oyó que Dalia decía: «Pues Powlavski, a mí me gusta la carne casi cruda». Una vez más: esa presencia ominosa en su vida, el hierro candente. Pues entonces, hablar con ellos; efectuar una entrevista con esos maestros de la carne arrojaría un poco de luz en la densa maraña en que se hallaba apresado.

Fingiendo un encuentro casual saludó ceremoniosamente a la señora Pérez e hizo como si prosiguiera su camino. Dalia, con un verdadero salto de amazona, lo cogió por la espalda y obligándolo a volverse estampó un sonoro beso en su mejilla.

—Tesoro, qué agradable sorpresa. Siglos sin verlo. Powlavski, corra. René ha resucitado.

Powlavski, que a unos metros esperaba que el perrito de Dalia orinara, se acercó a paso de carga y también se colgó del cuello de René y le dio un beso. La señora Pérez tenía las manos de René entre las suyas y todo se le volvía lagrimear. El perrito ladraba desafortadamente. El cuadro que los tres componían venía a ser como una interpretación carnal de la *pietà*, enriquecida con la presencia de Powlavski.

—Esa es la palabra exacta: resucitado. Muerto, decía yo; muerto, decía Dalia; muerto, decían todos. Y he aquí que de pronto resucita de entre los muertos. Cuente, amiguito, cuente.

—No hay nada que contar —dijo René desoladamente.

—Pues sí que hay que contar —exclamó Dalia—. Y mucho, muchísimo. Venga, póngase cómodo. Sentémonos en el banco.

René recordó el Recamier y se estremeció.

Casi lo arrastró hasta el banco y lo sentó entre ella y Powlavski. Este hurgó en una cesta, sacó un bocadito y se lo ofreció.

—Cómalo con absoluta confianza —y lo decía como si acabara de encontrar a René a punto de perecer de hambre—. Ha sido hecho por Dalia, con esas manos suyas que la tierra se comerá a su hora.

René mordisqueó el bocadito maquinalmente. Él había pensado llevar al Descarnado también un bocadito, y ahora le ofrecían uno de carne de puerco. Se dejó caer sobre sus rodillas, bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Tesorito, nada de reflexiones —exclamó Dalia—. ¿Alguna pena? Pues a contarla a sus amigos. ¿Cierto, Powlavski?

—Seguro —afirmó Powlavski—. Para eso son los amigos. Pero Dalia, con tantas pruebas que le hemos dado todavía duda que seamos amigos suyos.

—Pues terminaron esas dudas —gritó Dalia riendo jubilosamente—. Terminaron para siempre. Desde hoy seremos un trío inseparable; nos confiaremos penas y alegrías. Tesorito, desembuche.

René experimentó un enorme asco con tal ofrecimiento. El colmo del asco era

aliarse con gente rellena de carne. Ya estaba a punto de echar a volar la ensoñación, cuando se dio cuenta de que estaba sentado en el banco, entre dos postas de carne, precisamente porque andaba buscando una explicación de la suya. Ni Dalia ni Powlavski eran de mármol. Allí no estaban sus estatuas, sino ellos en carne viva. Al afirmar con tal vehemencia que constituirían un trío inseparable, no andaban mal encaminados. Los miró, anhelando verlos transmutados en mármol, y de pronto preguntó:

—¿Qué piensan de mi carne?

Tal pregunta a quemarropa, en mitad de la risueña plaza, con un día radiante, con un sol brillante, con una cesta de bocaditos, con niños y con niñeras, con un perrito que había terminado de orinar, tuvo la virtud de provocar una explosión de hilaridad en Dalia y en Powlavski. Se echaron atrás en el banco y se desternillaron, haciéndose señas que sin duda aludían a René. Al fin, Dalia de Pérez dijo con voz chillona:

—Perdone, tesorito, hace usted unas preguntas. Menos esa, las esperaba de todos los colores. Cómo no asombrarme cuando es precisamente el anticarne quien pregunta sobre su carne. ¿Es posible? ¿Estoy despierta? —Y se pellizcó y pellizcó a Powlavski—. Así que el joven René pregunta qué pensamos. Pregunta inquietante. ¿No es cierto, Powlavski?

—Muy inquietante —y Powlavski puso en blanco los ojos—. Sorpresas que tiene la vida. Querida Dalia, cedo a usted la palabra. Diga lo que piensa; después responderé yo.

Dalia cogió la mano a René y la examinó como hacen los palmistas.

—Tesorito, su carne es de la mejor calidad.

—No pregunto por la calidad de mi carne —dijo René con voz ahogada—. Desearía saber cómo la encuentran desde la última vez que nos vimos.

—Me asombra de nuevo, tesorito. Es sencillamente estupendo. Su carne está mejor que nunca. Podría decirse que está en su punto.

Y sin más ni más le dio un mordisco en los labios.

—Cuidado, Dalia —gritó Powlavski al mismo tiempo que separaba las bocas.

Esta advertencia pareció anunciar un peligro oculto. La señora Pérez pidió una explicación con la mirada.

—Cómo se atreve, con carne tan seductora. Usted, René, nos preguntaba cómo encontrábamos su carne después de la última vez que nos vimos. Pues le confesaré francamente: irresistible. Ha hecho progresos asombrosos.

—¿Pero en qué lo ve? —indagó René en el colmo de la ansiedad.

—En la carne misma, esas cosas solo se ven en la carne. Al presente es usted de carne. Meses atrás estaba hecho de unas cuantas idioteces que no tengo por qué enumerar.

—Yo creía... —apuntó tímidamente René.

—Déjese de falsas creencias —y Powlavski movió enérgicamente la cabeza—. Falsas creencias, en las que ni usted mismo cree. No se haga el bobo a propósito de

su carne.

—Eso digo yo —subrayó Dalia—. Siempre pensé que mi tesorito estaba hecho de la mejor carne, pero...

—¿Pero qué? —dijo Powlavski, sorprendido de la existencia de alguna objeción.

—Por favor, querido Powlavski, cómo ir en contra de nuestro Evangelio. Estoy en todo y por todo con su opinión. Solo que mi tesorito debe tener gran cuidado con su carne.

—Exactamente, Dalia —subrayó Powlavski—. Un gran cuidado.

René se les quedó mirando. El «exactamente» de Powlavski flotó en el aire mañanero. ¿Sabrían ellos? ¿Pertenece a la Sede de la Carne Acosada?

—No comprendo. ¿Acaso estoy en peligro?

—Ya lo ve, Powlavski, se asustó. Tiene la carne muy sensible —lo estrechó contra su pecho—. No tema, no hay ningún peligro. A la vuelta de la esquina nos esperan para rematarlo como a Nieburg. Lo que quiero decir es, entiéndalo de una vez, que esa carne adorable es pura dinamita.

—¿En qué lo nota? —inquirió nuevamente René.

—Ni Powlavski ni yo podríamos precisar nada; nos pasaríamos un mes hurgando en su carne, sondeándola, y no daríamos con el punto preciso.

—No hay tal punto preciso —dijo Powlavski—. Su carne es como una rosa, digamos, mística. Abarca los cuatro puntos carnales.

—¿Entonces estoy condenado? —preguntó René.

—Usted se condena o se salva; todo depende de la dedicación que dé a su carne —dijo Powlavski—. Si usted habita un mundo carnal, sea carnal y se salvará. Pero si cree habitar un mundo poblado por hadas, entonces se condenará.

—Eso mismo; no por casualidad es usted Powlavski, nuestro Evangelio —exclamó Dalia—. Si la carne demanda sus derechos, debemos satisfacerla.

—Pero si es con exposición de la vida —objetó René.

—El llamado de la carne es impostergable, jovencito —dijo Powlavski—. Hasta con exposición de la vida hay que acatar sus órdenes.

—No lo piense más, tesorito. Arrójese de cabeza en lo más recio de la batalla por la carne.

—¿Existe efectivamente esa batalla? —preguntó René, haciéndose el ignorante.

—Descomunal —dijo Powlavski—. Todos estamos empeñados en ella. Y oiga: no hay ni vencedores ni vencidos.

—Entonces ¿qué hay?

—Perseguidores y perseguidos. De acuerdo con las reglas del juego, los perseguidores pueden cambiarse en perseguidos y viceversa.

—Yo usted, tesorito —y Dalia miró lúbricamente a René—, pondría la carne a gozar.

René enrojeció. Pensó que aun aceptando el revolcamiento carnal que Dalia le brindaba, echándose en sus brazos, lo irían a buscar. Los jefes no se convencerían con

el argumento de que vivía la vida de la carne como placer; se encargarían de acumular razones para demostrarle que unas veces la carne sirve para una cosa y otras veces para la contraria.

Se levantó del banco. Murmuró una despedida. Dalia se prendió de su cuello, y plañidora aseguró que era muy desgraciada, y se vería obligada a volver al uso del maniquí. Gritó que estaba harta del muñeco. Su carne exigía imperiosamente carne. No se explicaba una carne que no buscara otra. En su frenesí solo atinaba a pronunciar la palabra carne mezclada con una copiosa salivación. Powlavski hizo señas a René para que se alejara. Después trató de contener el derramamiento carnal de Dalia taponando su boca con un pañuelo.

Por un instante, René contempló a Dalia y se alejó después. Clamó al cielo por un socorro salvador, y el cielo permaneció destellante. Su comba no se abrió para dar paso al milagro. Entonces, recurrió a sí mismo. Contempló su cuerpo en el espejo de una tienda, en la vana esperanza de ofrecérselo a Dalia. Solo carne de tortura halló su mirada implorante.

Llegó a la Sede de la Carne Acosada. El viejito lo estaba esperando. Con un cierto asomo de irritación en la voz, manifestó que hacía horas que lo estaban esperando para verificar debidamente su peso exacto. En el informe mensual faltaba ese dato.

René vio entonces una báscula reluciente.

El viejito se acercó y empezó a desnudarlo. René no opuso resistencia. Todo estaba consumado. La aguja de la báscula señaló su peso. El viejito miró, anotó, movió la cabeza satisfecho.

—Marcha.

—¿Qué? —preguntó René.

—Su carne marcha. Ha aumentado dos libras y media.



VIRGILIO PIÑERA (Cárdenas, 1912 - La Habana, 1979). Poeta, narrador y dramaturgo cubano considerado uno de los autores más originales e independientes de la literatura de la isla, a veces catalogado como integrante de la «literatura del absurdo».

Entre sus libros de relatos sobresalen *Cuentos fríos* (1956), *Un fogonazo* (1967) y *Muecas para escribientes* (1968), y entre sus obras de teatro *Electra Carrigó* (1941), *El filántropo* (1960) y, sobre todo, *Dos viejos pánicos*, que obtuvo el premio Casa de las Américas en 1968.